

doc-
06

Egipto Turquía La India

La ola reaccionaria

Hazem

Kandil

Daniel

Finn

Cengiz

Gunes

Achin

Vanaik

Manali

Desai

NEW LEFT REVIEW
en español

traficantes de sueños



STAFF DE LA NEW LEFT REVIEW

Editor: Susan Watkins

Associate Editor: Francis Mulhern

Editorial Committee: Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Tony Wood, JoAnn Wypijewski

Deputy Editor: Daniel Finn

Online Publisher: Rob Lucas

Publishing Director: Kheya Bag

Assistant Editor: Alex Niven

Assistant Publisher: Emma Fajgenbaum

Subscriptions: Johanna Zhang

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

© New Left Review Ltd., 2000

Editor de la edición en castellano: Carlos Prieto del Campo

Diseño y coordinación editorial: David Gámez Hernández,

Iñaki Vázquez Álvarez

Edita:

Editorial Traficantes de Sueños

Calle Duque de Alba 13, 28012, Madrid, España

Tel: (34) 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

ISBN: 978-84-121259-0-0

Depósito legal: M-35930-2019

documentos 06

EGIPTO, TURQUÍA Y LA INDIA LA OLA REACCIONARIA

Hazem Kandil
Daniel Finn
Cengiz Gunes
Achin Vanaik
Manali Desai

Introducción
Carlos Prieto del Campo

Traducción
Jose Amoroto Salido
Juan Maria de Madariaga
Ana Useros

NEW LEFT REVIEW
en español

traficantes de sueños

ÍNDICE

<i>Carlos Prieto del Campo</i>	
Introducción.	7
<i>Hazem Kandil</i> . El faraón provisional	
[NLR 102, enero-febrero de 2017]	23
<i>Daniel Finn</i>	
Las cloacas de Erdoğan	
[NLR 107, noviembre-diciembre de 2017]	69
<i>Cengiz Gunes</i>	
La nueva izquierda de Turquía	
[NLR 107, noviembre-diciembre de 2017]	75
<i>Achim Vanaik</i>	
Las dos hegemonías de la India	
[NLR 112, septiembre-octubre de 2018]	103
<i>Manali Desai</i>	
Violencia de género y el cuerpo político en la India	
[NLR 99, julio-agosto de 2016]	145

Introducción

TURQUÍA, EGIPTO Y LA INDIA

LA OLA REACCIONARIA

CARLOS PRIETO DEL CAMPO

¿CÓMO EXPLICAR QUE en esta fase histórica en la que nos encontramos, formaciones sociales realmente diversas entre sí, con trayectorias de evolución histórica y política tan distintas y con problemas estructurales muy diferentes se coloquen hoy, tanto en el Norte como en el Sur global, en sendas similares de involución social? Marcadas por un autoritarismo político, una reacción institucional y una apuesta por geopolíticas declinadas en clave agresiva, proclives a la guerra, autoritarias, reaccionarias y absolutamente regresivas respecto a las opciones de los proyectos sociales que animaron en el caso de estos tres países, de una u otra manera, los respectivos procesos de fundación de sus Estados modernos durante el periodo de entreguerras o inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial ¿Cómo es que estos países, que conocen diferencias tan marcadas en sus trayectorias políticas como las existentes entre la parábola plurisecular del continente indio o la evolución del Imperio Otomano, y, sobre todo, que difieren tanto en su situación política durante el siglo XIX, se alineen en la actualidad, aproximadamente un siglo después de su constitución como Estados independientes,

a lo largo de este eje reaccionario que encuentra su muestra más paradigmática en los Estados Unidos de Donald Trump, pero que afecta al conjunto del sistema interestatal y a buena parte de sus unidades constitutivas más importantes? ¿Cómo es que esto sucede en países que son ellos mismos productos complejos de procesos de descolonización muy diversos y que protagonizan intentos muy diferentes de ajuste de cuentas con las metrópolis coloniales europeas, siendo a su vez protagonistas originales del trazado de vías de desarrollo diversas a las marcadas por el capitalismo histórico que cristalizaron en su propia dependencia colonial? ¿Cómo es posible que el mercado mundial y la autodeterminación de los pueblos de Woodrow Wilson, ofrecidos como la solución de la herida colonial, como proyecto de paz mundial y como marco para la emancipación, la independencia y la prosperidad hace aproximadamente un siglo, y que la apuesta por el bienestar y el desarrollo prometidos por el *New Deal* global de la Guerra Fría tras la Segunda Guerra Mundial, colapsen hoy en la actual fase de caos sistémico, de desorden creciente de los mercados globales y de reasunción de la guerra como expediente de disciplinización de las relaciones internacionales, geoestratégicas y geopolíticas? ¿Qué explica que los fundamentos del orden político mundial, duramente cincelado tras dos guerras mundiales terribles por su coste, esté colapsando por el peso de la expansión autorregulada de los mercados y la cancelación de toda oposición política antisistémica que el neoliberalismo y la socialdemocracia, los liberales y los democristianos, el desarrollismo y la democracia, nos prometían como el principio del fin de la historia tras el hundimiento del socialismo real y el colapso de la Unión Soviética? ¿Qué tipo de bestia es el capitalismo para producir semejantes tasas de entropía violenta, autoritaria y destructiva, incluso de las propias condiciones de vida ecosistémica en el planeta, y para aniquilar los frágiles equilibrios de la modernidad política, cuya meseta de madurez se vislumbró con el fin de los imperios coloniales y las formas más brutales de administración de los mismos así como con la emancipación social de las clases trabajadoras y subalternas a escala global? ¿Cómo es

posible que esta crisis sistémica del capitalismo, que articula y retroalimenta la actual fase de caos sistémico que está cerrando el ciclo sistémico de acumulación estadounidense, se halle en condiciones de poner en peligro no ya el derecho a la existencia de las inmensas mayorías desheredadas y pobres, sino incluso el conjunto de proyecto civilizacional del liberalismo y de las clase dominantes occidentales y de sus adalides en el Sur global? ¿Cómo es que esta crisis sistémica del capitalismo histórico puede desplegar sus efectos con tal precisión selectiva y específica en todas y cada una de las macroestructuras sociales, en cada una de las microestructuras de funcionamiento de las sociedades y en el conjunto de sus subsistemas de regulación política, económica y social, al mismo tiempo que afecta a las opciones geopolíticas y a las decisiones que toman sus élites políticas y militares para colocar y posicionar a sus formaciones sociales y a sus economías de acuerdo con las imposiciones y exigencias del mercado mundial a expensas de casi cualquier otro principio de regulación y constitución social y más allá de criterio alguno de sostenibilidad, justicia o simplemente humanidad?

¿Cómo explicar esta articulación cuasi virtuosa de una misma lógica de endurecimiento y de reordenación en clave autoritaria y reaccionaria de las condiciones sociales y económicas internas, de la forma Estado junto a las condiciones políticas *nacionales*, las modalidades de representación política y parlamentaria y del proyecto de integración social en los principales países del sistema interestatal actual, por un lado, y los modelos de *governance* geoeconómica del mercado mundial y las decisiones geopolíticas que las diversas elites nacionales toman para apuntalar sus proyectos nacional-populares, por otro? ¿Y cómo explicar el impacto de estas decisiones geopolíticas de las élites nacionales tanto respecto a la viabilidad de sus respectivos proyectos nacional-estatales, como en lo que se refiere al grado de (des) cohesión social que vislumbran como factible y deseable y están dispuestas a pagar desde sus correspondientes posiciones de fuerza interna para cumplir los diseños geoes-

tratégicos neoliberales, siendo Ecuador el caso más reciente de esta pauta de comportamiento?

¿Y qué estrategias cabría pensar para desencadenar procesos de movilización y de constitución política capaces de afectar simultáneamente a las opciones que las respectivas élites nacionales implementan mediante su política exterior y mediante el *tono* que esta impone a la política nacional y a las políticas públicas domésticas que aplican a la hora de controlar la reproducción política de sus respectivas formaciones sociales? ¿Cabe pensar una política que contemple ambos ejes de complejidad simultáneamente, el geopolítico y el político, y que organice el segundo teniendo en cuenta el primero no como dato epifenoménico remitido a una cuestión más de normal administración en las tareas de gobierno, sino como uno de los nervios del orden *constitucional* del país o de la formación social correspondiente? ¿Y qué diferencias y relaciones existen a este respecto entre las *polities* del Sur global y las del Norte global en esta precisa coyuntura de enorme violencia sistémica a todos los niveles de la estructura social y, por supuesto, también a escala de las relaciones políticas, diplomáticas y militares *internacionales*? ¿Cómo las opciones de determinadas *polities* influyen en el comportamiento de otras en las macrorregiones geoeconómicas de la geopolítica global en las que deben diseñarse los proyectos *nacionales* y *nacional-populares* sobre los que se proyecta el poder exterior económico, comercial, monetario y militar que dota de coherencia a una trayectoria nacional o transnacional (la UE, por ejemplo) determinada? ¿Por qué las opciones de política exterior son *invisibles* en la política interna y al mismo tiempo constitutivas de la misma? ¿Y qué significan exactamente las relaciones internacionales o, en realidad, la política exterior de los Estados en el actual contexto de globalización neoliberal extrema y al mismo tiempo de quiebra de este modelo de *governance* en un contexto de caos sistémico producto, como indicábamos, de la terminación del ciclo de acumulación estadounidense y de la crisis sistémica del capitalismo histórico como modelo social plurisecular? ¿Cómo explicar la imbricación y la interrelación de este caos y de esta crisis,

si entendemos que el primero supone, independientemente de la segunda pero no totalmente desconectado de ella, un conglomerado y una intensificación sin precedentes de todo tipo de luchas, disputas y enfrentamientos junto a la ruptura de pautas previas de comportamiento y por ende de los correspondientes niveles de violencia respecto a las fases de *estabilidad* de los diversos ciclos sistémicos de acumulación, mientras la segunda afecta a los límites objetivos de las variables sistémicas de cuya combinación dependen las sendas posibles de comportamiento del conjunto del sistema-mundo capitalista y de su economía, que dificultan en extremo determinadas soluciones poscapitalistas prospectivamente muy útiles para salir del momento de crisis actual?

¿Qué significa para países como India, Egipto y Turquía o, para el caso, Italia, Alemania, Grecia, el Reino Unido, Estados Unidos, Brasil o España esta constelación de procesos que ahora tienden a crear un entorno todavía más volátil y peligroso? Teniendo en cuenta la simultaneidad de ambas tendencias de crisis cuyo actual despliegue significa que el cierre del ciclo sistémico de acumulación estadounidense se injerta e interacciona con los límites sistémicos del capitalismo como sistema histórico plurisecular, creando un entorno inédito de descohesión y fragmentación para la política doméstica e internacional y de complicadísima gestión para las relaciones geopolíticas y los modelos recibidos del orden liberal y multilateral vigente tras la Segunda Guerra Mundial e, incluso, de los vislumbrados como posibles tras la feliz conclusión de la Guerra Fría para el bloque capitalista de las potencias occidentales. ¿Cuáles son, en fin, las razones de esta metástasis de proyectos *nacional-populares* que asolan la política contemporánea –del «America First Again», hipótesis proclamada como un descubrimiento radical en la empalagosa dicción del siempre presciente Donald Trump, a las vicisitudes del nacionalismo catalán y español en su giro en el vacío más espeluznante; de Alternative für Deutschland y su preocupación por preservar Alemania de los flujos migratorios y del peso excesivo de la UE, a la India de Narendra Modi, obsesionado por el proyecto hindú de la nación y los diversos

irredentismos que lo acompañan; del UKIP (cuyo logo es verdaderamente toda una declaración de intenciones de clase) y su penosa estrategia del Brexit como aurora de una nueva era de justicia y abundancia proclamada por Nigel Farage y Boris Johnson, a la Turquía de Recep Tayyip Erdoğan, convencido de que la nación turca puede liderar la comunidad musulmana regional con su autoritarismo carente de rumbo pero aquilatado con su mano dura dentro y fuera del país, o, para concluir y no alargar una lista verdaderamente interminable, a la concepción *nacional* de la UE y de su arquitectura institucional, que no es capaz ni de proteger a sus ciudadanos y clases trabajadoras de la crisis y el desorden sistémico ni de dejar de provocar un lento genocidio en el Mediterráneo con sus vergonzosas políticas migratorias materializadas ejemplarmente en los campos de refugiados de Libia y Turquía.

¿Cuáles son, decíamos, las razones de esta reorientación hacia la comunidad nacional-popular como contenedor, esta vez definitivo, de la voluntad general purificada de elementos extraños (árabes, españoles, mexicanos, centroamericanos, kurdos, catalanes, bosniacos, vascos o musulmanes; o tal vez, mejor, de sujetos pobres, negros, desposeídos, desheredados, migrantes, racialmente distintos, morenos, culturalmente inasimilables o brutalmente racializados), cuyo proyecto siempre sueña con resolver simultáneamente y mediante el mismo expediente de la homogenización étnica ideal, la crisis política interior y los dilemas geopolíticos que acechan a la comunidad nacional en un entorno de crisis sistémica del capitalismo, que no nombran ni comprenden y que se halla absolutamente cancelado y rechazado como principio explicativo, como concepto útil o como criterio epistémico fecundo para pensar la política? ¿Y por qué estos procesos nacional-populares siempre se mueven en una escala ambigua en el mejor de los casos, peligrosamente próxima en el peor de ellos, de exterminio, lento o rápido, de quien no pertenece a la comunidad nacional (como sucede con los flujos migratorios), de violencia etnonacional (como sucede cuando el criterio etnocultural se impone sobre la universalidad de los derechos), de exclusión racista (como sucede cuando la

explotación esclavista ha formado parte de la constitución de la comunidad política) y de ceguera absoluta a las solidaridades de clase (como sucede cuando el proyecto nacional es orquestado desde arriba por élites que compiten por asegurarse el control de los recursos políticos y/o económicos de la respectiva formación social)?

¿Qué tienen que ver las gramáticas de la geopolítica actual con el encumbramiento de la comunidad nacional-popular como criterio ordenador del sistema-mundo capitalista actual? ¿Esta nueva geopolítica será en su tendencia sistémica más estable o más depredadora que el orden liberal posterior a la Segunda Guerra Mundial, que estaba a su vez atravesado por enormes desequilibrios territoriales y geoeconómicos? ¿Será posible, mediante la radicalización democrática de las formaciones sociales que aun lo son nominalmente, generar nuevos modelos de relaciones transnacionales que cambien el núcleo histórico de la geopolítica moderna? ¿O, por el contrario, la guerra, al hilo previamente de sus diversas manifestaciones de gestión violenta de los discursos y de la proyección imaginaria de la propia comunidad nacional-popular, se cobrará su libra de carne en forma de una exclusión, un racismo, una jerarquización social y una desigualdad tan exponencialmente crecientes que su convergencia hará saltar definitivamente el paradigma político de la modernidad nutrido de tantas luchas, de tanto antagonismo y de tantas experiencias de poder constituyente emancipador protagonizadas por las clases pobres, trabajadoras y subalternas, que nunca han tenido patria y que cuando se han decidido a tenerla han debido pagar un precio desorbitante por ella, puntualmente exigido y cobrado por las clases dominantes de su comunidad nacional-popular?

La respuesta a estas preguntas se remite ineluctablemente al carácter explotador, dominador y depredador del capitalismo como sistema histórico y a las duras dinámicas del poder sistémico de clase que lleva aparejada la reproducción de los contenedores políticos atravesados por estas relaciones de (re)producción en toda su capacidad conformadora

de los diversos entornos socioeconómicos, políticos, culturales y jurídico-constitucionales en los que se reproducen las sociedades y se verifican los procesos de subjetivación social, política y cultural en sus dimensiones tanto individuales, como colectivas.

La elisión del capitalismo histórico como matriz potentísima de estructuración de complejos de relaciones sociales de (re)producción, que propician procesos de acumulación igualmente decisivos para conformar los equilibrios políticos internos que para estructurar los grupos y las clases sociales dominantes, los cuales gestionan su continuidad geoeconómica para estabilizar e incrementar su poder social sobre las clases dominadas y subalternas, se halla en la matriz de las pretensiones nacional-populares que proliferan en la actualidad. Cuanto más se evacua la capacidad estructuradora del capitalismo como realidad fundante de la modernidad y menos se considera su impacto sistémico en toda la longitud sincrónica de las sociedades contemporáneas, como sucede en la coyuntura presente, más se reifica la comunidad nacional-popular como sujeto posible capaz de controlar todo el conjunto de impactos macrosociales y microsociales de las dinámicas de acumulación de capital y de ordenación geopolítica capaces de estructurar la vida social, la cual se constituye más allá de las constricciones de ese impacto sistémico para ser atravesada de modo inexorable y en tiempo real por esas mismas relaciones que se pretende eludir imaginariamente. De este choque entre la sustracción del capitalismo como objeto político y la objetivación de la comunidad nacional como contenedor definitivo de la política surge el conglomerado habitual de propuestas, estrategias, comportamientos y partidos nacional-populares, que indefectiblemente optan por la jerarquización, la racialización, la exclusión y la desigualdad más radicales o por la contenerización de la soberanía del modo más autoritario, irracional o impositivo contra toda una panoplia de poblaciones, consideradas estas en su realidad comunitaria, o contra Estados o grupos de ellos, considerados como injustos, irrespetuosos o parasitarios respecto a la propia comunidad nacional: de la guerra de aranceles, a

las políticas de exterminio migratorio, de la tolerancia con la pobreza y la exclusión estructurales a la ingeniería social para intensificar el intercambio desigual a costa de todos y cada uno de los equilibrios sociales, políticos, ecosistémicos y psicoafectivos de las grandes mayorías.

Estos son algunos de los problemas que el libro invita a pensar y a los que intenta ofrecer determinados principios de respuesta a través de tres estudios de caso (Egipto, India y Turquía) de esta complejidad histórica, del despliegue y funcionamiento concreto de esta manifestación multiforme de la violencia sistémica en las relaciones domésticas y exteriores de tres *politíes* relevantes global o regionalmente y con trayectorias diversas, pero en muchos puntos coincidentes, en el sistema-mundo capitalista y en sus correspondientes tableros geopolíticos, que en estos casos se refieren fundamentalmente a su inserción en las periferias coloniales respectivas durante el ciclo sistémico de acumulación británico y las sendas de dependencia que ello creó en la evolución que siguieron durante el largo siglo xx. Su análisis resulta realmente relevante en estos momentos, porque su comportamiento arroja luz sobre cómo el contexto global de desmoronamiento del Consenso de Washington y la crisis del modelo neoliberal que presenciamos en las últimas dos décadas producen gamas de comportamientos políticos convergentes en las respuestas que las clases y elites dominantes de buena parte de las formaciones sociales del sistema-mundo capitalista actual ponen en marcha para gestionar del modo más *productivo* y *rentable* su posición diferencial de poder en el interior de las mismas para lo cual deben entretejer sus planes locales con los diseños globales de las potencias hegemónicas globales y regionales.

Es importante arrojar luz sobre su comportamiento para comprender tanto el funcionamiento sistémico del conjunto del sistema-mundo capitalista en estos momentos, como para iluminar y entender mejor el rango de las respuestas factibles que los actores geopolíticos *nacionales* pueden desplegar en esta fase histórica y, de modo primordial, como ambos procesos pueden definir el *campo de constitución polí-*

tica de los nuevos sujetos políticos antisistémicos (en nuestro caso, el espacio de la Unión Europea) en condiciones de comprender y revertir las tendencias más destructivas que se manifiestan en esta fase de caos del ciclo sistémico de acumulación estadounidense y de crisis del capitalismo histórico en la que estamos inmersos.

Una tarea intelectualmente muy productiva en este sentido –y dotada de efectos políticos innegables– sería estudiar y teorizar la geopolítica posible de una transición poscapitalista utilizada como criterio de racionalización, ordenación y orientación en la actual crisis sistémica del capitalismo tal y como lo hemos conocido en la modernidad política occidental, y que en lo que atañe a la configuración del orden internacional ha sido la que ha suministrado el canon que ha permitido construir paulatinamente el modelo del sistema internacional de Estados desde el siglo XVI y, a partir del mismo, el *orden liberal* de relaciones internacionales producto del ciclo sistémico de acumulación británico, de la guerra civil europea (1914-1945) y de la constitución política proletaria durante el largo siglo XX, que en el sentido más pro-teico y lato del término incluye buena parte de las luchas de liberación nacional acaecidas en el Sur global después de 1945.

Este orden liberal de relaciones internacionales es el que actualmente se halla sometido a una gran tensión y a un estrés muy intenso derivado de los conflictos y dilemas irresolubles que plantea el capitalismo histórico al conjunto de los actores estatales implicados en el sistema-mundo capitalista en esta fase de caos sistémico, que responden simultáneamente:

1. Al impacto del antagonismo social que procesan cada vez con mayor dificultad sus formas Estado nacionales.
2. A los dilemas geopolíticos y las dinámicas que imponen el comportamiento de las potencias hegemónicas en liza, el conjunto de actores estatales presentes en el tablero global y los nuevos actores geopolíticos constituidos durante el periodo neoliberal como las grandes corporaciones multi-

nacionales y las grandes instituciones financieras privadas, que, tanto en el ámbito productivo como en el económico-financiero, definen la materialidad de las nuevas cadenas de suministro, (re)producción e interconexión técnico-logística del planeta.

La tarea *política* acuciante a día de hoy es qué tipo de relaciones geopolíticas pueden inventarse, si las luchas sociales y políticas se intensifican de tal forma en las formaciones sociales discretas como para permitir la creación de un espacio democrático suficientemente fuerte, capaz de dotar a la reproducción de las relaciones interestatales de una lógica diversa a la desplegada *internacionalmente* por el sistema-mundo capitalista actual y sus élites dirigentes. Es este sistema-mundo el que dejado a sus dinámicas presentes y sometido a la intensificación de la competencia intercapitalista en un entorno de caos sistémico como el actual, nos enfrenta a escenarios y dilemas irresoluble por medios pacíficos y nos aboca a su incapacidad intrínseca a la hora de abordar los gravísimos problemas a los que se enfrenta la reproducción del planeta como unidad ecosistémica, biopolítica y tecnológico-productiva y como matriz de equidad, justicia e igualdad globales. Todo ello es otra forma de decir que el actual sistema de Estados no logrará resolver en términos de una *normatividad internacional de clase* las matrices de igualdad y justicia sociales, la crisis de la biodiversidad y el cambio climático, así cómo, el reparto de la renta y la riqueza mundiales, si no es objeto de una presión democratizadora intensísima que no apueste por renacionalizar la política en clave de comunidad nacional-popular, sino por leer en términos de justicia global de clase las profundas asimetrías de poder, riqueza, renta y derechos que caracterizan tanto la economía global como sus macrorregiones geoeconómicas y geopolíticas.

La democratización intensísima de las formaciones sociales deberá producirse, *internamente*, con el objetivo de construir bloques históricos antisistémicos que sean capaces de neutralizar y destruir la reproducción de las relaciones de poder estructurales más nefastas, injustas y discriminadoras

al hilo de la lectura de la inserción de estas en la actual economía-mundo capitalista y del impacto de esta, a su vez, en el bloque de poder *nacional* y *transnacional* que opera en las mismas; y, *externamente*, con el objetivo de cambiar el entorno geopolítico y geoeconómico en el que se insertan estas formaciones sociales y por ende la lógica del sistema de Estados que produce las dinámicas geoeconómicas y geoestratégicas vigentes. Dichas dinámicas se han demostrado absolutamente catastróficas a la hora de evitar las derivas autoritarias, reaccionarias e irracionales, lo cual hace imposible diseñar una respuesta global coordinada a los gravísimos problemas a los que se enfrenta la humanidad en estos momentos. Ambos procesos deberían ser virtuosamente convergentes y deberían golpear en las articulaciones sistémicas más sensibles de las formaciones sociales respectivas y del orden económico y político internacional resultante, el cual no es producto único ni de la voluntad exclusiva de los Estados, ni resultado del realismo político chato y simple de las élites que los gestionan y representan, ni producto de una lógica sistémica férrea e inexorable, sino el condensado preciso de los niveles de lucha de clases, antagonismo social y constitución política de las mayorías trabajadoras políticamente organizadas, como la historia y la política del largo siglo xx se han encargado cumplidamente de demostrar.

Para encuadrar y dotar de contenido empírico a estos dilemas, el libro recoge cinco artículos publicados durante los últimos años en la *New Left Review* sobre el comportamiento de tres países importantes en sus respectivas áreas de influencia: Egipto, India y Turquía. Dotados de un peso muy diverso en el tablero mundial, la India despliega un impacto verdaderamente decisivo en el tablero asiático y es por derecho propio un actor global, que pugna por reacomodarse a toda velocidad al cambiante entorno internacional. Los otros dos actores de rango medio desigual presentan distintas características geopolíticas y políticas. Turquía, el caso del más poderoso de ellos, tiene pretensiones hegemónicas regionales en parte reales y en parte reminiscentes de su pasado otomano, mientras Egipto es presa de un diseño de acostamiento al orden

occidental sin más pretensiones que cumplir la función de proteger el flanco occidental israelí y cuidar del flujo ininterrumpido de mercancías por el Canal de Suez, de acuerdo con los designios de Estados Unidos en la región.

Los tres estuvieron sometidos a un tipo u otro de dependencia colonial y el impacto de los diseños imperiales de las potencias europeas fue decisivo en sus respectivas trayectorias hacia la modernidad política y a su ubicación en la economía-mundo capitalista desde mediados del siglo XIX, que si fue de subyugación colonial directa en el caso de la India, lo fue de *governance* intrusiva mediante expedientes militares y financieros en el caso del Imperio Otomano/Turquía y Egipto –país este formalmente integrado en el mismo pero de facto un protectorado básicamente británico desde mediados de ese siglo–, siendo sellado su destino militarmente en ambos casos por la desmembración del Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial, que dio lugar a su independencia política. Todos ellos intentaron experimentar con otras formas de constitución política y desarrollo económico antes y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, si bien Turquía acometió con Kemal Atatürk un gran esfuerzo modernizador de ruptura con el *ancien régime* a partir de la constitución del Estado turco en 1923 como contenedor político formalmente independiente en el sistema internacional de Estados, que llevó a su admisión en la Liga de las Naciones en 1932.

Egipto, por su parte, recibió la independencia unilateralmente del Reino Unido en 1922, pero de una forma u otra la potencia británica mantuvo una situación de semiprotectorado hasta 1952, momento en el que se constituye la República de Egipto, que conoce sin solución de continuidad los mandatos absolutamente diversos en su intencionalidad política de Nasser, Anuar el Sadat y Mubarak, quien es depuesto por la revuelta egipcia de la Primavera Árabe de 2011, y que tras el interregno de Morsi y los Hermanos Musulmanes entrega el poder, esta vez dictatorial de nuevo, a El-Sisi.

La India a su vez, tras obtener la independencia del Reino Unido en 1947, se embarcó en un largo proceso de modernización y construcción del país de acuerdo con el paradigma desarrollista producto del modelo fordista global impuesto por Estados Unidos en su competencia con el modelo soviético. La fortísima tracción del Estado y del poder público de este paradigma de desarrollo le permitió navegar con más o menos soltura el escenario de la Guerra Fría para toparse desde la década de 1980 con el ajuste estructural global impuesto por el neoliberalismo y la financiarización de la economía decretado por Reagan tras la quiebra de Brettons Woods y la redefinición radical tanto de las prioridades geopolíticas, como de los instrumentos de *governance* global de acuerdo con el paradigma neoliberal diseñado para frenar –y quien sabe si revertir– el declive de la potencia hegemónica estadounidense. De la aplicación e implementación de este diseño global neoliberal procede la renacionalización cada vez más intensa de la política india al hilo de la crisis del Partido del Congreso y su paradigma desarrollista y redistributivo y la emergencia del Partido Popular Indio (BJP), partido de fuerte raigambre nacionalista de filiación hinduista, liderado en la actualidad por Narendra Modi, quien llegó a la presidencia del país en 2014 y acaba de revalidar un nuevo mandato de gobierno en las elecciones presidenciales de abril-mayo de este mismo año.

La cuestión específica que plantea el libro es, por un lado, la orientación autoritaria que estos tres países adquieren en el actual ciclo político y las modalidades y especificidades que cada uno de ellos asume de acuerdo con sus respectivas trayectorias históricas, así como, por otro, la constatación de que la actual fase de caos sistémico y la consabida reducción de todo horizonte poswestfaliano y posneoliberal de organización política han supuesto el recrudescimiento de las características más autoritarias y reaccionarias a escala del sistema-mundo capitalista y de la práctica totalidad de sus unidades político-estatales. Este entorno de caos, bloqueo político doméstico y gestión autoritaria de la *crisis* –o, mejor, de la transición sistémica actual a otro modelo geopolítico

hegemónico todavía por definir— es el que define las opciones de las actuales élites políticas, que desean administrarla en sus respectivas formaciones sociales mediante la intensificación de las características más duras del capitalismo histórico y la aceptación de las exigencias derivadas de su inserción en los nichos correspondientes del mercado mundial y en el sistema internacional de Estados atravesado, a su vez, por las actuales luchas de poder por la hegemonía global.

En esta coyuntura, las constricciones introducidas por las tensiones existentes entre las nuevas potencias hegemónicas emergentes y en declive en el cuadro de crisis sistémica del capitalismo operan como un juego de suma negativa para la inmensa mayoría de las clases subalternas y trabajadoras mundiales, que aunque han experimentado una impresionante salida de las formas de la pobreza más abyectas, fundamentalmente gracias al crecimiento registrado en China durante las últimas tres décadas, lo han hecho pagando un precio brutal, obteniendo estándares de bienestar y derechos todavía muy alejados de lo que permitiría el nivel de desarrollo y riqueza alcanzado a escala global a principios del siglo XXI, y sometidas a procesos de inestabilidad y reversión de los beneficios conseguidos, si el sistema evoluciona hacia formas más injustas, depredadoras y explotadoras.

Las clases trabajadoras y pobres tanto del Norte como del Sur global, sin olvidar las diferencias abismales que las separan, tan solo pueden sobrevivir en esta fase de caos sistémico, si logran efectuar una presión democratizadora tal que sus necesidades sean objeto de consideración y, luego, de imposición tanto en las estructuras domésticas de dominación y explotación, como en las nuevas pautas de comportamiento de las relaciones geopolíticas y geoeconómicas globales. Como se desprende de la lectura de este libro, los cálculos de poder doméstico y geopolítico de las clases dominantes deben ser revertidos por una enorme onda de lucha de clases y de todo tipo concebidas en términos genuinamente anticapitalistas y poscapitalistas, que si no es lo suficientemente poderosa en el actual contexto solo propiciará dinámicas polí-

ticas neoliberales, autoritarias y reaccionarias en el interior de los diversos países; y conducentes a la guerra, la catástrofe ecosistémica, el desastre migratorio y el colapso de la modernidad política a escala global.

Madrid, 11 de octubre de 2019.

Hazem Kandil

EL EGIPTO DE SISI

Entrevista

El nuevo régimen

En la primavera de 2011 te hicimos una memorable entrevista sobre la situación en Egipto poco después de la caída de Mubarak. Desde entonces has publicado tres libros sobre diferentes aspectos de la sociedad y la historia del país¹. Ahora Sisi lleva en el poder, de facto y de jure, más de tres años. ¿Hasta qué punto su trayectoria en el gobierno se ajusta a las expectativas que tenías en el momento en que Morsi fue derrocado?

El régimen sigue todavía en estado de formación. Sigue siendo fluido y todavía no sabemos cómo se va a consolidar. Aquí hay dos cuestiones principales. La primera es la institucionalización política del régimen de Sisi. Desde los tiempos de Nasser, los presidentes egipcios siempre se han apoyado en un partido único, que organiza el control del Estado sobre los sindicatos, las universidades y los medios comunicación, al mismo tiempo que gestiona una amplia red de patronazgo

¹ Hazem Kandil, «Revolt in Egypt», *NLR* 68, marzo-abril de 2011; «La revuelta en Egipto», *NLR* 68, mayo-junio de 2011; *Soldiers, Spies and Statesmen: Egypt's Road to Revolt*, Londres y Nueva York, 2012; *Inside the Brotherhood*, Cambridge, 2015; *The Power Triangle: Military, Security and Politics in Regime Change*, Oxford, 2016.

que se extiende por la burocracia, el sistema jurídico y el Egipto rural. Desde Nasser a Mubarak ese partido tuvo diferentes nombres, pero el presidente normalmente se encontraba en su vértice y gobernaba a través de él. Una de las consecuencias de la revuelta de 2011 ha sido que la red política del antiguo régimen ha quedado separada de ese entramado institucional: el partido gobernante ha sido disuelto y la vieja red ha descubierto una manera de funcionar sin que sea necesario que trabaje unida en un entramado institucional formal. Esto hace que sea más difícil identificarles como la fuente de todos los males del sistema político y también les da una mayor flexibilidad. En consecuencia, cuando llegó el momento de que se plantearan unirse de nuevo en un solo partido eligieron no hacerlo. En vez de ello han estado actuando en la política —y especialmente en el Parlamento— a través de varios pequeños partidos o como independientes, así como en el ámbito de diversas coaliciones electorales.

Por el otro lado, Sisi también ha roto con la pauta establecida desde los tiempos de Nasser al decidir trabajar exclusivamente a través de la presidencia. Nasser intentó hacerlo al principio de su mandato, potenciando el papel de la presidencia y convirtiéndola en una institución por derecho propio, pero a partir de 1962 cambió el rumbo. Sisi ha dicho que no formará un partido de gobierno ni será el dirigente de un partido. Él cree en la idea de una presidencia que dirija un gabinete de tecnócratas, que ejecute su voluntad, con las directrices viniendo desde arriba; ese gabinete y sus decisiones ejecutivas deberán ser aprobadas por sus aliados y partidarios en el Parlamento, pero no de una manera sistemática. Durante los tres últimos años, ha habido una constante tensión entre estas dos alas. Sisi intentó reformar la Administración pública y disminuir la burocracia, lo que reduciría el poder de la red del antiguo régimen dentro de esa estructura, y lo hizo por decreto presidencial a la espera de la aprobación del nuevo Parlamento, una vez que se hubiera elegido y hubiera empezado a ejercer sus poderes legislativos. Pero cuando llegó el momento, el Parlamento intentó paralizar la reforma de la Administración, primero rechazándola

directamente y después desmontándola. Ha habido un cierto número de casos, tanto en términos de cambios políticos como de política económica, donde es evidente que el control ha sido descentralizado y las cosas no fluyen tan suavemente como antes. Queda por ver a dónde conducirá esta descentralización del poder político. Algunos actores piensan que ello les permitirá asegurarse mayores concesiones, especialmente si recordamos que muchos de los que estaban en las redes del antiguo régimen son empresarios que a menudo tienen alianzas regionales e internacionales; piensan que trabajando independientemente de la cabeza del Estado, pueden aspirar a formar un cierto tipo de oligarquía burguesa, mientras con el tiempo obtienen concesiones de Sisi. Otro punto de vista es que Sisi consolidará el poder y se dará cuenta, como le pasó a Nasser, que necesita tener el control institucional sobre los órganos políticos, si quiere gobernar sin ninguna clase de obstrucción (creo que es un término mejor que oposición).

Además de todo esto, la segunda cuestión que tiene que resolverse es el tema de la seguridad. Al principio de la revuelta, mi análisis era que los militares habían sido marginados de muchas maneras durante el periodo anterior a 2011, pero especialmente en relación con su papel en la represión interior. Desde la guerra de 1967, la policía y la inteligencia militares dejaron de ocuparse de los disidentes y de mantener el control en el frente interior; era la Seguridad del Estado, el Ministerio del Interior y los servicios de inteligencia civiles los que desempeñaban el principal papel en este terreno. A partir de 2011, los militares empezaron a aumentar su papel en este campo e intentaron controlar a la Seguridad del Estado; hubo unas cuantas escaramuzas en los primeros dos o tres meses de la revuelta. Sin embargo, el hecho de que encontraran muy difícil estabilizar la situación a su gusto condujo a una alianza táctica entre los militares y las instituciones de la seguridad, que actualmente sigue en vigor. Por primera vez desde la década de 1960 en el país ha habido una descentralización de la represión. Cuando se encierra a alguien o desaparece por completo surgen los rumores: ¿se lo ha llevado la Inteligencia Militar o la Seguridad del Estado?

¿Fue la policía militar o la policía antidisturbios? Una vez más, como Nasser había comprendido en 1967, es bastante difícil manejar las cosas cuando tienes dos clases diferentes de instituciones, que realizan la misma función de represión interior sin demasiada coordinación entre ellas. La seguridad se convierte en un instrumento mucho más embotado de lo que necesitan los regímenes que quieren crear un modo más estable de gobierno autoritario. Estas dos cuestiones –cómo se van a organizar el poder político y la represión del Estado– siguen abiertas. Es una situación fluida, que no puede durar demasiado tiempo.

¿Se deduce de esto que, en comparación con los regímenes de Sadat y Mubarak, y de hecho con gran parte del tiempo de Nasser en el poder, el ejército egipcio ocupa ahora un papel mucho más central y mucho menos cuestionado en el sistema del poder?

No hay duda de que los militares han regresado con fuerza al corazón del régimen de maneras que están causando toda clase de tensiones. Igual que Nasser, Sisi se ha rodeado en la presidencia de antiguos militares, personas que dejaron sus puestos en el ejército hace muy poco tiempo y siguen manteniendo estrechos vínculos con él. En el apartado de la seguridad, como hemos visto, el ejército ha reasumido su viejo papel en la vigilancia y represión interna, mientras que en el terreno económico, después de años de privatizaciones y de reestructuración económica bajo el antiguo régimen, ahora tenemos una economía híbrida en la que importantes proyectos dirigidos por el Estado están mayormente controlados y coordinados por los militares. Sigue habiendo un sector privado muy grande en manos de la clase capitalista neoliberal que creció con Sadat y Mubarak. Así que aunque los militares están regresando a estas tres áreas –política, seguridad y economía–, a diferencia de la situación en la década de 1950, ya hay intereses poderosamente establecidos que no van a abandonar simplemente estos campos y entregárselos a los militares.

En tu nuevo libro, sugieres que en este momento el aparato de seguridad esta interviniendo en la vida política de una manera mucho

más directa que antes, implicándose en la gestión parlamentaria como una cierta clase de supervisor². ¿Es correcto decir que aunque la policía ha perdido ahora algo de su poder en relación a los militares, lo han recuperado de hecho en relación al sistema político?

En las elecciones al Parlamento vimos nuevamente esta competencia entre la presidencia, ahora muy próxima al ejército, y los servicios de seguridad. Por un lado, el presidente dio su bendición a una lista electoral con un nombre un tanto kitsch, «Por amor a Egipto». Al frente de este conglomerado puso a un antiguo general, que desde entonces ha sido reemplazado por otro antiguo general. Su objetivo era organizar a los partidarios del presidente, una ecléctica mezcla de parlamentarios independientes, antiguos dirigentes de la oposición, intelectuales, periodistas y algunas personas que habían estado cerca de las redes del antiguo régimen y estaban buscando un nuevo amo al que servir. Por el otro, dentro de las dependencias de la Seguridad e Inteligencia del Estado se han organizado otras zonas electorales para asegurar que algunas de las importantes personalidades del antiguo régimen fueran reelegidas. Muchos de los empresarios, burócratas y políticos que sirvieron con Mubarak –algunos se remontaban hasta Sadat– regresaron al Parlamento. El aparato de seguridad está mucho más cerca de las redes del antiguo régimen –se han desarrollado y evolucionado juntos durante tres décadas– que de la presidencia y su heterogéneo conjunto de partidarios. Las personas que se aglutinaron en la lista de «Por amor a Egipto» no han trabajado juntas desde hace mucho tiempo, de manera que surgen toda clase de declaraciones caóticas y estallan en público toda clase de disputas. Las redes del antiguo régimen operan de una manera mucho más cohesionada y sistemática.

Parece que Sisi ha acumulado ahora más poder que sus predecesores, Sadat o Mubarak. ¿Qué explica un ascenso tan rápido?

Cuando la gente habla de Sisi siempre se mencionan sus orígenes en la Inteligencia Militar, pero creo que eso es una

² H. Kandil, *The Power Triangle*, cit., pp. 348-349.

equivocación porque no desarrolló su carrera en esa sección. Realizó su formación dentro de la infantería y ascendió en el escalafón hasta convertirse en un personaje muy próximo a Mohamed Hussein Tantawi, durante mucho tiempo ministro de Defensa y comandante en jefe con Mubarak. Bastante antes de la caída de Mubarak, Sisi estaba considerado como el protegido y hombre de confianza de Tantawi. La gente se refería a él como su hijo adoptivo. Así es cómo en enero de 2010 llegó a director de la Inteligencia Militar, solamente un año antes de la revuelta, un nombramiento dirigido a allanar su camino en el Ministerio de Defensa como sucesor de Tantawi. Dentro del Consejo Superior de las Fuerzas Armadas (CSFA), que controló Egipto tras la caída de Mubarak, Tantawi y Sisi tenían una gran influencia. Algunas veces se piensa que cuando Morsi se convirtió en presidente, en el verano de 2012, realizó una gran remodelación de nombramientos militares; en realidad, la mayoría de los oficiales de alto rango acabaron en empleos que eventualmente habían ocupado con Mubarak. Sisi fue el menos sorprendente de ellos. Por encima de todo, él representaba la continuidad institucional con el régimen de Mubarak.

¿Las responsabilidades de la Inteligencia Militar incluían la seguridad interior o estaba orientada exclusivamente hacia el control de los ejércitos extranjeros?

No, estaba dirigida hacia la recopilación de información sobre ejércitos fuera de Egipto, pero también era una manera importante de construir alianzas con gobiernos extranjeros. Una de las claves de la carrera de Sisi fue su designación como agregado militar en Arabia Saudí. Los oficiales de la Inteligencia Militar desempeñan un papel importante para forjar vínculos con otros Estados en torno a cuestiones como contratos de armamento y coordinación estratégica; eso incluye desde luego a Estados Unidos y a las monarquías del Golfo.

¿Significa esto que en el ejército egipcio no hay una jerarquía de los cargos? Normalmente, el jefe del Estado Mayor sería la figura más importante en el ejército, mientras que el director de la

Inteligencia Militar tendría una posición bastante marginal. ¿No había ninguna sensación entre el cuerpo de oficiales de que Sisi era un advenedizo que se había saltado el escalafón?

En un régimen autoritario, donde la visibilidad ante el presidente y la proximidad respecto a asuntos de Estado es muy importante para progresar en tu carrera, convertirse en director de la Inteligencia Militar te lleva muy cerca del poder político, porque acabas informando al presidente sobre muchos asuntos. Normalmente el individuo que toma ese camino está abriéndose paso hacia posiciones más elevadas. Con Mubarak, fue Omar Suleiman, que era el zar de la Inteligencia Militar antes de pasar a la inteligencia civil, cuando empezó a participar en las relaciones con Israel y Estados Unidos, y a desempeñar un papel decisivo en las negociaciones palestino-israelíes, entregas de detenidos, contrterrorismo, etcétera. Fue la persona a la que eligió Mubarak como su vicepresidente después de que estallara el levantamiento en 2011. Así que situando a Sisi en la Inteligencia Militar, Tantawi probablemente esperaba que estaría mejor situado que otros oficiales para heredar el papel de ministro de Defensa.

Aun así, para convertirse en ministro de Defensa primero tuvo que ascender precipitadamente a teniente general, y después, para convertirse en presidente, fue nombrado mariscal de campo sin haber tenido ni un solo día de experiencia en combate. ¿Esto no produjo comentarios?

Hay una historia sobre el general Amer, contemporáneo de Nasser, que creo que fue el primer egipcio en ser nombrado mariscal de campo. Había participado brevemente, y con un papel secundario, en la guerra contra Israel de 1948. Cuando Montgomery regresó a Egipto para conmemorar la batalla del Alamein, le presentaron al «mariscal de campo Amer», «¿de qué campo?», preguntó Montgomery. En el caso de Sisi la broma sería todavía más mordaz. Desde luego, el título estaba dirigido a realzar su estatus simbólico en las fuerzas armadas en el arriesgado movimiento hacia la presidencia del país. No

creo que su reluctancia para dar ese paso fuera enteramente fingida, ya que había que tener en cuenta algunas cuestiones. Después de que se tomara la decisión de derrocar a Morsi, ¿qué sería mejor, poner en su lugar a un maleable presidente civil –alguien como Amr Moussa que había sido ministro de Asuntos Exteriores con Mubarak– y dejar al ejército como el poder detrás del trono igual que en el antiguo modelo turco? Con esa solución, la decisión inteligente sería permanecer en el ejército porque ahí estaría el verdadero bastión del poder. Para Sisi, ocupar la presidencia era arriesgado porque significaba dejar de formar parte de las fuerzas armadas. Como he sostenido, sociológicamente hablando una vez que te vas a otra institución te conviertes en parte de ella y tu principal preocupación es cómo hacer que tu nueva institución tenga éxito. Desde luego, Sisi mantiene sólidas relaciones con los militares, pero ahora tiene que pensar cómo fortalecer sus propias bazas e incrementar el apoyo de la población de maneras que no encajan demasiado bien con los militares. Por ejemplo, ahora el ejército soporta mayores responsabilidades económicas de las que desearía, y todo ello para favorecer los objetivos políticos de Sisi.

¿Qué pasa con los demás ornamentos actuales del régimen? Como llegó Sedki Sobhy al Ministerio de Defensa?

Se convirtió en jefe del Estado Mayor con Morsi, pero se sabe muy poco de su historial allí. Anecdóticamente, se le ha descrito como una persona dura con gran sentido de la disciplina, alguien a quien se respeta y teme dentro de las fuerzas armadas, en muchos aspectos a la altura de Sisi. En la larga reunión del Consejo Militar en la que se decidió que Sisi debía retirarse del ejército y asumir la presidencia, como contrapartida Sobhy pasó al Ministerio de Defensa. Actualmente Sobhy no dice nada en público que pueda contradecir la política o las declaraciones de Sisi, pero los rumores dicen que ocupa una posición de poder dentro del ejército tan fuerte como la que ocupa este último en el sistema político. Así que la relación entre Sobhy y Sisi no se parece en nada a la de Tantawi con Mubarak. Se asemeja más a la que tuvo Abu Ghazala con

Mubarak, dos actores poderosos con bases de apoyo independientes pero que se solapan. A Sobhy no se le considera una obediente herramienta en manos de Sisi y algunas veces se cuestiona que esté realmente contento con lo que hace Sisi. Aunque hace muchas apariciones públicas, la mayoría en reuniones con compañeros de armas o inspecciones de proyectos militares, no trata de conectar con el pueblo.

El jefe del Estado Mayor, Mahmoud Hegazy está emparentado con Sisi, su hija está casada con un hijo de Sisi. ¿Esa es la causa de su ascenso?

Hegazy ocupó el lugar de Sisi como director de la Inteligencia Militar en la misma remodelación de Morsi, que en agosto de 2012 llevó a Sisi al Ministerio de Defensa y a Sobhy a la jefatura del Estado Mayor. Después fue jefe del Estado Mayor cuando Sobhy pasó al Ministerio de Defensa y Sisi se retiró para optar a la presidencia en la primavera de 2014. Esto quizá fue una garantía personal para facilitar la marcha de Sisi, ya que, formalmente hablando, el jefe del Estado Mayor tiene mayor control sobre los cuerpos de intervención del ejército que el ministro de Defensa, de modo que sería una figura clave en el caso de un golpe de Estado. Pero en la práctica, el ministro de Defensa desde los tiempos de Nasser siempre tenía mayor influencia sobre las fuerzas armadas. No es como en Estados Unidos, donde el jefe del Estado Mayor es la cabeza formal del ejército mientras que el secretario de Defensa representa al presidente. En Egipto, el ministro de Defensa sigue siendo la figura más sobresaliente dentro de las fuerzas armadas. El jefe del Estado Mayor es una posición muy importante, pero en segundo lugar.

El actual ministro del Interior, Magdy Abdel Ghaffar, procede del núcleo central de la policía secreta, ¿eso es algo nuevo?

No, el célebre Habib el-Adly, que durante catorce años fue ministro del Interior con Mubarak, perteneció al aparato de las Investigaciones Especiales (renombrado Seguridad del Estado en la década de 1970 y Seguridad Nacional en 2011). Después

de la caída de Mubarak, hubo un intento de debilitar el papel de la Seguridad del Estado en la represión interna, los militares esperaban que su propio servicio de inteligencia desempeñara un papel más importante en mantener el control. Morsi nombró a Mohamed Ibrahim como ministro del Interior, un personaje que venía de una de las ramas más secundarias de la policía, la policía de prisiones. Desde luego resultaba paradójico que los Hermanos Musulmanes eligieran para ese cargo a alguien que les conocía de cerca como reclusos. El paso se vio como un intento de escoger a alguien de la periferia del sistema de seguridad, que no hubiera pasado por sus redes centrales, aunque su actuación posterior demostró que no había muchas diferencias. Pero sin duda su sustitución por Ghaffar, un funcionario de la Seguridad del Estado con muchos años de servicio, es una señal de la continua influencia del aparato de seguridad dentro del régimen. Ghaffar es una figura mucho más poderosa. A diferencia de sus dos predecesores es un hombre de pocas palabras y rara vez aparece en público. Está formado en el molde de Omar Suleiman, una figura tipo esfinge: cualquier declaración que haga está cuidadosamente preparada, es breve y va directamente al asunto. Pero es mucho más despiadado que sus predecesores.

De la actual hornada de gobernadores provinciales, ¿cuántos han sido reclutados directamente del ejército?

Anteriormente en cargos de gobernador había por lo menos tantos antiguos mandos de la policía como veteranos del ejército. En la última ronda de nombramientos, el equilibrio puede haberse inclinado ligeramente hacia los militares. El número de antiguos generales en esos puestos a menudo se toma como evidencia del gran alcance político del ejército, pero eso resulta engañoso. Aquellos que obtienen esos empleos, ya procedan del ejército, de las fuerzas de seguridad o de otros campos, como la administración universitaria, los consideran como prebendas adquiridas al final de sus carreras. Sin embargo, una vez que te conviertes en gobernador dejas de ser oficial del ejército o policía, pasas a ocupar un papel político y empiezas a pensar en ti mismo como una

figura política. El siguiente pensamiento es que si tienes éxito en el trabajo podrías obtener un escaño en el Parlamento o llegar a ministro. ¿Me nombrarán consejero del presidente o, en el futuro, me convertiré en su enviado especial? También los gobernadores tienen que lidiar con toda clase de cuestiones técnicas y prácticas, y a menudo llaman a los militares para que les ayuden con cambios infraestructurales. Hubo un gobernador de Alejandría que procedía del ejército, pero que había adquirido cierta popularidad en su nuevo puesto. Cuando presionó al ejército para que prestara más ayuda en las inundaciones que amenazaban al sistema de alcantarillado, surgieron tensiones. Eso desencadenó toda clase de problemas, porque los militares tenían otras prioridades y empezaron a considerarle como un aprendiz de político, que estaba tratando de reforzar su propia posición.

El presidente

¿Cómo describirías el estilo de Sisi y su búsqueda de popularidad desde el poder?

La imagen de Sisi cambió muy deprisa cuando se convirtió en presidente. Pasó de ser un personaje al que muchos consideraban sabio y de pocas palabras, que mantenía sus cartas resguardadas, a mostrar una personalidad que se apoyaba principalmente en la retórica, con poco más que ofrecer al margen de eso. Por ello los sentimientos de la gente hacia Sisi han cambiado: al principio se le consideraba una persona que, si contaba con una oportunidad, tenía planes muy concretos para remodelar el gobierno y solucionar los problemas del país. Después pasó a ser considerado como un mal necesario que mantenía unido al Estado para que no se deshiciera bajo el peso de luchas por el poder y conspiraciones extranjeras. En resumen, la imagen de Sisi ha cambiado desde la de un hombre predestinado con todas las respuestas correctas, a la de un pequeño dique contra una inundación potencialmente devastadora que podría desbordar al Estado.

Con el telón de fondo de lo que sucede en los países árabes, la gente teme que el Estado pueda desmoronarse.

¿Qué explica este deterioro de su posición?

Sisi improvisa la mayoría de sus discursos y al tratar de simplificar los asuntos para llegar a la gente común, acaba a menudo en tópicos increíblemente insustanciales, que invariablemente le llevan al ridículo. Ninguno de sus predecesores era así. Nasser y Sadat tenían un dominio muy bueno de la lengua árabe, cosa que le falta a Sisi. Ellos también tenían políticas bastante claras a las que servía su retórica, lo que permitía a la gente entender por dónde soplaban el viento. Mubarak no tenía la misma comprensión del árabe, algo que importa mucho a los egipcios. Normalmente se agarraba a declaraciones escritas y pocas veces se salía del guion; cuando lo hacía era para hacer alguna clase de ocurrencia o de broma y regresar de nuevo al texto. Sisi, en el otro extremo, parece flotar en aleatorias ráfagas retóricas que reflejan su disposición de ánimo o sus veleidades del momento, en vez de indicar cualquier cambio político significativo o preparar el camino para algo nuevo. En la inauguración de una nueva central eléctrica en el sur del país, por ejemplo, de repente empezó a quejarse de que Egipto siempre había disfrutado de una paz muy «fría» con Israel, él pedía una paz más cálida y esperaba que las autoridades israelíes transmitieran su mensaje a sus ciudadanos. Parecía como si se tratara del anuncio de alguna clase de iniciativa diplomática o de alguna campaña para cambiar la relación del país con Israel, pero no tuvo ninguna consecuencia, simplemente se desvaneció en el aire dejando perplejos a los observadores.

Otro ejemplo produjo, poco después, un pequeño fiasco diplomático. Sisi estaba en Sharm El Sheikh en una reunión con jóvenes sin que hubiera siquiera un escenario, pero pidió un micrófono y se puso a sermonear a los egipcios sobre cómo ser más pacientes y menos codiciosos, para después –invocando el nombre divino– jurar que durante diez años en su frigorífico solamente había tenido agua, añadiendo «aunque

procedo de una familia muy rica», lo que todo el mundo sabe que no es cierto y de lo que Sisi a menudo se jacta. Si alguien dijera que durante un mes solamente ha tenido agua en su nevera simplemente se pensaría que miente, pero si dijera que durante diez años solamente había tenido agua, ¿qué clase de fantasía es esa? Poco después, en un encuentro en Túnez de la Conferencia Islámica, el jefe de la delegación de Arabia Saudí, refiriéndose al presidente tunecino Essebsi, equivocó su nombre y le llamó Sisi. Cuando bromeó con Essebsi diciendo: «Esto ha sido una grave equivocación, señor presidente, sin duda usted tiene algo más que agua en su nevera», el ministro de Asuntos Exteriores egipcio pidió una disculpa y Arabia Saudí reemplazó al jefe de su delegación en ese encuentro. El resultado es que Sisi se ha convertido en objeto de burla no solo en su país sino también a escala internacional. No te puedes imaginar a Nasser, Sadat o Mubarak en una situación tan ridícula. Así que con mucha rapidez, entre 2013 y 2016, Sisi ha pasado de parecer un dirigente serio, un hombre con soluciones para los problemas del país, a convertirse en una fuente de diversión.

¿Estas incoherencias han afectado a la exposición de la política real?

Sí, también han llevado al ridículo en el frente económico. En un discurso dijo a los asistentes que la gente hablaba mucho por teléfono y pidió que, en vez de hacer crecer su factura telefónica, cada egipcio donara una libra para el fondo de desarrollo del país, haciendo algunos cálculos sobre la marcha sobre la enorme cantidad de dinero que se recaudaría. En otra ocasión propuso que los bancos se apoderaran de lo que llamó el «dinero suelto» de las grandes transacciones y que lo utilizaran para un fondo de desarrollo, con otro improvisado y descabellado cálculo de que supondría un ahorro de millones de libras para el país. A pesar de lo ridículo de estas fantasías algunos llegaron a pensar que Sisi había decidido no aceptar un préstamo del FMI, que no estaba dispuesto a eliminar las subvenciones a la gasolina o a dejar flotar la moneda nacional; en otras palabras, que, como Nasser, estaba preparándose para crear alguna clase de economía nacional

autosuficiente. Pocas semanas después aceptó el préstamo, dejó flotar la moneda y eliminó las subvenciones. Así que esta retórica ahora se ve completamente divorciada de las declaraciones políticas y se ha convertido en una fuente de diversión para la gente. Dicho esto hay que tener en cuenta que todavía hay muchos que se aferran a él como la última oportunidad para evitar que el caos se apodere del Estado, como hicieron antes, de una manera u otra, con Nasser, Sadat y Mubarak. Los egipcios llevan mucho tiempo preguntándose a sí mismos: «¿Qué más puede suceder?».

¿Qué puedes decirnos del historial represivo de Sisi comparado con el de sus predecesores?

La intensidad de la represión es en cierta medida muy parecida al modelo de Nasser. Ante todo nos topamos con la duplicación institucional de los órganos responsables, la Inteligencia Militar y la Civil, la Seguridad del Estado y la Policía, como sucedía con Nasser. En segundo, contamos con el rigor de la represión, especialmente dirigida contra los Hermanos Musulmanes; la idea de erradicar todo un movimiento es la misma con Sisi. La principal diferencia radica, por supuesto, en que Nasser trataba de construir una alternativa que captara la pasión de la gente común y canalizara el patriotismo egipcio. En aquellos días, incluso la gente que sufría su represión a menudo estaba fuertemente comprometida con el proyecto de Nasser; los comunistas que estuvieron encarcelados bajo su régimen permanecieron siendo nasseristas durante toda su vida, tanto mientras estaban en la cárcel como cuando después fueron liberados con Sadat. Este es un activo del que carece el régimen de Sisi. Los únicos sentimientos a los que puede apelar son el miedo y la inseguridad, la idea de que si te fijas en Iraq, Siria, Yemen o Libia, el colapso del Estado es una posibilidad real. Con Nasser, el mensaje siempre era: «Mirad la clase de Estado que estamos tratando de construir». Con Sisi todo ha quedado reducido a decir: «Tenemos que conservar lo que queda del Estado para impedir un completo desastre». Así que él insiste mucho en los hilos de la conspiración extranjera, del desorden social, etcétera.

La represión de Sadat y Mubarak era bastante diferente, ya que ambos dirigentes querían dar una imagen de tolerancia respecto a una limitada forma de democracia. Sadat permitió una cierta oposición de izquierdistas, liberales e islamistas. Se enfadaba mucho cuando las cosas se descontrolaban, pero gran parte del tiempo buscó cooptar y manipular en vez de reprimir directamente y solamente en sus años finales pasó a un enfrentamiento más abierto. Mubarak jugaba un juego más sutil: él creía en las válvulas de seguridad, en las políticas controladoras antes que opresivas. Permitiría las protestas en las universidades, especialmente en 2003, y también fuera de los campus universitarios si se limitaban a cuestiones de política exterior. Hubo una manifestación en la plaza de Tahrir contra la invasión estadounidense de Iraq en 2003 y más tarde otra en el centro de El Cairo contra el ataque israelí sobre Líbano en 2006. Por otra parte, tomó medidas muy drásticas sobre cualquier cosa parecida al movimiento de la juventud del 6 de abril de 2008, que trató de vincularse con los obreros de las fábricas. Pero permitió un cierto número de canales privados de televisión, programas de entrevistas y periódicos, y un cierto grado de crítica controlada. Con Mubarak la sociedad civil se convirtió en un espacio para el activismo político de aquellos que buscaban el cambio y surgieron toda clase de grupos. Incluso si algunas veces sufrían cierres o perdían su financiación, era posible que continuaran existiendo.

La lección que aprendió el régimen en 2011 –no limitada a Sisi como presidente– fue que Mubarak había estado equivocado al pensar que podía manejar a la oposición y controlar a la disidencia a su antojo. En vez de ello, era necesario acabar con todas las formas de oposición, ya fueran de la sociedad civil, medios de comunicación, universidades o de cualquier otro lugar. Así que, a diferencia de la situación con Sadat o Mubarak, ya no hay ninguna válvula de seguridad y las formas de represión no solo son mucho más intensas que con ellos, sino que de hecho son mucho más duras que con Nasser, porque el régimen no ofrece ninguna visión positiva para que la gente se comprometa con ella.

En términos cuantitativos, los cálculos desde fuera sugieren que ahora hay alrededor de 40.000 personas en cárceles egipcias. ¿Estas cifras son comparables a las de tiempos de Nasser?

Sí, pero nunca puedes estar seguro del número exacto debido a la falta de transparencia. Rara vez ha habido ejecuciones bajo cualquiera de estos regímenes, se han dictado muchas sentencias de muerte pero pocas de ellas se han ejecutado. Normalmente se conmutan por cadena perpetua. También hay mucha gente exiliada en diversos lugares, y no puedes conseguir que te conmuten *in absentia* tu sentencia.

Pocas ejecuciones formales, pero se ha producido la mayor masacre de la historia moderna de Egipto con la matanza que puso fin al régimen de Morsi. ¿Qué pasa con la tortura?

La tortura en Egipto ha sido sistemática en el tratamiento a detenidos desde los tiempos de Nasser. Sin embargo, con los años ha habido un cambio. Durante el mandato de Nasser se limitaba normalmente a disidentes políticos, no se aplicaba a ciudadanos implicados en casos criminales. Pero desde los últimos días de Sadat, y ciertamente con Mubarak, la policía regular también ha estado tratando brutalmente a ciudadanos arrestados incluso por delitos triviales. La tortura se está volviendo cada vez más el *modus operandi* de todo el sistema de seguridad; incluso aunque quisiera, no creo que el presidente tenga ahora mucha capacidad para controlarla, como no sea llevando a cabo una completa reforma del aparato de seguridad. En Estados Unidos, la Casa Blanca y sus asesores podían discutir las técnicas de interrogatorio que se empleaban, y se guardaba un registro de lo que se hacía y quién lo hacía en Bagram o Guantánamo, con cierta capacidad para aprobarlo o no. En Egipto la tortura ha sido parte de la cultura política durante tanto tiempo y se ha propagado tanto, que dudo que pueda ser extirpada por medio de directivas presidenciales formales; exige un cambio radical de la política aplicada al respecto.

¿La magnitud de las desapariciones con Sisi es una innovación?

También se producían con Nasser. Había una expresión para ellas, la gente solía decir que alguien se había ido «más allá del sol», queriendo decir que nadie sabía lo que le había pasado, de qué se le podía haber acusado o si estaba retenido en una prisión oficial o no. Cuando el régimen dejaba de ocuparse de ellos se les soltaba en una oscura esquina de la ciudad con instrucciones de no hablar sobre dónde habían estado o de lo contrario tendrían problemas. Así que esto no es algo enteramente nuevo.

Si la policía había ido demasiado lejos al torturar a un detenido y le mataba, ¿no sería conveniente actuar como si simplemente hubiera desaparecido?

Eso tiene sentido, aunque no tengo constancia de esos casos. La gente podía esperar que el amigo o pariente que había desaparecido estuviera vivo en alguna prisión y mantener esa esperanza durante diez o veinte años.

La economía

A principios del gobierno de Sisi no hubo un marcado giro neoliberal en el campo económico, incluso aumentó algunas de las subvenciones públicas. Pero las condiciones que acompañan al préstamo que este último otoño ha concedido a Egipto el fmi incluyen el paquete neoliberal completo: privatización de industrias, recortes a los subsidios, flotación de la moneda, equilibrio presupuestario, etcétera. El fmi dice: «Os daremos el dinero, pero solo gradualmente y siempre que se demuestre que lleváis a la práctica todo esto». ¿La aceptación de este programa por parte de Sisi indica cierta desesperación, una sensación de que el régimen no tiene otra elección porque la situación económica es tan grave?

Las instituciones del antiguo régimen han aprendido diferentes lecciones económicas de la revuelta de 2011. La presidencia —es decir, el propio Sisi y su entorno de tecnócratas y hombres fuertes— considera que la caída de Mubarak se produjo

en parte por su reestructuración neoliberal de la economía, que distanció a una gran parte de las clases medias y corría el riesgo de convertir a las clases bajas en un polvorín que podía explotar en cualquier momento. Para ellos, la manera de impedir otro levantamiento era revertir la reestructuración y las privatizaciones y regresar a una posición donde el Estado –es decir, la presidencia– tuviera el control directo de la economía. Por otro lado, la red del antiguo régimen sacó la conclusión contraria. Para ellos, 2011 interrumpió un proceso que tenía éxito; las «economías de goteo» del neoliberalismo habían estado mejorando las cosas y, si Gamal Mubarak hubiera sucedido a su padre, en pocos años mucha gente lo hubiera comprobado. Resulta interesante que cuando hablas con miembros de la clase media egipcia, la gente se divide en torno a esta cuestión: algunos dirán que las cosas iban mejor con Mubarak, que bastaba con que hubiéramos tenido un poco más de paciencia, mientras que otros sostendrán que íbamos de cabeza al abismo.

El problema de Sisi era encontrar el dinero para llevar a la práctica su inicial proyecto económico. Si hubiera reflexionado sobre la experiencia de Nasser, hubiera constatado que su posición era mucho más débil que la de este. Nasser podía nacionalizar muchos de los activos de los terratenientes y de la burguesía egipcia –por no hablar de los activos en manos extranjeras–, porque gran parte de la riqueza de la clase alta estaba en la tierra, que era algo inmóvil y podía ser confiscado. Por otra parte, con la Guerra Fría como telón de fondo también podía confiar en que la Unión Soviética financiara algunos de sus proyectos. Sisi no tiene ninguna de esas ventajas. En el actual capitalismo financiero global los activos de los empresarios egipcios son mucho más elusivos y transferibles. Tampoco hay una rivalidad como la de la Guerra Fría que le permita enfrentar a una gran potencia con otra. Viajó a Rusia y China solicitando inversiones de esos países, pero se han producido pocas. Pronto se dio cuenta de que la única manera de echar mano de los activos del sector privado sería conseguir su cooperación. De ese modo, la primera fase de Sisi en el poder estuvo marcada por una serie de intentos de

avergonzar a los empresarios para que realizaran donaciones patrióticas, o chantajearles con amenazas de revocar sus licencias o de privarles de acceso a contratos gubernamentales, todo ello combinado con peticiones del tipo de: «Habéis ganado tanto, que el régimen se desestabiliza; es hora de que devolváis algo». Quería que invirtieran en un fondo llamado Larga Vida para Egipto, que iba a ser controlado por la banca pública. Pero las contribuciones de los empresarios fueron mínimas y Sisi se sintió cada vez más frustrado. El fondo todavía existe, pero no ha recaudado mucho dinero.

Sisi también trató de apelar directamente a los pequeños y medianos empresarios y a los ciudadanos que tuvieran algunos ahorros. Pensó que una manera de hacerlo era por medio de suscripciones públicas para la financiación de proyectos como la ampliación del Canal de Suez. Pero pronto descubrió que esta gente no era tan generosa con su dinero como lo podía ser con sus sentimientos patrióticos. Así que tuvo que ofrecerles la tasa de rendimiento más elevada del mercado, una manera muy cara de recaudar dinero. Si la financiación no se podía obtener en el propio país, o de potencias internacionales como Rusia y China, la siguiente puerta a la que llamar tenía que ser Arabia Saudí y las monarquías del Golfo. Pero el precio del petróleo en el mercado mundial se había desplomado y estos países ya no tenían tanto dinero que gastar como antes; Arabia Saudí, que ahora se enfrenta a la perspectiva de un déficit presupuestario, está pensando incluso en aumentar las tasas de los visados cobradas por el peregrinaje a la Meca. También tienen otros compromisos externos. Los Estados del Golfo están mucho más interesados en desempeñar un papel militar de lo que lo estaban en tiempos de Nasser. Arabia Saudí está conduciendo la guerra en Yemen, en vez de financiar la guerra para que otros la hagan en su nombre como hizo durante el mandato de Nasser, y se está gastando un montón de dinero para obtener armamento de alta tecnología de Estados Unidos y Gran Bretaña. Qatar está participando en las guerras de Siria y Libia con ataques aéreos y otros tipos de operaciones. Estos países quieren utilizar los ingresos petroleros que les sobran para proyectar su propio

poder en la región. Egipto está obteniendo algo de efectivo, pero no está llegando ni en la cantidad ni al ritmo que esperaba Sisi. Así que el dinero necesario para financiar cualquier proyecto de gran envergadura en el país queda en manos de la elite empresarial de la época de Mubarak. Egipto recibe poca inversión extranjera y el capital que llega normalmente toma la forma de asociación con estos empresarios, que Mubarak acostumbraba a llevarlos en sus viajes a Estados Unidos y a Europa para cerrar tratos allí. Los inversores extranjeros no se muestran entusiasmados con las ofertas que hace Sisi de asociación con los militares egipcios. Ellos quieren tratar con el sector privado. El acuerdo de Sisi con el FMI y la aceptación de sus condiciones llega después de una serie de fracasos en su apuesta por restablecer el control del Estado sobre la economía.

Sisi afronta ahora una aguda crisis económica, que incluye la escasez de productos básicos como azúcar y arroz, una inflación muy alta y recortes en curso o inminentes a las subvenciones sobre productos de primera necesidad. ¿Cómo se percibe esto en el país?

La red del antiguo régimen piensa que una vez que Sisi renuncie a cualquier intento por revertir la reestructuración neoliberal de Mubarak, ellos podrán volver a los viejos parámetros de funcionamiento y todo volverá a estar de nuevo en su sitio: el gobierno volverá a seguir las pautas del mercado en vez de las de tecnócratas bajo dirección presidencial, se reanudará la inversión extranjera y se estabilizará la moneda. Para ellos, la aceptación del préstamo del FMI es una bienvenida rendición que permitirá que en un futuro próximo las cosas vuelvan a la normalidad. Pero para aquellos que piensan que esa misma reestructuración es la que contribuyó a hacer caer a Mubarak, el nuevo planteamiento de Sisi corre el riesgo de llevar al país hacia el desastre, porque supondría una revuelta mucho más radical y violenta. Bajo Mubarak, había por lo menos determinadas válvulas de seguridad, cierta clase de influencia y presencia de los partidos de la oposición, los Hermanos Musulmanes, la sociedad civil y los medios de comunicación. La plaza de

Tahrir fue en gran parte una rebelión de la clase media, ni los campesinos ni los trabajadores fueron su fuerza impulsora. Pero ahora el aumento de la represión contra los disidentes de la clase media y, por supuesto, la decepción con la revolución y todo lo que la acompaña, significa que una segunda revuelta probablemente supondría un levantamiento de las clases bajas, de la clase que se lleva temiendo durante mucho tiempo: un levantamiento centrado en la justicia social y la distribución de la riqueza en vez de en la democracia política y la dignidad.

Aquí es donde entran los militares. Si Sisi se da cuenta de que el préstamo del FMI solamente aliviará el problema a corto plazo inyectando en la economía una limitada cantidad de capital extranjero que se absorberá en tres o cuatro años, y recoge las señales que advierten de una ruptura del orden social, ¿qué va a hacer? Algunos piensan que entonces debería utilizar al ejército para establecer un control más férreo sobre la economía, incluyendo la confiscación de activos privados, del dinero mantenido en cuentas, etcétera. Ha habido un cierto número de pequeños episodios, que indican que algo similar a esto no es imposible. El precio del azúcar ha aumentado en los últimos meses mientras desaparecía de los mercados. El ejército entró en diversos almacenes para descubrir que los comerciantes estaban acumulando grandes cantidades que fueron confiscadas. Sin embargo, también han entrado en fábricas, incluyendo Edita, una de las mayores procesadoras de alimentos, donde confiscaron suficiente azúcar como para abastecer al país durante tres meses. Cuando a finales del verano se produjo una escasez de leche maternizada para bebés, el ejército intervino directamente, asegurando los suministros en algunas zonas y distribuyéndola directamente a madres que la necesitaban. Cosas similares han ocurrido con las bombonas de gas. Así que este es un escenario posible si se ve que la crisis se extiende a toda la economía.

Además de la pérdida de ingresos por la caída de los precios del petróleo, podemos suponer que Egipto ha sufrido un considerable golpe con el descenso del turismo desde 2011.

Sí. En Egipto tradicionalmente ha habido tres fuentes principales de divisas: el Canal de Suez, la producción de gas y petróleo y el turismo. Las tres han experimentado un considerable descenso. Mubarak tenía un proyecto en el cajón para transformar el Canal en un centro industrial al que llegarían barcos con productos sin acabar que se montarían en fábricas y luego se reexportarían. El plan tomaba en cierta medida el ejemplo de Dubái. Cuando Morsi llegó al poder quiso continuar con ese proyecto y buscó la asistencia de Qatar, provocando un revuelo por las implicaciones que suponía respecto a la soberanía sobre el Canal. Con Sisi, el Canal fue ensanchado en su punto más estrecho –donde únicamente era posible el tráfico en una sola dirección, obligando a que los barcos tardaran horas en atravesarlo– y se construyó un pequeño canal lateral. Los críticos sostuvieron que no estaba nada claro que los barcos fueran a estar dispuestos a pagar tasas más altas para evitar las colas, en un momento en que el tráfico del Canal estaba disminuyendo con la recesión del comercio global y la caída de los precios del petróleo. Las ganancias reales vendrían de crear el centro de servicios industriales y financieros previsto en el plan, no de esta costosa ampliación. Pero Sisi, recordando los tiempos de Nasser, lo consideraba como un gran proyecto nacional, que encendería la imaginación de la gente, e insistió en que estuviera terminado en un año, en vez de los tres años que estaban planeados, así que todo el equipo para movimiento de tierras, alquilado con moneda extranjera, tuvo que ser multiplicado por dos, lo cual consumió una gran parte de las reservas de divisas. El bombo y la propaganda con que Sisi rodeó la inauguración recordó a Ismail Pachá, que había encargado a Verdi una ópera, *Aida*, para celebrar la inauguración. Sisi puso en marcha otra representación de la ópera, anunciando por todo lo alto el eslogan «Egipto está contento». Los medios de comunicación fueron bombardeados con charlas sobre los grandes beneficios que reportaría a la economía egipcia, con unos gráficos de apariencia impresionante difundidos por televisión.

Sisi no solo quiere el control de la economía, también quiere que los egipcios se involucren emocionalmente en grandes proyectos (aunque supongan un derroche de recursos). Así que también ha recuperado un plan, que había sido abandonado por Mubarak, para crear un nuevo Delta del Nilo, esta vez en el sur, cerca de Sudán, con toda una nueva comunidad que se iba a trasladar a vivir allí. Hubo mucha retórica alrededor de este proyecto, pero todo quedó en eso. También está el tema de la construcción de una nueva capital para el país. Mubarak había pensado en trasladar los ministerios del gobierno a un nuevo centro administrativo con menos población como respuesta al abrumador tráfico de El Cairo. Sisi sigue adelante con este plan, pero lo presenta como una nueva capital en sentido grandioso, situada a las afueras de El Cairo, aunque la ciudad crezca con mucha rapidez. Su último gran proyecto pretende aumentar sustancialmente la producción agrícola del país cultivando una extensa zona del desierto occidental, pegada a Libia, haciendo uso de aguas subterráneas. Sin embargo, si el agua ha estado allí siempre, ¿por qué no la utilizaron Sadat o Nasser o de hecho Mehmet Alí? Sisi está rodeado de aduladores que a todo dicen que sí y que están de acuerdo en que construir invernaderos en medio del desierto es una gran idea. El panorama general es que Sisi utiliza cualquier recurso disponible para estos megaproyectos, con la esperanza de crear empleo sostenible en un momento en que la gente está luchando para obtener artículos de primera necesidad.

¿Las empresas privadas están siendo presionadas para que apoyen estos planes?

Sisi pone al frente a las compañías propiedad del ejército, ellas después subcontratan el trabajo con empresas privadas. Esto obliga al sector privado a ayudarle, porque la capacidad de otorgar contratos se ha vuelto muy importante como fuente de poder: «Si empiezas a causarme problemas no vas a obtener ninguna parte del nuevo proyecto». También se ha utilizado para fragmentar al sector privado, dividiendo un trabajo en concreto entre tres o cuatro grandes empresas y diez

o veinte pequeñas, de manera que todo el mundo obtiene una parte. Aquí tengo que añadir que hay mucha gente que alaba a las empresas del ejército por estar dirigidas con firmeza y cumplir los plazos, además de asegurar que el trabajo mantiene ciertos niveles de eficacia y calidad.

Si, como dices, la clase empresarial se muestra cautelosa y no se ha unido con demasiado entusiasmo a estos proyectos del régimen, ¿cuál es la actitud de la clase media egipcia, en la medida en que se pueda generalizar sobre una capa tan heterogénea?

La clase media estaba pasándolo mal con Mubarak. Los que defienden la historia de éxito del neoliberalismo egipcio afirman que aunque puedan haber habido algunas dificultades, para la clase media la movilidad social ascendente era una posibilidad real, con más empresas del sector privado y más oportunidades para subir en la escala social. Esto puede haber sido cierto para la clase media alta, banqueros, abogados, etcétera, pero no para maestros o funcionarios que no tenían semejantes rutas de progreso y no disfrutaron de esa movilidad. La clase media de Nasser estaba alimentada en gran medida por el Estado, en los colegios, las universidades y en la burocracia del Estado. A esta gente se la ha exprimido y ahora más que nunca debido a la subida de los precios. Desde luego todo el mundo sufre, pero el gobierno mantiene una estrecha vigilancia sobre productos básicos que son importantes para las clases bajas –azúcar, arroz, combustible, gas– e interviene para mantener sus precios bajos. Por otra parte, la clase media-alta puede recortar bastante su consumo de artículos de lujo sin tocar nada que sea esencial en su consumo. Pero los que se encuentran en la zona intermedia se han acostumbrado a muchas cosas que el gobierno no controla, pero que afectan a su vida diaria y cuyos precios estaban subiendo: jabón, champú, radios, por no hablar de las tarifas de los taxis. Por otro lado, cuando hablas con gente de la clase media, a menudo parece que lo que más les preocupa es la estabilidad del Estado. La gente que está más abajo en la escala social tiene estructuras de apoyo alternativas en la economía sumergida o en la administración de justicia y el arbitraje de conflictos por los

hombres fuertes de los barrios populares. En consecuencia, no son tan dependientes del Estado y de su infraestructura como la clase media, la cual piensa que si este se viene abajo la vida se volverá imposible. Si hablas con ellos de revolución, de destituir al presidente o de derrocar el régimen de alguna manera, la primera imagen que les viene a la cabeza es el caos de Siria, Libia o Yemen. ¿Cuánto tiempo seguirá siendo esa su mayor preocupación, simplemente poder ir al trabajo y regresar a casa con seguridad? ¿Cuánto tiempo serán capaces de identificarse a sí mismos como pertenecientes a la clase media? Estas son preguntas que se van a plantear.

En su propaganda, el régimen no invoca simplemente el espectro del conflicto en los países vecinos, también despliega la guerra interior contra el terror. ¿Hasta qué punto la gente común se toma eso en serio? ¿Piensan realmente que hay una amenaza de terroristas que acechan en las calles?

Por una parte, el régimen dice que los ataques terroristas, la insurgencia en el Sinaí y en el Desierto Occidental, son un peligro tan grave que la prioridad número uno del país es aplastarlos, y que no podemos permitirnos ningún desacuerdo político que cree problemas hasta que lo hayamos hecho. Pero al mismo tiempo anima a los turistas y empresarios extranjeros para que vengan a Egipto, insistiendo en que todo está bajo control. Este discurso contradictorio se refleja en las actitudes de la gente que dice que no podemos celebrar manifestaciones, porque el terrorismo es un problema muy grave y el país puede derrumbarse para preguntarse a continuación por qué no vienen los turistas rusos o británicos, ¿no es el terrorismo un problema en todas partes?

En un principio, parecía que Sisi disfrutaba de niveles de apoyo entre la clase media muy elevados y ello juzgado a partir de innumerables indicadores. ¿Piensas que ahora ese apoyo se ha desvanecido?

Sí. Comparando por ejemplo a Sisi con Erdo an verás que éste último dirigía un partido que reunía un verdadero bloque social detrás de una clara plataforma económica, cultural

y geopolítica. Sisi nunca tuvo esa clase de apoyo. No tiene un grupo específico de gente, cuyos intereses defienda. Lo que sí tiene es un montón de gente que teme que sin él las cosas vayan a peor.

¿Sería correcto pensar que después de organizar algunas huelgas bastante significativas en los últimos años de Mubarak, la clase obrera egipcia –los trabajadores empleados en el sector formal– se ha quedado tranquila con el nuevo régimen?

Ha sufrido una severa represión. Hablando en general, con Mubarak hubo dos clases de huelgas. Algunas se produjeron en el sector privado, donde el último gobierno de Mubarak, formado por empresarios, intervino para llegar a un acuerdo más o menos aceptable para patronos, trabajadores y sindicatos; otras afectaron a trabajadores de cuello blanco como los maestros y el gobierno elevó su salario o renegoció sus contratos. Estas huelgas estuvieron permitidas. Las que no lo estuvieron y suscitaron una dura represión afectaron a los viejos proyectos industriales nasseristas, a grandes fábricas como Mahalla. Por otra parte, Sisi dejó claro desde el principio que en este momento de crisis, cuando había conspiraciones en todas partes y el Estado estaba al borde del colapso, no toleraría ninguna huelga. De modo que las huelgas están mucho más dura y uniformemente reprimidas que en tiempos de Mubarak y no se informa sobre las que se producen. Antes, el gobierno hubiera mostrado su disposición para intervenir y mediar para alcanzar un compromiso; ahora simplemente hay rumores de un paro aquí o allá. La gente que está sobre el terreno tiene datos más exactos sobre las huelgas, pero sin duda han sido menos frecuentes que con Mubarak.

¿Es muy férrea la censura sobre los medios impresos, radio y televisión y sobre las redes sociales?

Realmente sí. Los presentadores, periodistas y activistas sociales más influyentes han sido expulsados al exilio, o por lo menos a la tranquilidad de sus hogares. Aquellos que no han sido apartados, ahora, soslayan los análisis políticos serios a

favor de los chismes sobre celebridades. Lo mismo sucede con la prensa escrita. Todavía hay dos importantes periódicos independientes, pero se ven hostigados e intimidados. El propietario de *Al-Masry Al-Youm*, por ejemplo, estuvo detenido por tener un arma sin licencia; le liberaron a las cuarenta y ocho horas pero el mensaje estaba claro. Estos periódicos todavía tratan de proporcionar alguna clase de cobertura independiente, pero son mucho más moderados que antes. Se ha aprobado una legislación que pone a las redes sociales bajo la vigilancia de los órganos de la seguridad del Estado. Eso no es nada nuevo, pero ahora está consagrado por una ley que hace que la gente sea responsable por expresar en esos fóruns cualquier cosa considerada «subversiva». La situación ha cambiado por completo desde los tiempos de Mubarak, cuando la gente podía decir lo que quisiera, siempre que no se cruzaran determinadas líneas rojas.

¿Es de suponer que el régimen no tiene los recursos para controlar a las redes sociales en la misma medida que, por ejemplo, el Estado chino?

Quizá no, pero lo que importa no es tanto lo exhaustiva que se ha vuelto la vigilancia, sino más bien el mensaje que transmite, que consigue que la gente tenga miedo y se censure a sí misma. Los *tweets* que atraen la atención de las autoridades probablemente circulan muy deprisa de manera que el funcionario de la seguridad del Estado se enterará de ellos sin demasiado esfuerzo. No creo que estén demasiado preocupados por las redes que se formen por debajo del radar; quieren mandar un mensaje a los activistas y celebridades –gente a la que en cualquier caso mantienen bajo vigilancia– para que no se muestren tan francos como antes y eso, por supuesto, está funcionando.

Relaciones exteriores

The Economist ha descrito manifiestamente a Sisi como el dirigente más favorable a Israel de toda la historia de Egipto. ¿Estás de acuerdo con ese juicio?

Sisi es muy inconsistente en su política exterior, pero especialmente en lo que se refiere a Israel. Por un lado, Israel ha permitido que el ejército egipcio tenga una mayor presencia en el Sinaí para combatir la insurgencia en la zona a pesar de que el acuerdo de paz de Sadat la había prohibido en gran medida. Ello ha supuesto una coordinación entre los dos Estados más estrecha que antes. La relación entre Israel y los saudíes también ha crecido espectacularmente en los últimos años, con la primera gran delegación saudí que visita Israel (presentada en este país como una delegación de la sociedad civil). El régimen saudí es el principal aliado regional de Sisi, así que aquí hay una cierta clase de relación triangular. También ha cortado prácticamente las relaciones con Hamas en Gaza, después de acusarla de haber desempeñado un siniestro papel en los acontecimientos de 2011. Todas estas son relaciones y políticas heredadas de Mubarak, pero se han acentuado con Sisi. Por otro lado, no ha habido ningún cambio en absoluto de la política como tal. Mubarak voló a Israel para el funeral de Rabin, y cuando murió Peres, la gente se preguntaba si Sisi acudiría al funeral, pero no lo hizo. No ha cambiado la doctrina de seguridad egipcia, que mantiene que el Sinaí es importante debido a la «amenaza del este». Israel y Turquía han tenido unas relaciones problemáticas en los últimos años y Sisi esperaba aprovecharse de esto, pero entonces Erdoğan resolvió su disputa con los israelíes. La lección parece ser que Israel se ha preocupado más por Turquía que por Egipto, porque de otra forma los israelíes no se hubieran mostrado receptivos ante las aperturas de Erdoğan, en un momento en que Sisi estaba tratando de aislar y marginar a Turquía.

Hay muchas otras inconsistencias en la política exterior de Sisi, si es que pueden llamarse así. Presenta a Rusia como su mayor aliado internacional y a Arabia Saudí como su respaldo regional más importante, pero Moscú y Riad están enzarzadas en una guerra fría en Oriente Próximo no solo por el conflicto en Siria, sino también en torno a otras cuestiones. En el Consejo de Seguridad de la ONU, los saudíes presentaron una moción denunciando a Asad, los rusos otra que en esencia le

respaldaba y ¡Egipto acabó apoyando las dos! Esto produjo un enfrentamiento con los saudíes, que suspendieron el suministro de petróleo a Egipto durante unos meses. En la misma línea, Sisi está tratando de mantenerse muy cerca de Rusia y muy cerca de Estados Unidos, todo al mismo tiempo. Ahora tiene grandes esperanzas de que la victoria de Trump le facilite la tarea, ya que se supone que Trump está cerca de Putin y ha comentado que los militares egipcios salvaron al país de caer bajo el dominio islámico. Pero en ese caso, desaparece toda la idea de buscar un equilibrio entre las relaciones con Rusia y con Estados Unidos, porque si eres un buen amigo de Trump, ¿para qué necesitas que Rusia o China equilibren las relaciones con Washington? Lo que surge de todo esto es que Sisi no tiene en absoluto ninguna política de conjunto, ya sea económica o geopolítica. Simplemente lanza tópicos sobre la independencia de Egipto, el papel del ejército, el patriotismo, etcétera, y los sigue en caprichosas direcciones. Se podría tratar de racionalizar algunas de las políticas de Sisi, pero sería inútil tratar de buscar una racionalidad coherente en su senda de gobierno porque por ahora no tiene ninguna.

Por otra parte, Sisi ha sido recibido con los brazos abiertos por todos los líderes europeos importantes. Renzi, especialmente, se apresuró a ir a El Cairo para abrazarle y Hollande llegó poco después. Merkel y Cameron apenas fueron menos calurosos. Mientras Washington mantenía las distancias, fue agasajado en Roma, París, Berlín y Londres. ¿En Egipto se considera esto un gran éxito de Sisi?

Para Sisi la relación con Italia era muy importante; las compañías italianas han estado en Egipto negociando acuerdos, especialmente respecto al nuevo yacimiento de gas descubierto en el Mediterráneo. Consideraba a Renzi un amigo personal. Pero ninguna de estas relaciones ha llegado a prosperar realmente. Renzi quedó en evidencia con el asesinato del estudiante y activista italiano Giulio Regeni, que causó una gran indignación en Italia. Según las autoridades italianas, el gobierno egipcio no cooperó plenamente en la investigación conjunta de este asesinato, presentándolo

como un caso individual, un desafortunado accidente del que Egipto no podía hacerse responsable. No es de extrañar que la perspectiva de una gran asociación económica entre Egipto e Italia quedara en suspenso. Con Francia, estaba la cuestión del vuelo de Egypt Air desde París que se estrelló en el Egeo. Egipto afirmó inmediatamente que había habido una violación de la seguridad por parte francesa, cuando las evidencias señalan un fallo técnico del aparato en vez de un acto de terrorismo. Esto causó mucha tensión con Francia. Después, el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Sameh Shoukry, se quejó de que Gran Bretaña no estaba animando a que sus ciudadanos viajaran a Egipto, a pesar de todos los esfuerzos que habían hecho las autoridades egipcias para cumplir con los procedimientos de seguridad en los aeropuertos, dando a entender que había algo de malicia en su actitud. Mientras, un miembro del Parlamento muy próximo a Sisi afirmaba que la embajada británica en El Cairo había dejado de ser una misión diplomática normal para convertirse en un nido de conspiraciones y subversión.

Se podría añadir la debacle de la conferencia de prensa conjunta de Sisi y Merkel en Berlín, donde tuvieron que abandonar rápidamente la sala cuando una persona empezó a gritar contra la tortura en Egipto.

Sí, ese fue otro de los muchos incidentes memorables.

Los hermanos musulmanes

Si prestamos atención a los distintos grupos de oposición al régimen, ¿cómo han respondido los Hermanos Musulmanes al derrocamiento de Morsi y a la despiadada represión de su movimiento desde entonces? Un tema central de tu notable obra etnográfica, Inside the Brotherhood, es el determinismo religioso del Ikhwan, la creencia de que «ya que Dios está de nuestro lado, podemos esperar. La victoria llegará, como muestra el crecimiento de nuestras filas y el éxito económico; el éxito político no puede tardar». En el libro muestras la ceguera a la que conduce esta

mentalidad y el desastre en que acabó³. En muchos aspectos, tu descripción recuerda la perspectiva de los militantes puritanos en la Inglaterra de mediados del siglo XVII, llenos de confianza por que luchaban por una causa divina que les daba una tremenda fuerza en el campo de batalla. Sin embargo, se desmoronaron con el doble golpe desmoralizador de la Restauración, que llegó no solo como una derrota política que nunca habían esperado, sino como una señal de que Dios realmente no quería que ellos vencieran. La Providencia les había abandonado y la tradición nunca se recuperó. Los Hermanos no son revolucionarios, pero ¿no se arriesgan a acabar igual? ¿Cómo han reaccionado a su rápido y vertiginoso éxito en 2012 seguido de la completa debacle en 2013?

Los puritanos ingleses eran mucho más mesiánicos, creían que su victoria sería el último gran empujón hacia el final de los tiempos, que marcaría el inicio del Reino de los Cielos sobre la tierra. Así que para ellos, la vuelta a la normalidad como si no hubiera sucedido nada fue devastadora. La versión de los Hermanos Musulmanes del determinismo religioso no se parece a esto. Supone una concepción cíclica de la historia: está en la naturaleza de las cosas que la fe de la gente se debilite y que caigan de nuevo en la corrupción, y cuando eso sucede, los creyentes que quedan deben reunirse y ser la punta de lanza de otro movimiento justo. Así que el destino de los virtuosos es levantarse y caer. Cuando hablas con los Hermanos, se muestran muy orgullosos del hecho de que siempre se les ha perseguido y siempre regresan.

La segunda diferencia es que los puritanos no estaban tan organizados: tenían sus predicadores y estudiosos laicos de la religión, pero a lo sumo formaban una red que no se parecía en nada a la estructura formalizada del Ikhwan, con su cuidadoso reclutamiento, vigilancia, formación y jerarquía, adoctrinamiento, ascenso de rango, etcétera. Los Hermanos Musulmanes son esencialmente una organización ideológica que se formó no en el transcurso de una guerra civil, como los puritanos ingleses y su *New Model Army*, sino bajo

³ H. Kandil, *Inside the Brotherhood*, cit., pp. 85-88, 99-103.

un régimen muy estable durante el periodo de entreguerras, en tiempos del rey Fuad. Eso les ha dado una capacidad de resistencia mucho mayor. Cuando los puritanos fueron derrotados, cada uno de ellos quedó abandonado a su propia suerte tratando de asumir esa derrota, mientras que cuando un revés golpea a los Hermanos, los escalones superiores de la organización rápidamente encuentran una explicación que se aseguran de que llegue a los miembros de base. Desde luego, no todos quedarán convencidos por estas justificaciones oficiales, pero debido a que hay una manera organizada de interpretar los acontecimientos y difundir su interpretación, hay una resistencia mucho mayor.

Si esto es una característica general de los Hermanos, ¿qué explicación tienen sus dirigentes para el fracaso de la presidencia de Morsi?

La razón por la que los Hermanos Musulmanes no se desmoronaron *por completo* es que siempre habían dejado muy claro que su llegada al poder debería coronar la conversión de una gran mayoría de los egipcios a su moral comunitaria. Todavía podía quedar una oposición minoritaria aquí y allá de unos cuantos laicistas e intelectuales antimusulmanes recalcitrantes, pero semejante oposición sería relativamente insignificante. Por eso, la mayor parte del trabajo de los Hermanos se centraba en la comunidad, en convertir a la gente a su visión del mundo. Esa era su posición al principio de la revuelta de 2011 y en las semanas y meses que la precedieron. «Nosotros no queremos ser parte de esto, estamos esperando el momento adecuado y todavía no ha llegado». Así que en vez de poner su fe en los manifestantes, ya que de mala gana dejaron que sus miembros se unieran a ellos al tercer día de la revuelta de 2011, los dirigentes de los Hermanos negociaron con el régimen. En unas infames conversaciones entre Morsi y Omar Suleiman se llegó a un acuerdo informal: tú prometes retirar a tu gente de la plaza de Tahrir y nosotros te dejamos que formes un partido político. Para los Hermanos este era el momento adecuado para penetrar más profundamente en la sociedad, no para derrocar a Mubarak.

Pero de cualquier forma Mubarak cayó y se convocaron primero elecciones parlamentarias y después presidenciales.

Aun así, los Hermanos dejaron muy claro a sus miembros que ese no era el momento adecuado para llegar al poder. Por ello no iban a aspirar a una pluralidad en el Parlamento ni a presentar un candidato presidencial. Iban a ser el socio minoritario de cualquier acuerdo, mientras continuaban construyendo sus redes comunales para penetrar en la sociedad cada vez más a fondo. Entonces, de repente, cambiaron de idea y decidieron que iban a dominar el Parlamento y presentarse a la presidencia. Así que cuando las cosas se les torcieron fue muy fácil que mucha gente en la organización dijera: está claro que este no era el momento correcto, nos hemos movido prematuramente. Algunos de nuestros dirigentes se vieron tentados o engañados. Son buena gente, pero su entusiasmo les llevó a correr demasiado. En la bondad de sus corazones nos llevaron por mal camino.

Entonces, ¿por qué la dirección de los Hermanos cambió repentinamente de idea y se lanzó con todo a por el poder?

Un acontecimiento decisivo fue el referéndum que el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA) organizó en marzo de 2011, justamente un mes después de que Mubarak cayera, sobre una cuestión esencialmente irrelevante: modificar la Constitución o convocar una convención para elaborar una nueva. La oposición liberal y la izquierda insistieron, sin excepción, en que el país necesitaba una Constitución totalmente nueva. Los Hermanos y los salafistas se lanzaron a fondo para mantener la Constitución actual –originaria de los tiempos de Sadat–, introduciendo unas cuantas enmiendas. El resultado era irrelevante, porque, de cualquier forma, los militares descartaron la vieja Constitución. Pero los Hermanos consiguieron convencer al 70 por 100 de los votantes, de manera que para los militares quedó claro que tenían más influencia en la calle que los revolucionarios seculares que habían derrocado a Mubarak, pero que parecían incapaces de organizarse de ninguna manera una vez que lo habían hecho. Para el

CSFA la prioridad era poner la calle bajo control, así que decidió empezar a trabajar con los Hermanos para estabilizar el país. Las relaciones entre los dos de repente se volvieron bastante cómodas. Este fue el momento en que los Hermanos apostaron por los militares y las instituciones de seguridad, creyendo que con ellos podían marginar y poner a la sombra a todos esos liberales e izquierdistas, en una división del poder en la que los militares y los sistemas de seguridad llevaban la voz cantante, mientras los Hermanos continuaban fortaleciéndose y ampliando su implantación en la sociedad incluso más espectacularmente. Entretanto, respaldaron todas las decisiones importantes de los militares, incluyendo muchas dirigidas contra ellos mismos, mientras se embolsaban la victoria en las elecciones parlamentarias de noviembre de 2011 y enero de 2012.

Una vez que llegaron las elecciones presidenciales en 2012, hubo tres tipos de candidatos. Dos llegaron con apoyo del campo revolucionario: Hamdeen Sabahi, un nasserista secular, y Aboul Futuh, un disidente de los Hermanos Musulmanes. Otros dos venían del antiguo régimen: Ahmed Shafiq, un excomandante de las fuerzas aéreas y primer ministro con Mubarak, y Amr Moussa, anteriormente ministro de Asuntos Exteriores con este último. Los militares no querían a nadie de estos sectores, así que entremedias les quedaban los Hermanos. Habían estado trabajando durante un año con el Ikhwan en una asociación en la que ellos establecieron las reglas, pero que consideraban peligrosa, y respecto a la cual tomaron las medidas pertinentes para asegurarse de que no se revolvería contra ellos. Primero excluyeron de la carrera por la presidencia al dirigente real de los Hermanos, Khairat el-Shater, con el ridículo pretexto de que todavía estaba acusado por escapar de la cárcel en tiempos de Mubarak, pero realmente porque le temían como un líder astuto e inteligente. En su lugar los Hermanos tuvieron que presentar a alguien menos implacable que resultó ser el adecuadamente incompetente Morsi. En segundo lugar, el CSFA disolvió repentinamente el Parlamento en vísperas de las elecciones presidenciales, calculando que si tenían que entregar el máximo cargo a los

Hermanos, evitarían por lo menos que estos también controlaran la cámara legislativa. Por último, crearon un nuevo Consejo de Seguridad Nacional dominado por oficiales con una gran influencia, para decidir sobre cuestiones de alcance nacional, bastante parecido al Consejo de Seguridad Nacional en la vieja Turquía. Los Hermanos aceptaron todas estas precauciones tomadas en su contra.

Finalmente, Morsi ganó las elecciones por un estrecho margen sobre Shafiq. Hay que señalar las evidencias que muestran lo preocupados que quedaron los militares ante la perspectiva de un regreso del antiguo régimen. Para cuando Morsi fue destituido en 2013, en un levantamiento en el que las redes de la época de Mubarak desempeñaron un importante papel, se oyeron voces diciendo que Shafiq debía ser nombrado presidente por derecho, ya que realmente él había *ganado* las elecciones; los tribunales mostraron que Morsi nunca había ocupado el primer lugar. Shafiq estaba para entonces exiliado en los Emiratos Árabes. Los militares no solo rehusaron darle la presidencia, *ex post facto*, sino que permaneció en el exilio por miedo a que le encarcelaran si regresaba. Lo mismo sucedió con Moussa, que había prestado un excelente servicio a los militares al ayudar a reescribir la Constitución y que, aunque estaba encaminado hacia un puesto clave, quedó completamente marginado.

Los militares no tardaron mucho en deponer a Morsi. ¿Cómo describirías el conglomerado que le derrocó?

Desde el principio, las fuerzas liberales y de izquierdas que hicieron la revolución trataron de explicar a los Hermanos que si trabajaban juntos –uniendo su organización con el entusiasmo y legitimidad de los revolucionarios– tendrían la oportunidad de deshacer el orden represivo. Los Hermanos primero les ignoraron y, después, adoptaron una actitud condescendiente para acabar trabajando con los militares y las fuerzas de seguridad, que estaban reprimiendo a los revolucionarios. De este modo se produjo un increíble reagrupamiento de fuerzas. La red del antiguo régimen dentro del

sistema político, con la fuerza que seguía manteniendo en la burocracia, el poder judicial y los medios de comunicación, se puso del lado de los revolucionarios, a quienes los Hermanos habían descartado, y utilizó su legitimidad para lanzar un ataque total sobre Morsi. Por su parte, los Hermanos pensaron hasta el último momento que los militares y las fuerzas de seguridad no les iban a abandonar. Como todo el mundo sabe, en su último discurso más o menos digno, Morsi rechazó cualquier idea de que el ejército se pudiera poner en su contra: «Ni se os pase por la cabeza. Estos son hombres íntegros, les conozco y son leales». Los Hermanos cavaron su propia fosa al unir su suerte con aquellos que tenían el poder, en contra de los que parecían indefensos sin pensar que el poder se volvería contra ellos.

Desde entonces, ¿no ha habido ningún cuestionamiento de todo esto dentro de las filas de los Hermanos?

La organización sigue intacta a pesar de la masiva represión y su discurso oficial es que su equivocación fue no haber sido suficientemente revolucionarios o no haber tenido el suficiente convencimiento. Pero dos grupos los han abandonado. Una pequeña minoría lo ha hecho decepcionada, denunciando a los dirigentes como unos charlatanes que nunca tuvieron a Dios de su lado. Se trata de voces desperdigadas de arrepentidos, que se escuchan en los medios de comunicación y que son utilizadas por el régimen para denunciar a los Hermanos. Otro grupo ha tomado el camino militante: la dirección se rindió demasiado pronto, este es el momento de empoderamiento divino, pero va a ser violento, va a requerir una guerra civil que separe al pueblo de Dios del pueblo de Satán. Pero yo creo que la gran mayoría de los Hermanos han aceptado el mensaje oficial: «Nos equivocamos, teníamos que haber colaborado con los revolucionarios, pero los militares nos hicieron cometer varios errores que no deberíamos haber cometido». Su mensaje a la gente en general es: «Aceptadnos de vuelta y encontraréis a la misma gente que conocisteis bajo Mubarak y Sadat: a vuestros vecinos amistosos, a vuestros buenos profesores y a vuestros íntegros líderes de la oración».

Este mensaje irá ganando más aceptación a medida que el régimen se vuelva cada vez más impopular.

Aquí surge una pregunta a modo de corolario: el determinismo religioso pasivo que describes en tu libro sobre los Hermanos, ¿es una característica específica de Egipto? Hamas no parece compartirlo y todavía menos los Hermanos sirios, que se levantaron contra el primer Asad en 1982.

Esa perspectiva está muy centrada en Egipto, pero eso no hace que sea irrelevante para otros países. Una vez que una ideología o una teoría viaja a otro lugar evidentemente cambia, pero algo de ella permanece. En el caso de los Hermanos, esto significa que la ideología ha permanecido tan cerca de sus raíces y la organización tan fiel a la ideología, como es posible. Pero en otros contextos cambia. En Egipto, la cuna de la doctrina estaba alrededor de Ismailia, una parte del país muy occidentalizada, que fue un centro de influencia francesa y británica; estaba impulsada por la sensación de que Egipto estaba alejándose de los valores de una comunidad tradicional y volviéndose demasiado occidental y moderno. En el Golfo, en Kuwait, o incluso en Jordania –lugares donde la monarquía, la sociedad tradicional, el equilibrio tribal y la creencia religiosa estaban todas intactas–, no podía adquirir los mismos impulsos de transformación social. La idea de que todos corremos el riesgo de convertirnos en extraños, extranjeros en nuestra propia tierra y necesitemos rectificar esto, no funcionaba allí. Por otra parte, en países como Túnez o Siria, donde no había en absoluto ninguna tolerancia del régimen hacia los islamistas y fueron eliminados muy pronto del escenario, no podían engañarse a sí mismos creyendo que estaban avanzando gradualmente en la sociedad, que solamente hacía falta tiempo. Su única oportunidad de avanzar se encontraba en llegar a la cima del poder, si era necesario en alianza con otras fuerzas.

Sudán sería otro caso más: una sociedad mucho más tradicional que Egipto con un fuerte elemento sufi en ella comparable al fuerte elemento salafista del Golfo. Así que

allí los islamistas solamente podían apoderarse del poder por medio de un golpe, como hicieron Turabi y Bashir. Luego está el caso de Hamas. Originalmente eran los Hermanos Musulmanes en Palestina y tenían un planteamiento similar a los Hermanos en Egipto: «Hemos perdido Jerusalén, hemos perdido nuestra tierra, porque nos hemos alejado de nuestra fe, y necesitamos trabajar paso a paso, a largo plazo, para recobrarlas». Esa es la razón por la que Israel les presionó mucho menos que a Fatah, incluso ayudándolos a expensas de estos últimos. Pero entonces estallo la Intifada en 1987 y, de repente, se dieron cuenta de que realmente no puedes continuar con tu proyecto social bajo una ocupación militar, y si pierdes tu espacio en una resistencia violenta, quedarás marginado. Así que Hamas surge como el brazo armado de los Hermanos Musulmanes en Palestina.

Es necesario analizar comparativamente este conjunto de experiencias, pero también hay que recordar dos cosas. La primera es la importancia de estudiar el caso egipcio ya que los Hermanos se formaron en Egipto, el mayor país musulmán con un movimiento semejante, y las raíces de su ideología se encuentran aquí. La segunda es la extendida convicción de todos los islamistas de que si creas una sociedad de buenos musulmanes, la bendición divina vendrá a continuación. Con el tiempo eso puede ser más una cuestión de fe personal que de política diaria. Si los Hermanos hubieran estado en el poder en Egipto durante algún tiempo y hubieran tenido que ocuparse de las realidades del gobierno, creo que eso es lo que hubiera sucedido. Pero como no lo han hecho, siguen lo más cerca posible de su ideología original, nunca han pasado la prueba de gobernar como han hecho otros movimientos islamistas.

¿De lo que dices se deduce que los Hermanos Musulmanes no han sido destruidos en Egipto, que todavía permanecen, latentemente, como una fuerza significativa?

Sí. Además su contingente de exiliados en Qatar, Turquía, Estados Unidos, Londres y otras capitales europeas, sigue siendo una importante reserva. Hay que recordar que con

Nasser sucedió algo similar: aquellos que escaparon de la represión encontraron su camino hacia Arabia Saudí, Kuwait, algunos a Estados Unidos, y regresaron en la década de 1970. Así que también esta vez hay dirigentes que consiguieron irse y otros que están encarcelados, lo que les da cierta legitimidad entre la generación más joven. Si no estuvieran en prisión, habrían sido más cuestionados por las bases, pero como están presos la actitud habitual es decir: «¿No ves lo que están sufriendo? No podemos añadirnos a sus cargas». Así que, al igual que con Nasser, la encarcelación masiva sirve para congelar el movimiento más que para destruirlo.

Desde luego no se puede predecir el futuro, pero si el pasado proporciona alguna pista es que los Hermanos solamente prosperan cuando de alguna manera resultan útiles para el régimen. El rey Farouk, el último monarca de Egipto, les necesitó para fortalecer sus credenciales religiosas y debilitar a liberales y constitucionalistas y, después, les ilegalizó. Nasser les utilizó para sacar adelante su golpe de Estado y debilitar a liberales y monárquicos y, después, les mandó a la cárcel. Sadat les liberó para que le ayudaran a destruir a izquierdistas y nasseristas antes de volverse contra ellos. Mubarak consintió que funcionaran una vez más para promocionar su imagen como la última esperanza de un Egipto secular frente a la toma del poder por parte de los Hermanos, antes de arrancarles del Parlamento y encarcelar a sus dirigentes. Y, finalmente, el CSFA les utilizó en contra tanto de los revolucionarios como del antiguo régimen antes de descharlos. Todo esto significa que si los Hermanos consiguen recuperar su presencia en el escenario político en contra de la voluntad del nuevo dirigente, sería la primera vez que lo consiguen en sus ocho décadas de historia. Lo más probable es que regresen cuando Sisi o alguno de sus sucesores les encuentren de alguna utilidad.

Al utilizar el término islamista, ¿qué es lo que englobas en él? En cierto modo, ¿podría decirse que se divide en dos alas que de alguna manera podrían compararse con las del movimiento socialista de principios del siglo xx? Me refiero a que la ideología

de los Hermanos recuerda una versión religiosa de la perspectiva attentiste, kautskiana: el socialismo llegará sin duda y nosotros tenemos que organizarnos diligentemente para ello, pero no hacer una revolución, la historia la hará por nosotros. Por otro lado, existe la perspectiva de disidentes como Quth o Zawahiri, que se parece más a la tradición voluntarista de Lenin o Luxemburg: la historia se mueve en nuestra dirección, pero eso no nos exime de emprender una acción audaz e imaginativa para alcanzar nuestra deseada sociedad. La analogía evidentemente es solo formal. Pero, ¿dirías que las dos clases de movimiento musulmán son tan diferentes que el conjunto resulta engañoso?

Bueno, al escribir sobre determinismo religioso desde luego estaba pensando en la concepción socialista de la historia. Pero primero tengo que decir que hay una diferencia cualitativa entre lo que yo llamo respectivamente islamismo y yihadismo militante, y tengo que explicar dónde se encuentra. La idea básica del islamismo es que la modernidad occidental, y todo lo que viene con ella, ha llevado al engaño a los musulmanes sobre lo que significa ser musulmán. Dios nos ha retirado su divina bendición como señal de advertencia de que hay algo que va mal. La solución es regresar al islam, que se ha convertido en un extranjero en la tierra, porque este es un momento de renacer, un tiempo como el del Profeta, cuando empezó a predicar su mensaje. Así que puedes ser sigiloso; no puedes decir abiertamente todo a todo el mundo, porque no están preparados para el mensaje. Por ello hace falta una posición de condescendencia, realmente un montón de engaño, ya que estás tratando con personas que se han extraviado, pero no son conscientes de su situación. Necesitan que se les haga regresar a la fe gradualmente, pero una vez que lo hacen la violencia no es necesaria para que acaten la disciplina. Cuando preguntas a un hermano, ¿vais a obligar a las mujeres a llevar velo?, todos dicen que no, que cuando la gente vuelve a la religión cumple estas obligaciones por su propia voluntad. Por otro lado, los militantes yihadistas no solamente se aferran a una interpretación más radical y literal del islam, sino que para ellos no tiene sentido

hablar de que el islam vuelva a nacer. Ya está ahí, la cuestión es observarlo. Si tú eres musulmán, ya te has comprometido a seguir sus mandamientos, y si no lo haces debes ser castigado. Hay que obligar a las mujeres a llevar el velo, el alcohol debe estar prohibido, los bancos no pueden practicar la usura. Estas cuestiones están fuera de discusión. Son obligaciones contractuales que si son desobedecidas deben ser impuestas por la fuerza.

También es verdad que dentro de los Hermanos, Sayyid Qutb defendió la necesidad de una vanguardia para llevar una acción audaz y espectacular que sacara a la gente de su letargo y la llevara de nuevo a la religión, en vez de una perspectiva de conversión más a largo plazo. En mi libro también señalo que hubo momentos en los que el mismo fundador de los Hermanos, Hassan al-Banna, decía: «Dadme una vanguardia bien equipada y os conduciré a cualquier sitio». Igualmente, Qutb podía decir en ocasiones, incluso en sus últimos escritos en prisión, que la tarea era esencialmente de persuasión. Sin embargo, lo que llegó realmente a separar al islamismo del yihadismo militante fue la influencia el wahabismo saudí. Se puede ver su impacto en la carrera de Ayman al-Zawahiri, que en su juventud se unió a los Hermanos y conoció personalmente a Qutb, antes de escribir un libro desacreditando por completo a los Hermanos y unirse a Bin Laden en Al Qaeda. Si quieres ver la tensión actual entre los dos movimientos solamente hay que fijarse en Gaza, donde el mayor problema de Hamas no es Fatah, sino las formaciones yihadistas locales, cuyos vídeos explican que el enemigo número uno de los fieles es Hamas, seguido de Fatah, Israel y Estados Unidos por ese orden. ¿Por qué? Porque Hamas pretende ser una organización de musulmanes y su ejemplo solamente lleva al perpetuo aplazamiento de la lucha contra los enemigos del islam. Así que los dos son cosas muy diferentes. Desde luego, la palabra islamismo ha escapado al terreno público, donde su utilización no puede controlarse, pero desde mi punto de vista, el islamismo es una cosa y el yihadismo militante otra.

Oposiciones

Ahora el yihadismo tiene también algunas raíces en Egipto, en la organización de la resistencia de los beduinos en el Sinaí contra el orden establecido. ¿Qué gravedad tiene este problema para el régimen de Sisi?

El Sinaí está escasamente poblado por los beduinos, que siempre han vivido en condiciones de semiautonomía. Ello se debe a dos razones. La primera es la debilidad general de la infraestructura del Estado, que no llega más allá del Valle del Nilo en ninguna dirección, este u oeste, razón por la cual la vigilancia y regulación de la península siempre han sido bastante relajadas. Pero también hay que tener en cuenta que Israel estuvo ocupando la península del Sinaí durante casi dos décadas y la devolvió a Egipto con la condición de que quedara como una zona desmilitarizada, prohibiendo el libre movimiento del ejército egipcio por la península y creando así un espacio sin gobierno para los beduinos. En cualquier caso, las relaciones entre el Estado y los beduinos siempre han sido rudimentarias y ásperas. El Estado no tiene una actuación equilibrada en el Sinaí, no hay suficientes carreteras, colegios u hospitales, su presencia se reduce esencialmente a la vigilancia, arrestando a supuestos traficantes de armas, drogas o de lo que sea, de manera que la relación siempre ha sido muy antagónica. El Estado también mostró su falta de miras al canalizar los recursos que estaba dispuesto a invertir en el sur despoblado de la península para crear complejos de lujo para turistas, en vez de invertir en el corazón de la península, donde viven los beduinos, para ayudarles a integrarse en el Egipto moderno. Así que ya había un largo y grave conjunto de problemas en el Sinaí mucho antes de que surgiera la actual insurgencia. Pero desde 2011 los problemas se han agravado enormemente, porque se ha lanzado una campaña militar de gran envergadura con despliegue de helicópteros, misiles, tanques, vehículos acorazados, fuerzas especiales, etcétera, alienándose gran parte de la población local, lo que ha producido una situación extremadamente explosiva. Con

la ayuda militar estadounidense y el control de la frontera por parte de Israel, la insurgencia puede ser aplastada. Pero cualquier mejora de las condiciones de vida requeriría una inversión constructiva que parece mucho menos probable, teniendo en cuenta la actual situación económica.

Históricamente, los estudiantes a menudo han sido una fuerza de insurrección en el Egipto moderno, como sucedió en 2011. ¿Cuál es su situación en la actualidad como potencial fuente de oposición al régimen?

En primer lugar, las universidades están mucho más firmemente controladas que antes. En los primeros días de la revolución, el primer y efímero gobierno de Essam Sharaf, que sucedió a Mubarak, permitió la elección de los decanos de las facultades, de los directores de los colegios y de los rectores de las universidades. Una de las primeras cosas que hizo Sisi fue acabar con todo esto. Actualmente eso significa que la primera obligación de rectores, decanos y catedráticos es mantener a los estudiantes bajo control. En segundo lugar, los Hermanos Musulmanes, que siempre fueron la mayor fuerza entre los estudiantes, han sido sustancialmente silenciados. Por último, la exhaustiva represión fuera de las universidades ha enfriado la resistencia dentro de ellas. Antes de la llegada de Sisi había un abanico de organizaciones y de intelectuales presentes en la sociedad civil, con cierta coordinación entre ellos, que constituían centros de referencia para los estudiantes, lo que hacía que percibieran la política estudiantil como parte de la política nacional. El cierre de todos los lugares de oposición pública –los partidos autorizados nunca han sido tan irrelevantes– ha supuesto que los estudiantes se sientan atrapados en una burbuja, aislados del mundo, estrechamente controlados y sin aliados fuera o dentro del campus. Así que la política estudiantil está mucho más empobrecida que antes.

El argumento central de tu último libro, The Power Triangle, es que los regímenes autoritarios modernos descansan habitualmente en tres aparatos de poder diferentes –las fuerzas armadas,

el aparato de seguridad y el sistema político— y que siempre hay una competencia entre ellos por la precedencia. En el subsiguiente estudio comparativo de Turquía, Irán y Egipto, sitúas a cada país en un punto diferente de este «triángulo de poder»: en Turquía, sostienes el predominio de los militares hasta la llegada del AKP; en Irán, consideras a los tribunales como el nervio central del sistema político monárquico hasta la caída del sah; y en Egipto, piensas que el complejo de la seguridad fue predominante tras la caída de la monarquía. Sin embargo, acabas el libro con un comentario que matiza esta taxonomía general al remarcar que el régimen de Sisi podría evolucionar en dos direcciones diferentes: o bien hacia un populismo presidencialista con predominio de los militares, como con Nasser, o hacia la continuación de lo que categorizas como las dictaduras policiales de Sadat y Mubarak⁴. ¿Supone esto cierta ambigüedad en tu juicio final? Un populismo presidencial con predominio de los militares parece que es justamente lo que has estado describiendo como el carácter del actual régimen, donde el ejército ha aumentado notablemente su poder en relación a los aparatos de seguridad y administrativos. ¿Significaría esto que desde tu punto de vista Egipto se mueve, o se ha movido, fuera de las filas de las dictaduras policiales para entrar en el molde pretoriano?

Aquí la cuestión clave es que este es todavía un sistema en estado de flujo. Creo que no hay ninguna duda de que Egipto sigue en manos de un régimen dominado por la seguridad, en el sentido de que la seguridad interior es la lógica impulsora del Estado y todo lo demás está subordinado a ella. La novedad es que por primera vez desde los tiempos de Nasser, muchos ciudadanos han llegado a aceptar que estamos viviendo en una era de desastres regionales, de colapso del Estado y conspiraciones globales. Así que la idea de que lógica de la seguridad sea dominante ha adquirido cierta legitimidad social. El problema está en qué orden de precedencia tienen las diferentes instituciones para aplicar esa lógica. Ahí es donde surge la primera pregunta: ¿quién es el responsable de la represión interior? Nasser descubrió en 1967 que la coexistencia de dos aparatos

⁴H. Kandil, *The Power Triangle*, cit., p. 350.

de seguridad independientes y poderosos es desestabilizadora. Actualmente esa dualidad se ha vuelto a producir y no creo que pueda durar mucho. Hace falta establecer cuál de los dos prevalece, pero ello no puede resolverse como sucedió cuando Nasser llegó al poder, porque las instituciones de seguridad de la monarquía eran bastante pequeñas, de manera que los militares pudieron asumir sus funciones y remodelarlas para servir al nuevo régimen. Ahora el complejo de la seguridad es grande y se utiliza sin limitaciones. Al mismo tiempo, los militares son plenamente conscientes de lo que les sucedió cuando dieron por finalizado su papel en la seguridad. Así que actualmente hay dos instituciones de seguridad que están chocando entre ellas sin que haya una salida clara de esta situación.

Además, el sistema político que exige el régimen está bastante poco asentado. ¿Qué aspecto va a tener? Diferentes clases de políticas funcionan mejor con diferentes clases de represión. Una dictadura populista como la de Nasser sería más propensa a la represión militar, mientras que un autoritarismo oligárquico, en el que las redes del antiguo régimen tuvieran éxito en convertir a Sisi en la figura decorativa de un sistema en el que ellas tomaran las decisiones, inclinaría la balanza hacia el aparato de seguridad con el que desarrollaron una estrecha relación durante décadas. El incierto elemento final se encuentra en las propias fuerzas armadas, que están siendo empujadas en diferentes direcciones. ¿Están los militares totalmente contentos con el hecho de ser tan predominantes? Hay razones para dudarlo. El ejército comprende que Sisi está tratando de crear una cierta clase de dictadura populista, lo cual exigirá mucho de ellos. Especialmente, exigirá que asuman un papel en la producción económica –no solamente que se *beneficien* económicamente, sino también que produzcan– con unos recursos muy limitados para una población abrumadoramente pobre.

Esto podría suponer una gran carga para ellos y convertirlos en blanco de la ira popular si fracasan o se niegan a hacerlo. Inevitablemente se estarán preguntando: ¿podemos o realmente queremos hacer esto? ¿No deberíamos mantener

nuestra independencia y decirle a Sisi que él tendrá que navegar o hundirse por sí mismo? Al mismo tiempo, se dan cuenta de que, si él quiere crear una dictadura populista, dependerá de ellos en cuanto a la represión interna y, aunque no quieren quedarse marginados de nuevo como sucedió con Sadat y Mubarak, ¿hasta qué punto les apetece realmente realizar esta tarea? No creo que los militares se sientan muy animados para avanzar en ninguna de estas direcciones. Así que por todas estas razones concluiría diciendo que Egipto es todavía manifiesta y abrumadoramente un Estado dominado por la seguridad, pero la alineación institucional de los poderes dentro del régimen todavía tiene que establecerse. Aunque no todos, la mayoría de los escenarios son negativos, pero no son iguales y necesitamos ser capaces de diferenciarlos. La cuestión egipcia no puede reducirse a si la revolución de 2011 ha fracasado o no. Debemos entender cómo ha cambiado y está cambiando el régimen.

20 de noviembre de 2016.

Daniel Finn

LAS CLOACAS DE ERDOGAN

PARA LOS GUARDIANES de la sabiduría convencional en Occidente, el ascenso del Partido de la Justicia y el Desarrollo [*Adalet ve Kalkinma Partisi*, AKP] en Turquía fue una de las grandes historias triunfales de nuestra época. Obama situó a su líder Erdoğan entre sus cinco amigos más fiables en el escenario mundial; David Cameron prometió ser el «mejor defensor posible» de Ankara en la UE; el *Financial Times* habló con entusiasmo de la «revolución constitucional» del AKP y su historial de «buen gobierno y fuerte crecimiento», mientras que *The New York Times* saludó la aparición de una «democracia vibrante y competitiva», que era «un ejemplo constructivo para todo el Oriente Próximo musulmán»¹. La Unión Europea le dio su aprobación abriendo formalmente conversaciones de adhesión con Ankara, a pesar de la presencia de 30.000 soldados turcos en el territorio de uno de sus propios Estados miembros, Chipre. El «modelo turco», que supuestamente fusionaba la piedad islámica con la adhesión a las normas democráticas, alcanzó su apoteosis después de las rebeliones árabes de 2011, cuando los partidos islamistas en Egipto y Túnez se comprometieron a seguir el ejemplo del

¹ *Financial Times*, 21 de marzo de 2008, 28 de julio de 2008; *The New York Times*, 8 de junio de 2010, 28 de enero de 2004.

AKP, y Erdoğan reclamó el derecho a determinar el destino de sus vecinos.

El hedor de la tiranía que emana del suelo turco es ahora tan abrumador que incluso los comentaristas más aduladores se han visto obligados a murmurar su desaprobación y deplorar la supuesta regresión del AKP con respecto a sus estándares anteriormente exaltados. En realidad, nunca hubo una época dorada de liberalización bajo Erdoğan. Las alabanzas que han llovido sobre él desde las elites occidentales como «moderado» y «reformador» estuvieron motivadas sobre todo por la política exterior firmemente proestadunides del AKP y su predisposición a mantener buenas relaciones con Israel (los mismos criterios que hacen merecer al régimen saudí sus absurdos aplausos como fuerza moderadora en la región). También les sirvió a los islamistas favoritos de la OTAN su asunción entusiasta de la agenda neoliberal, que supuso la privatización de los bienes públicos que pasaron a manos de compinches del AKP, entre ellos algunos parientes cercanos de Erdoğan. La actitud del AKP hacia la democracia fue puramente instrumental: dentro del partido, Erdoğan gobernaba sin restricciones y el único aleteo de pensamiento independiente por parte de sus parlamentarios –un voto contra la connivencia con la invasión estadounidense de Iraq en 2003– fue brutalmente castigado por los responsables del partido. Sobre los tabúes clave del nacionalismo turco pasado y presente –el genocidio armenio y la opresión de los kurdos–, el AKP no tenía la menor intención de aflojar los grilletes. Los liberales turcos esperaban que el gobierno de Erdoğan recortara las alas al ejército, pero las purgas del cuerpo de oficiales tenían la intención de asegurar su control sobre el poder, no establecer la supremacía civil. Los periodistas críticos descubrieron rápidamente los límites del muy alabado «liberalismo islámico» del AKP.

Como cabía esperar, tan pronto como Erdoğan tuvo que hacer frente a un serio desafío a su gobierno, como sucedió con las protestas de Gezi de 2013, la respuesta fue una brutal represión. Esto coincidió con una ruptura de la alianza entre

el AKP y la red religiosa de Fethullah Gülen, cuyos seguidores se convirtieron entonces en blancos que había que abatir, después de haber proporcionado durante mucho tiempo un apoyo esencial a la toma del poder por Erdoğan. Amenazado en el frente interno, y con sus ambiciones regionales resentidas cuando Morsi fue derrocado en El Cairo mientras Assad rechazaba el desafío de los grupos rebeldes respaldados por Turquía, Erdoğan siguió adelante con su plan de establecer una presidencia ejecutiva abrumadora, moldeada a su propia imagen. Pero ese proyecto se vio inicialmente frustrado, para su irritación, por la aparición de una nueva fuerza electoral, el Partido Demócrata de los Pueblos [*Halkların Demokratik Partisi*, HDP], con el que renacía en la política turca una corriente de izquierda considerada extinta, que extraía sus fuerzas principalmente de una población kurda, cuyas esperanzas de una reforma democrática habían sido totalmente traicionadas por el AKP.

En el panorama de las nuevas fuerzas de izquierda en el Viejo Mundo, el HDP constituye un caso a la vez distinto y común a los desarrollos progresistas dentro de las fronteras de la Unión Europea. En junio de 2015, el partido –entonces con solo tres años de vida– logró el voto más alto jamás conseguido por la izquierda en Turquía, que al impedir al AKP la mayoría absoluta en el Parlamento frustró las ambiciones autocráticas de Erdoğan, cuya venganza no tardó en llegar. Cientos de miembros del HDP han sido arrestados desde entonces y sus líderes encarcelados en las mazmorras turcas. Mientras tanto, los guerrilleros del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) han reanudado sus acciones después de sufrir una intensa presión militar del Estado turco. El segundo ejército en tamaño de la OTAN ha realizado sangrientas carnicerías en las regiones de mayoría kurda del sureste del país, reduciendo ciudades enteras a escombros y matando a cientos de civiles, sin protestas por parte de los aliados occidentales de Ankara.

El HDP puede compararse con formaciones como Syriza, Podemos y La France Insoumise, pero se ha enfrentado a un

contexto político completamente diferente, viendo amenazada su propia existencia por un régimen brutal y reaccionario. Sus verdaderos homólogos son los partidos de izquierda o nacionalistas, que han luchado por salir de la sombra de una insurgencia armada en un Estado que permite las elecciones, pero tiene una larga historia de represión (en particular, de las minorías nacionales o étnicas). En Irlanda del Norte, el Sinn Féin afrontó múltiples restricciones a su actividad, pero eludió una prohibición total y un acuerdo de paz en la década de 1990 le permitió una actividad legal a partir de entonces sin temor a la proscripción. Su aliado vasco Herri Batasuna fue ilegalizado por los tribunales españoles cuando el gobierno de Madrid rechazó el intento de ETA de llegar a un acuerdo parecido al irlandés; más recientemente, tras la declaración de un alto el fuego permanente, EH Bildu ha superado estas barreras legales y ha vuelto a alzar la bandera *abertzale*.

Pero la escala e intensidad de la represión en Turquía han sido siempre mucho más feroces, y el equivalente más realista y deprimente para el HDP puede ser la Unión Patriótica (UP) de Colombia. Ambos partidos contaban con la aprobación de movimientos guerrilleros prohibidos por el Estado —PKK, FARC—, pero también con el apoyo de una franja mucho más amplia de activistas, ajenos a la insurgencia, que vieron en ellos una oportunidad para un cambio fundamental y duradero; ambos cobraron impulso cuando parecía estar al alcance de la mano la resolución pacífica de un largo conflicto; y ambos se encontraron varados en tierra de nadie cuando poderosos intereses creados dictaron el regreso a la guerra. La UP fue aniquilada por escuadrones de la muerte patrocinados por el Estado a instancias de la oligarquía colombiana, con la aprobación silenciosa de Washington. La situación en Turquía aún no ha llegado a un punto tan tético, pero desde 2015 ha ido ensombreciéndose. El ataque de Erdoğan comenzó inmediatamente después de las elecciones de junio de 2015; un intento chapucero de golpe de Estado el verano siguiente proporcionó el pretexto para una represión intensificada. Los detalles de ese *putsch* abortado siguen envueltos en la oscuridad; su torpe ejecución sugería una maniobra

apresurada de los enemigos residuales del AKP en el aparato estatal antes de ser eliminados definitivamente. Lo que no está en cuestión es la forma en que Erdoğan ha aprovechado la oportunidad para aplastar la disidencia. Más de 250.000 personas han perdido sus empleos; más de 50.000 han sido encarceladas; periodistas y académicos han sido enviados a la cárcel por cuestionar la guerra del gobierno en el sureste; las fuerzas de seguridad del Estado acostumbran a torturar a sus prisioneros, obligando incluso a *The Economist* a mostrar su desazón ante la brutalidad de Erdoğan. Esta presión desde arriba para erradicar la disidencia se ve reforzada por la movilización agresiva de la base de masas del AKP en apoyo a las ambiciones de su líder.

La evidencia del despotismo del AKP es evidente para todos, pero los gobiernos occidentales han mirado sin vacilar hacia otro lado. Para la UE, Erdoğan está realizando un servicio inestimable desplegando su aparato represivo para sofocar el flujo de refugiados desde Oriente Próximo y aceptando los que Europa deporta, realojándolos en un sistema de campos donde el abuso es rutinario. Para la OTAN, las consideraciones estratégicas superan cualquier escrúpulo acerca de la democracia; como dijo el ex secretario general de la Alianza, Anders Fogh Rasmussen, «necesitamos a Turquía tanto como Turquía nos necesita a nosotros». Al definir al PKK como una organización «terrorista», Estados Unidos y la UE han brindado cobertura para la negativa de Ankara a reconocer la existencia de una nación kurda dentro de la República Turca y la legitimidad de sus demandas de libertad política. Las conversaciones sobre la entrada de Turquía en la UE todavía no se han interrumpido. El principal negociador de Erdoğan ha señalado recientemente a Gran Bretaña como «un verdadero aliado, un modelo a seguir», por su enfoque comprensivo. La policía española ha detenido incluso a periodistas nacidos en Turquía con órdenes falsas, emitidas por las autoridades de Ankara como parte de su guerra contra la disidencia. Independientemente de que el HDP pueda o no sobrevivir en esas condiciones, sus esfuerzos hasta la fecha han puesto de manifiesto la vacuidad de la afirmación del AKP

de haber representado alguna vez una fuerza genuinamente liberalizadora en la sociedad turca y han dejado al descubierto a los apologistas occidentales de Erdoğan.

Cengiz Gunes

LA NUEVA IZQUIERDA DE TURQUÍA

EN LAS ELECCIONES GENERALES turcas de junio de 2015, el izquierdista Partido Democrático de los Pueblos [*Halkların Demokratik Partisi*, HDP], obtuvo el 13 por 100 de los votos y ochenta escaños en el parlamento del país, un resultado espectacular para una organización política que se había constituido menos de tres años antes: era la primera vez en la historia de Turquía que un partido de izquierda radical lograba tal éxito. Desde aquel prometedor debut, el HDP se ha enfrentado a un torbellino represivo orquestado desde el gobierno por el Partido Justicia y Desarrollo (AKP) y su líder Recep Tayyip Erdoğan. Miles de miembros del HDP, incluidos sus líderes más destacados, han sido detenidos; ataques multitudinarios a gran escala han destrozado las oficinas del partido en muchas localidades del oeste de Turquía; bombas terroristas han devastado sus manifestaciones públicas. El fervor contra el HDP se ha visto alimentado por un aumento del chovinismo étnico turco, al intensificarse los enfrentamientos violentos entre las fuerzas de seguridad del Estado y las guerrillas del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) en el sureste del país. La capacidad del partido para

mantener su apoyo político frente a esa presión sigue siendo cuestionable, pero ya ha dejado una huella significativa en la sociedad turca. La trayectoria del HDP solo puede entenderse teniendo en cuenta el largo trasfondo histórico de las luchas por la construcción de una democracia genuina en Turquía y de una fuerza de izquierda significativa dentro de ese espacio democrático.

Si los resultados del HDP en las elecciones de 2015 fueron únicos en los anales de la política turca, la historia del activismo radical en el país se remonta mucho más atrás. Exiliados guarecidos en el territorio soviético fundaron el Partido Comunista de Turquía (TKP) en 1920, pero su líder Mustafa Suphi cayó en una trampa del régimen kemalista al año siguiente y fue asesinado junto con varios de sus camaradas. El TKP fue siempre una fuerza marginal, a pesar de la adhesión de destacados intelectuales como el mayor poeta del país, Nâzım Hikmet, y permaneció en la ilegalidad hasta 1946, cuando el sucesor de Atatürk, İsmet İnönü, liberalizó desde arriba el sistema político turco¹. El movimiento de izquierda no comenzó a convertirse en una significativa fuerza popular hasta la década de 1960, cuando un grupo de sindicalistas crearon el Partido de los Trabajadores de Turquía (TİP). El nuevo partido optó por la vía parlamentaria al socialismo y participó en las elecciones generales de 1965, obteniendo algo menos del 3 por 100 del voto nacional y el apoyo de las áreas de mayoría kurda, que le proporcionaron tres de sus quince parlamentarios². El TİP logró durante un tiempo defender las reivindicaciones de los trabajadores y campesinos dentro del sistema político turco, pero sus pobres resultados en las elecciones de 1969 dieron lugar a una amarga lucha de facciones³. Poco después del golpe militar de marzo de 1971, el partido fue ilegalizado y sus líderes

¹ Ahmet Samim (Murat Belge), «The Tragedy of the Turkish Left», *NLR* 1/126, marzo-abril de 1981, pp. 62-65.

² Sadun Aren, *TİP Olayı, 1961-1971*, Estambul, 1993, p. 31.

³ Igor Lipovsky, *The Socialist Movement in Turkey, 1960-1980*, Leiden, 1992, p. 109.

encarcelados. En los años siguientes se intensificó la represión de las principales fuerzas de la oposición –especialmente activistas kurdos y de izquierda–, dejando una estela de miles de detenidos y torturados.

Durante la década de 1970 proliferaron nuevos grupos de izquierda, pero el movimiento estaba muy fragmentado, destrenzadas cada una de las hebras rivales de la ideología marxista y operando en un contexto político muy violento. Muchos socialistas turcos, influidos por ideas maoístas o guevaristas, llamaron a la guerra de guerrillas contra el Estado, pero su capacidad en ese terreno fue siempre muy inferior a la de un floreciente movimiento de extrema derecha, cuyos «Lobos Grises» [*Bozkurtlar*] contaban con apoyos desde dentro del aparato estatal. El nacionalismo turco también ejerció una gran influencia en el movimiento socialista, lo que hizo más difícil desarrollar un programa que pudiera atraer a las minorías del país, especialmente a los kurdos. La violencia política entre la izquierda y la derecha aumentó durante la segunda mitad de la década de 1970, y los grupos socialistas permanecieron enconadamente divididos. El 12 de septiembre de 1980 los militares tomaron el poder, dirigiendo sus golpes principalmente contra la izquierda. La junta encarceló a miles de activistas y cientos de ellos fueron ejecutados o murieron como consecuencia de la tortura; muchos otros huyeron del país exiliándose en Europa.

Cuando los generales devolvieron el poder a un gobierno civil en 1983, el movimiento socialista había quedado paralizado. Una nueva constitución impuso un umbral del 10 por 100 para el acceso al parlamento con el fin de excluir a los disidentes del sistema político. En esas condiciones, la izquierda turca apenas podía influir en el paisaje posterior a la dictadura. A finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, el principal depositario de los votos progresistas era el Partido Populista Socialdemócrata de centroizquierda [*Sosyaldemokrat Halkçı Parti*, SHP], que obtuvo casi el 25 por 100 de los votos en 1987 y el 20 por 100 cuatro años después. Pero el SHP no pudo desarrollar un programa viable

de izquierda capaz de desafiar el control de los partidos conservadores dominantes. Después de las elecciones de 1991 entró a formar parte de un gobierno de coalición encabezado por el centroderechista Partido de la Vía Justa [*Doğru Yol Partisi*, DYP] de Süleyman Demirel, y a mediados de la década de 1990 se fusionó con el Partido Republicano del Pueblo [*Cumhuriyet Halk Partisi*, CHP], de orientación kemalista. Durante las décadas de 1990 y 2000 también estuvieron activos varios grupos más pequeños, pero sus esfuerzos no dieron lugar a ningún éxito notable.

En general, el balance de la izquierda turca debe considerarse como un fracaso. Incluso antes de que se introdujera el umbral del 10 por 100, sus partidos se esforzaron sobre todo por obtener una representación significativa en el plano electoral. Su capacidad de movilización extraparlamentaria fue mayor, especialmente en la década de 1970, pero su división la incapacitó para resistir el golpe y nunca se recuperó por completo de la represión infligida por el gobierno militar. Cuando el AKP de Erdoğan comenzó a alzarse como una fuerza política importante en el nuevo siglo, muchos de los antiguos intelectuales de izquierda se unieron a él, con la esperanza de que los islamistas pudieran tener éxito en la liberalización del sistema político que ellos no habían logrado y en reducir la presencia del ejército. Esa abdicación no hacía sino reflejar abiertamente su eclipse histórico.

El despertar kurdo

El movimiento nacional kurdo, en cambio, iba a plantear un desafío mucho más formidable a la élite gobernante de Turquía, compensando la debilidad de la izquierda del país. Su comunidad kurda es la mayor de todo Oriente Próximo, contando con unos quince millones de personas (alrededor de una quinta parte de la población total); en las quince provincias del sureste más de dos terceras partes de los habitantes son kurdos. A menudo reclutados por los gobernantes turcos para la lucha violenta contra los armenios, incluido el

genocidio de la Primera Guerra Mundial, los kurdos se vieron privados de cualquier reconocimiento oficial bajo el régimen kemalista, que los denominó «turcos de montaña» y reprimió su idioma y su identidad cultural. La mayoría vivía en distritos rurales, donde más de la mitad de la tierra cultivable era propiedad de menos de una décima parte de las familias, las más ricas. Dos quintos de la población kurda eran campesinos sin tierra, que sobrevivían como aparceros o trabajando para el jefe tribal; el resto tenían pequeñas parcelas de cuatro a cinco hectáreas. Las tribus se habían convertido en la forma dominante de organización social entre los kurdos después de la abolición de sus emiratos por los otomanos en el siglo XIX; los desarrollos políticos y económicos posteriores alteraron esa función, pero no la borraron. La pobreza endémica y el atraso de las regiones del sureste se combinaron con el peso de la opresión nacional para generar una gran cuenca de descontento.

Durante la década de 1970 se produjo una creciente radicalización de los kurdos, con la fundación de varios partidos clandestinos basados en la ideología socialista. La persecución implacable de todas las formas de expresión política kurda persuadió a muchos activistas de que había llegado la hora de alzarse en armas contra el Estado. En 1978 se creó el PKK [*Partiya Karkerên Kurdistanê*], con Abdullah Öcalan como líder. Nacido en el sureste rural, Öcalan se vio fuertemente influido por la izquierda marxista turca durante su etapa como estudiante en la Universidad de Ankara a principios de la década de 1970, pero, al igual que muchos kurdos, creía que los grupos existentes no mostraban suficiente respeto por la identidad kurda. Lo que diferenciaba al PKK de las demás organizaciones kurdas era su capacidad para sobrevivir a la represión desatada por el golpe de 1980. El partido había desplazado a muchos de sus cuadros a Siria y al Valle de la Beká en el Líbano antes de que los militares tomaran el poder y comenzaron los preparativos para una insurgencia a gran escala. En agosto de 1984 sus unidades armadas llevaron a cabo los primeros ataques contra puestos militares cerca de la frontera con Iraq.

El movimiento de Öcalan siguió desarrollando una guerra de guerrillas que duró hasta 1999, mucho después de que los guerrilleros urbanos de la izquierda turca, activos durante la década de 1970, hubieran sido contenidos y derrotados por el Estado. Öcalan fue acusado por sus críticos de sofocar la disidencia y de imponerse como líder incuestionable del PKK, pero gozaba de un gran respeto dentro del movimiento y en la sociedad kurda en general. El PKK se convirtió en un movimiento popular de liberación nacional, con una fuerza guerrillera de 15.000 combatientes en su momento de apogeo a principios de la década de 1990. El movimiento contaba con varios millones de seguidores y simpatizantes provenientes de todos los rincones del Kurdistán y de las comunidades de la diáspora en Europa Occidental –Gran Bretaña, Francia y Alemania en particular–, que se convirtieron en una importante fuente de financiación⁴. Esa fase de rebelión fue la más radical y perdurable de la historia de la comunidad kurda en Turquía. Enfrentándose al segundo ejército terrestre de la OTAN, el PKK se mantuvo en combate durante más de una década frente a una potencia de fuego aparentemente abrumadora. El terreno montañoso del Kurdistán era ideal para la guerra de guerrillas, y las unidades del PKK podían retirarse atravesando la frontera a Siria o al norte de Iraq cuando se veían acosadas.

El Estado respondió con una feroz represión, destruyó aldeas, organizó «Guardias Rurales» paramilitares para cazar a presuntos simpatizantes del PKK y reprimió todas las críticas a su contrainsurgencia. Ankara hizo todo lo posible por explotar las divisiones de clase presentes en la población kurda, apelando a los terratenientes tribales cuya posición se veía amenazada por la retórica antifeudal del PKK. La violencia del Estado provocó la huida masiva del campo a las

⁴ La red en la diáspora del PKK sigue siendo uno de sus activos más importantes. Muchos kurdos se radicalizaron después de abandonar Turquía, aprovechando su mayor libertad en los países europeos a la hora de expresar su identidad. Las actividades del PKK en Europa ayudaron a revigorar la cultura kurda, y el activismo basado en la diáspora también le ha permitido al PKK presionar diplomáticamente contra Ankara.

ciudades en el oeste de Turquía, que ahora contienen casi tantos kurdos como las regiones del sureste. Más de 40.000 personas murieron en el conflicto, incluidos militantes del PKK, soldados turcos, paramilitares proestatales y (sobre todo) civiles kurdos. Después de las abortadas negociaciones de paz a principios de la década de 1990, el ejército turco comenzó a superar a su adversario, ayudado por enormes cantidades de ayuda militar de Estados Unidos. Pero el verdadero avance para Ankara vino con la captura de Öcalan en 1999. El jefe del PKK había estado residiendo en Damasco, pero fue expulsado por el régimen sirio después de que Turquía aplicara una fuerte presión sobre Assad. Öcalan buscó refugio en varios países europeos antes de viajar a Kenia, donde fue capturado por comandos turcos con la ayuda de la CIA⁵. Para deleite de Ankara, la decapitación del movimiento parecía haber acabado con la insurgencia. Por indicación de Öcalan, el PKK llamó a un cese del fuego unilateral poco después, y sus guerrilleros se retiraron atravesando la frontera a las montañas del norte de Iraq. Un tribunal militar turco condenó a muerte al líder del PKK, pero la condena fue conmutada por cadena perpetua después de que se aboliera la pena capital en 2002. Öcalan quedó prisionero en una cárcel especial, muy vigilada, en la isla de Imrali, donde durante una década fue el único recluso.

Pero este no fue el final del «problema kurdo» para los gobernantes de Turquía, ya que la insurgencia armada había ayudado a catalizar un despertar político más amplio. El movimiento democrático pro kurdo tuvo mucho más éxito en la escena electoral que los partidos socialistas turcos, pese a la intensa represión estatal, y se abrió un espacio como el principal actor político en la articulación de las demandas de la población kurda. La primera expresión del movimiento fue

⁵ Tim Weiner, «US helped Turkey find and capture Kurd rebel», *The New York Times*, 20 de febrero de 1999. Los detalles de la impresionante odisea euroafricana de Öcalan y su posterior captura recuerdan a un thriller de espías. El Mossad también fue acusado de participar en la operación, y tres kurdos fueron asesinados por guardias de seguridad israelíes mientras protestaban ante la embajada en Berlín.

el Partido Laborista Popular [*Halkların Emek Partisi*, HEP], creado en 1990 por siete parlamentarios expulsados del SHP por asistir a una conferencia sobre la cuestión kurda en París⁶. El nuevo partido tenía dos objetivos superpuestos: la democratización del Estado y la sociedad en Turquía, y una solución pacífica e inclusiva para el conflicto kurdo. Trató de ganar apoyos más allá de la comunidad kurda, presentándose como un partido abierto a toda la sociedad turca⁷. Aunque el respaldo electoral para el HEP y sus grupos sucesores provenía mayoritariamente de los kurdos, muchos militantes socialistas turcos con larga trayectoria se unieron a él: al alinearse con el movimiento pro kurdo, tenían acceso a una base popular muy superior a la que la izquierda turca podía gestionar mediante sus propios esfuerzos. Su presencia ayudó a refutar las acusaciones de que el HEP y sus sucesores eran organizaciones puramente kurdas, aunque eso no bastaría para protegerlos frente a una sucesión de represalias legales.

En las elecciones de 1991 los candidatos del HEP se presentaron al parlamento en la lista del SHP y obtuvieron veintidós escaños, un número sin precedentes de parlamentarios pro kurdos. Sin embargo, al año siguiente, el tribunal de seguridad del Estado despojó a los representantes del partido de su inmunidad parlamentaria; en julio de 1993 fue prohibido por completo. Se creó entonces el Partido de la Democracia [*Demokrasi Partisi*, DEP] con la intención de mantener un programa similar. El aparato de seguridad turco estigmatizó a ambos partidos como organizaciones de cobertura del PKK, lo que le permitía reprimir al movimiento pro kurdo sin mucha oposición. Los activistas del partido eran frecuentemente detenidos y torturados; entre 1991 y 1994 fueron asesinados más de cincuenta⁸. El DEP, a su vez, fue completamente proscrito en junio de 1994: cuatro de sus parlamentarios recibieron largas condenas de prisión y seis más abandonaron el país para

⁶ A. Osman Ölmez, *Türkiye Siyasetinde DEP Depremi*, Ankara, 1995, pp. 88-90.

⁷ Ahmet Türk, *DEP Savunması*, Ankara, 1994, p. 7; Eyyüp Demir, *Yasal Kürtler*, Estambul, 2005, p. 116.

⁸ A. Osman Ölmez, *Türkiye Siyasetinde DEP Depremi*, cit., p. 465.

escapar al mismo destino. El movimiento fue reconstruido gradualmente durante la siguiente década después de esa represión. El Partido Democrático Popular [*Halkın Demokrasi Partisi*, HADEP], creado en 1994, y su organización gemela, el Partido Popular Democrático [*Demokratik Halk Partisi*, DEHAP], creado tres años después, no pudieron obtener ningún escaño en el parlamento debido al umbral del 10 por 100, pero a ambos les fue bien en las elecciones locales y lograron construir una organización presente en muchas de las ciudades de Turquía. El HADEP obtuvo casi el 5 por 100 de los votos (1,5 millones) en las elecciones parlamentarias de 1999 y los ayuntamientos de treinta y siete ciudades y pueblos del sureste, incluidos los de Ağrı, Batman, Diyarbakır, Hakkâri, Siirt y Van. Cinco años después el DEHAP obtuvo el control de cincuenta y cuatro ayuntamientos.

Una de las principales dificultades para este movimiento fue la percepción dominante en Turquía de que era simplemente un instrumento de los kurdos y una expresión política del PKK. Se encontraba en una posición incómoda, teniendo que equilibrar la articulación de las demandas políticas kurdas con las limitaciones de operar dentro del marco constitucional establecido, que hacía inaceptable e incluso criminal la expresión de tales demandas. Su papel como punto focal para el activismo kurdo reforzaba la idea de que no expresaba los intereses comunes de todos los turcos; los socialistas turcos descontentos con esa orientación lo abandonaron. Una serie de incidentes –como el ultraje de una bandera turca durante el congreso del HADEP en 1996 y la organización de una huelga de hambre para protestar contra el arresto de Abdullah Öcalan– exacerbaron la indignación turca y acrecentaron las sospechas sobre la connivencia del movimiento democrático pro kurdo con el PKK.

El ascenso de Erdogan

En 2002 el AKP llegó al poder en Ankara, con una modesta mayoría de votos (34 por 100) pero una aplastante mayoría de

escaños, gracias al efecto distorsionante del sistema electoral turco. Aquella primera cabeza de puente se fue ampliando hasta que los islamistas de Erdoğan alcanzaron una posición de dominio indiscutible al final de la década. El nuevo partido se benefició del agotamiento de la vieja clase política del país y supuso un desafío directo a la ideología kemalista que había prevalecido desde la década de 1920. Forjó una coalición electoral de rara amplitud y profundidad, desde campesinos conservadores y el proletariado informal de las principales ciudades de Turquía hasta la intelectualidad liberal, todo ello con la bendición de la OTAN y la Unión Europea⁹. Los líderes del AKP querían ahora ampliar sus votos en el sureste, lo que suponía tanto un desafío como una oportunidad para los partidos pro kurdos¹⁰.

Por un lado, los islamistas intentaron socavar el apoyo disfrutado por el movimiento nacional kurdo introduciendo una cuña en su base popular. La ideología del AKP atraía a los kurdos religiosos y socialmente conservadores; algunos incluso rechazaban la ideología secular, izquierdista y feminista del movimiento nacionalista como una forma de «kemalismo kurdo». Desde la década de 1950, los partidos políticos solían seleccionar a influyentes líderes tribales kurdos como sus candidatos; jeques y otras figuras religiosas también se integraron en los círculos de centro-derecha y se convirtieron en importantes actores políticos entre los kurdos. Esta táctica fue asumida con fervor por el AKP en el curso de su ascenso a la hegemonía. Las lealtades tribales se habían visto debilitadas por la experiencia de la insurgencia del PKK y la radicalización de la población kurda y los líderes tradicionales ahora buscaban ayuda del Estado para mantener su posición social mediante el clientelismo. Agentes islamistas, como las

⁹ Para una exposición detallada del ascenso del AKP, véase Cihan Tugal, «NATO's Islamists», *NLR* 44, marzo-abril de 2007; ed cast.: *NLR*, «Islamistas de la OTAN», mayo-junio de 2007.

¹⁰ Aparte de la provincia de Tunceli, donde el CHP ha solido tener fuerza, y Elazığ, donde existe una significativa presencia del MHP, de extrema derecha, los demás partidos opositores de Turquía han obtenido normalmente muy poco apoyo electoral en el sureste.

órdenes religiosas sufíes, el Hezbolá turco y el movimiento de Gülen se organizaron a través de una red de grupos de la sociedad civil, y las actividades caritativas, a menudo dirigidas desde la oficina del gobernador regional, desempeñaron un papel importante en la creación de la base del AKP a escala local. El AKP también tejió fuertes lazos con hombres de negocios kurdos empleando incentivos económicos, y varios kurdos fueron nombrados para altos cargos en el gobierno, como Mehmet Mehdi Eker, ministro de Agricultura entre 2005 y 2015, y Mehmet Şimşek, ministro de Finanzas entre 2009 y 2015.

Si bien estas estrategias oportunistas amenazaban con socavar el apoyo a los partidos pro kurdos, el deseo del AKP de ganar votos kurdos (y de facilitar el acceso de Turquía a la UE) también lo llevó a adoptar una política moderadamente reformista, que ensanchó el espacio para la actividad política legal y alivió algunos de los controles sobre radiodifusión y educación en lengua kurda. Una reforma de la Ley de Asociaciones facilitó la creación de ONGs así como la difusión de valores democráticos, y ofreció más oportunidades para que los kurdos defendieran sus propios intereses. La evolución del conflicto entre el Estado turco y el PKK también alimentó cierta apertura política. Aunque el alto el fuego terminó en 2004, la violencia posterior nunca volvió a los niveles de principios de la década de 1990. Cuando el DEHAP tuvo que hacer frente a otro intento de los jueces de clausurar su actividad en 2005, se creó una nueva organización, el Partido de la Sociedad Democrática [*Demokratik Toplum Partisi*, DTP]. En las elecciones de 2007, que elevaron el apoyo al AKP a casi el 47 por 100 de los votantes, el DTP también logró veintiún parlamentarios que se habían presentado como independientes para eludir el umbral del 10 por 100. Dos años después, en las elecciones municipales el DTP consolidó su posición como partido dominante en las regiones kurdas.

No hay que exagerar lo que pudo suponer para los kurdos la relativa liberalización durante la primera fase de gobierno del AKP. Si bien se permitió establecer una red de televisión en

lengua kurda con fondos estatales, se le prohibió presentarse como «kurda» y también se prohibieron los términos asociados con el movimiento separatista («revolución», «rebelión», etcétera). Los líderes del AKP nunca estuvieron dispuestos a otorgar el tipo de derechos culturales o la autonomía de la que gozan minorías nacionales como la catalana o la galesa. Los simpatizantes del AKP más liberales como Ahmet Altan, quien dirigió el periódico *Taraf* entre 2007 y 2012, escribieron con frecuencia columnas que atacaban a los partidos pro kurdos por no condenar al PKK. Desde esta perspectiva, ampliamente difundida en los medios turcos, la defensa de una solución política para el conflicto equivalía a apoyar la violencia. El acoso legal prosiguió como antes: el Tribunal Constitucional ilegalizó el DTP a finales de 2009.

El Partido por la Paz y la Democracia [*Barış ve Demokrasi Partisi*, BDP] tomó entonces el relevo de la representación kurda, negociando una alianza con otros diecisiete partidos y ONGs para las elecciones de 2011. La lista de candidatos independientes incluía figuras como el director de cine y columnista Sırrı Süreyya Önder para Estambul y el periodista de izquierda Ertuğrul Kürkçü para Mersin; fueron elegidos treinta y cinco de ellos para el parlamento como independientes. Pero ese logro coincidió con el mayor triunfo de Erdoğan hasta la fecha: una tercera victoria consecutiva para el AKP, esta vez con casi el 50 por 100 del voto popular. También fue el punto crítico de la apertura electoral del AKP hacia la población kurda. Envalentonado por su éxito, emprendió desde entonces una trayectoria cada vez más autoritaria, colaborando con el movimiento religioso de Fethullah Gülen para purgar el ejército y la judicatura de sus rivales kemalistas y atacando a críticos y disidentes en todas direcciones. La oposición al conservadurismo social y las políticas económicas de libre mercado del AKP culminó en el levantamiento de Gezi en 2013. Las protestas en Estambul fueron contenidas mediante una dura represión, pero el partido de Erdoğan había perdido su imagen como fuerza impulsora de una reforma democrática; a partir de entonces se valdría principalmente de tácticas

de mano dura y del nacionalismo turco para mantener su control del poder.

El nacimiento del HDP

Al aumentar la oposición a esa dureza del AKP, el movimiento pro kurdo lanzó una nueva iniciativa política para ampliar su base: el Congreso Democrático del Pueblo [*Halkların Demokratik Kongresi*, HDK], creado a finales de 2011 como un organismo representativo de los grupos que se oponían al bloque dominante en Turquía. La idea original provenía del encarcelado Abdullah Öcalan, lo que significaba que el HDK podría contar con el apoyo del PKK y sus seguidores. La perspectiva política de Öcalan había cambiado significativamente durante sus años en prisión. Si antes se basaba en los libros de texto del marxismo soviético traducidos al turco para su formación ideológica, el jefe del PKK había dedicado mucho tiempo a leer a autores del pensamiento radical contemporáneo, desde Foucault hasta Wallerstein; le influyeron particularmente los escritos de Murray Bookchin, cuya variedad idiosincrática de anarquismo se convirtió en punto de referencia para la nueva visión de la «autonomía democrática» para el pueblo kurdo articulada por Öcalan¹¹.

¹¹ Existe en eso un cierto paralelismo con el comandante de las FARC, Alfonso Cano, quien se embarcó en un programa intensivo de lecturas al final de la década de 2000 –Žižek, Chomsky, etcétera– para renovar el pensamiento del movimiento, antes de ser asesinado por las fuerzas gubernamentales en 2011. Öcalan descubrió por primera vez la obra de Bookchin en sus primeros años de prisión y mantuvo un intercambio epistolar con el teórico octogenario en 2004. Ahora prevé una solución a la cuestión kurda que acepta la integridad territorial de los Estados existentes transformándolos en entidades descentralizadas, que reconozcan su diversidad étnica y lingüística. Describe este proyecto, basado en el autogobierno local, la protección ecológica, la igualdad de género y una economía comunal, como una «modernidad democrática» opuesta a la «modernidad capitalista» existente. Para Öcalan, el camino a seguir es construir una democracia kurda más que un Estado kurdo; cree que el nacionalismo y el capitalismo están intrínsecamente vinculados y que la cuestión kurda no puede resolverse en esos términos.

Otros grupos que ayudaron a constituir el HDK incluían al Partido Laborista, al Partido Socialista de los Oprimidos, al Partido de la Izquierda Verde y a varias organizaciones que representaban a mujeres, a la comunidad LGBT y a las minorías aleví y armenia. Su objetivo declarado era unir las diversas luchas por la democracia y la igualdad como parte de una fuerza contrahegemónica más amplia. En 2012, el HDK presentó al Partido Democrático de los Pueblos (HDP) como vehículo político nacional; en las provincias de mayoría kurda, el Partido Democrático de las Regiones [*Demokratik Bölgeler Partisi*, en kurdo *Partiya Herêman a Demokratîk*, DBP] se hizo cargo de la herencia electoral del HDK. En términos de afiliación y personal dirigente, el HDP era más diverso que sus predecesores, atrayendo (además de a los grupos mencionados anteriormente) a figuras de movimientos izquierdistas y feministas turcos. En las principales ciudades del oeste de Turquía, como Estambul y Esmirna, el HDP se ganó el apoyo de los estudiantes universitarios y la intelectualidad de los distritos más ricos. El partido creó una amplia red organizativa, que cubría todas las provincias turcas, a pesar de lo cual sus miembros seguían siendo predominantemente kurdos¹².

El objetivo clave del HDP era representar las demandas de los sectores históricamente marginados que habían sido ignorados por los partidos políticos principales. Su programa lo describía como «un partido para las clases trabajadoras, jornaleros, campesinos, comerciantes, jubilados, mujeres, jóvenes, intelectuales, artistas, personas LGBT, discapacitados, oprimidos y explotados de todas las naciones, idiomas, culturas y religiones»¹³. El principal impulso de su plataforma económica era reformista, en lugar de proponer un sistema económico socialista como hizo la izquierda turca en el pasado. El HDP

¹² Es difícil determinar con precisión la clase o la composición étnica de los cuadros del HDP, ya que no hay estadísticas disponibles. Un factor de complicación que a menudo ha desalentado a los simpatizantes para pedir una adhesión formal es que, como partido registrado, el HDP está obligado a entregar sus listas de miembros a las autoridades, lo que los expone al riesgo de represión.

¹³ HDP, *Parti Programi*, disponible en el sitio web del partido.

se comprometía a aumentar el salario mínimo, prohibir la subcontratación y garantizar que se respetasen las normas de salud y seguridad en el trabajo (un problema crónico para los trabajadores turcos en los últimos años). Se establecería un sistema integral de bienestar social; se detendría la privatización de industrias y servicios de propiedad estatal; se garantizaría el derecho de huelga y la negociación colectiva. El HDP situó los derechos de las mujeres en el centro de su campaña; la igualdad de género había sido durante mucho tiempo un principio clave para las fuerzas izquierdistas pro kurdas y el nuevo partido integró en sus filas a varias activistas feministas conocidas. Si bien pretendía generar cambios políticos a través de la política electoral, también pedía «la eliminación de barreras que impiden a los ciudadanos debatir, organizar y participar directamente en el proceso de toma de decisiones»¹⁴. El partido planteó la demanda de una nueva constitución que reconociera la diversidad étnica, lingüística y religiosa en Turquía, con disposiciones para resolver la cuestión kurda y garantizar los derechos de todos los grupos minoritarios, basándose en la visión de la «autonomía democrática» presentada por Abdullah Öcalan, que prometía entregar el poder a las administraciones locales autónomas¹⁵. El HDP también hizo un llamamiento

¹⁴ HDP, *Büyük insanlık-Bizler Meclise*, Ankara, 2015, p. 5. El HDP ha mencionado a menudo la «democracia radical», pero sin aclarar demasiado el significado de este término y sin discutir apenas su teorización por parte de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, a diferencia de Podemos y La France Insoumise, cuyos líderes se han referido explícitamente a esos autores como fuente de inspiración ideológica. Esto puede deberse en parte a la mala prensa que su obra ha recibido por una parte de la izquierda turca, que la considera como una forma de liberalismo (las críticas en lengua turca de los dos autores son más familiares en esos círculos que las traducciones de su obra original). Algunos miembros directivos del HDP han citado aprobadoramente los escritos de Michael Hardt y Antonio Negri, en particular *Multitude*; sin embargo, el pensamiento de Murray Bookchin sobre el municipalismo y la ecología social parece tener más influencia.

¹⁵ HDP, *Büyük insanlık-Bizler Meclise*, p. 10. Hay similitudes entre el plan del HDP para resolver el conflicto kurdo y el del PKK, que ha abandonado la exigencia de la independencia total en favor de la autonomía. Quizás la diferencia más notable entre los dos movimientos a este respecto sea una cuestión de perspectiva. El HDP propone una reorganización integral del Estado turco, mientras que el enfoque

específico a la población aleví de Turquía, exigiendo la abrogación de la educación religiosa obligatoria en el plan de estudios nacional y que las *cemevis* –casas de reunión de los alevíes– fueran reconocidas como lugares de culto¹⁶.

Las elecciones presidenciales de 2014 ofrecieron su primera gran oportunidad al HDP, y el colíder del partido Selahattin Demirtaş se presentó como su abanderado. Nacido en Palu, Elaziğ, en 1973, en una familia obrera zaza-kurda, Demirtaş pasó la mayor parte de su infancia en Diyarbakir y estudió Derecho en la Universidad de Ankara¹⁷. Antes de incorporarse al parlamento estuvo muy involucrado en la agrupación de Diyarbakir de la Asociación de Derechos Humanos. Demirtaş fue elegido por primera vez al Parlamento como candidato independiente en 2007, elevándose rápidamente para convertirse en copresidente del BDP tres años después. Durante su campaña se mostró como el rostro público del nuevo partido, ganándose muchos elogios con su actuación tranquila y confiada en los medios. Erdoğan era el previsible ganador, con el apoyo de más de la mitad de los votantes y despegándose de su principal competidor, Ekmeleddin Ihsanoğlu, que contaba con el respaldo del CHP kemalista y el MHP, de extrema derecha. Pero Demirtaş obtuvo un poco menos del 10 por 100 de los votos y resultó el candidato más votado en once provincias sudorientales. Este avance sirvió de plataforma para el HDP en las elecciones parlamentarias del año siguiente.

del PKK es más específicamente kurdo: busca establecer una entidad kurda confederal en Oriente Próximo que abarcará a todas las regiones democrático-autónomas.

¹⁶ Se estima la población aleví en alrededor de 10-12 millones de personas; la mayoría son étnicamente turcos, aunque aproximadamente una quinta parte son étnicamente kurdos.

¹⁷ Los zazas, alrededor de 1,8 millones de personas, son cultural y lingüísticamente cercanos a los kurdos, y la mayoría de ellos se sienten kurdos; sin embargo, algunos zazas lo cuestionan y pretenden su reconocimiento como una nación distinta.

Un gran avance

En el periodo previo a las elecciones de 2015, el HDP se basó en la experiencia y los recursos del movimiento pro kurdo, así como de otras organizaciones de izquierda y alevíes. En el oeste de Turquía seleccionó a líderes comunitarios alevíes como Turgut Öker, Ali Kenanoğlu y Müslüm Doğan en Esmirna. Socialistas conocidos como Ertuğrul Kürkçü y Sırrı Süreyya Önder se presentaron como candidatos en Esmirna y Ankara, respectivamente. La activista feminista Filiz Kerestecioğlu, el activista por los derechos armenios Garo Paylan y la escritora feminista islámica Hüda Kaya se unieron a la lista del HDP en Estambul. En las zonas de mayoría kurda el partido eligió figuras capaces de atraer a los kurdos religiosos y tribales, como Altan Tan en Diyarbakir y Mehmet Mir Dengir Firat, que anteriormente había participado activamente en partidos islamistas, en Mersin. El HDP también seleccionó candidatos que podrían llegar a minorías específicas, como los árabes en las provincias de Şanlıurfa y Mardin.

El apoyo al HDP aumentó en toda Turquía hasta alcanzar el 13 por 100, una cifra sin precedentes, sobre todo en las zonas tradicionales del sureste y en las grandes ciudades del oeste de Turquía, que cuentan con una considerable población kurda. Algo más de la mitad de los seis millones de votos del partido provenían de las provincias de mayoría kurda. Los partidos pro kurdos habían obtenido buenos resultados en esas regiones durante más de una década, pero los del HDP fueron aún mejores en Diyarbakir, Van, Mardin, Batman, Şırnak, Ağrı, Muş, Ardahan, Hakkâri, Siirt, Bitlis, Kars, Iğdir y Tunceli (véase la figura 1). Fue el segundo partido en otras tres provincias del sureste, Şanlıurfa, Adiyaman y Bingöl, regiones donde los lazos tribales y religiosos siguen siendo fuertes, lo que le permitió al AKP prevalecer sobre su rival. Aumentó el apoyo al HDP en Estambul —una ciudad donde una quinta parte de la población es de origen kurdo—, donde obtuvo más de un millón de votos y se convirtió en el tercer partido más votado. En elecciones anteriores solo se habían presentado candidatos independientes pro kurdos en distritos electorales donde tenían alguna posibilidad

real de ganar, pero esta vez el HDP presentó listas en toda Turquía; también organizó una exitosa campaña en países europeos con presencia kurda, alcanzando el primer puesto entre los votantes residentes en Gran Bretaña. En general, las elecciones fueron un gran revés para el AKP, que perdió al 9 por 100 de sus votantes en 2011 y la mayoría absoluta en el parlamento. Con la pérdida de terreno del CHP, solo el HDP y el MHP ultranacionalista tenían razones para estar satisfechos de sus resultados

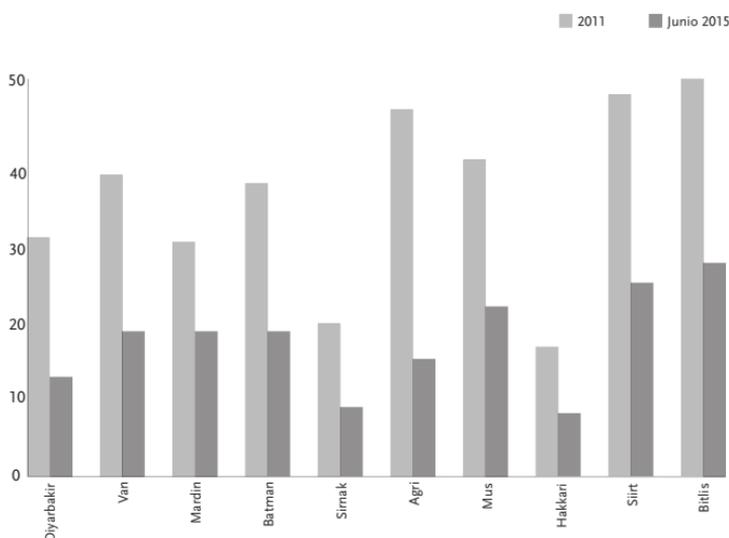
La empresa psefológica KONDA, con sede en Estambul, ofreció un análisis más detallado de los resultados obtenidos en las elecciones de junio de 2015¹⁸, mostrando que los kurdos eran, con mucho, el componente más importante de la base del HDP, llegando a suponer hasta el 87 por 100 de sus votantes. A pesar de todos sus esfuerzos, el partido tenía un atractivo muy limitado para la etnia turca: solo el 9 por 100 de sus simpatizantes se definían como turcos, el 1 por 100 como árabes y el 3 por 100 no respondían. En términos religiosos, alrededor del 87 por 100 de los votantes del HDP eran musulmanes suníes, el 7 por 100 era aleví, y el 6 por 100 restante entraban en las categorías de «otros musulmanes» u «otra religión». La generación adulta de votantes alevíes se mantuvo mayoritariamente leal al CHP, el tradicional receptor de su apoyo, aunque el HDP logró notables avances entre los más jóvenes¹⁹. Un tercio de los votos del HDP provino del grupo de edad de 18 a 28 años, y más de la mitad de los nuevos votantes lo respaldaron. La parte kurda de esta franja de edad es más alta que la media, y muchos turcos jóvenes tienen menos prejuicios contra los kurdos, habiendo alcanzado la mayoría de edad en un momento en que los enfrentamientos violentos entre el PKK y el Estado se hallaban a un

¹⁸ KONDA Araştırma ve Danışmanlık, *7 Haziran Sandık ve Seçmen Analizi*, Estambul, 2015.

¹⁹ Los alevíes han considerado desde hace mucho tiempo el laicismo kemalista del CHP como un escudo que los protege del fundamentalismo suní. Temen el auge de los islamistas, recordando anteriores ocasiones en que se vieron perseguidos por ellos. El régimen de Kemal fue responsable de una brutal masacre de alevíes en Dersim durante la década de 1930, pero la mayoría de ellos creen que las víctimas fueron atacadas por rebelarse contra el Estado y no debido a su religión.

nivel relativamente bajo. El perfil más juvenil de los líderes del HDP también pudo contribuir a ese buen resultado entre los nuevos votantes. El electorado del partido era más pobre que la media nacional en Turquía. El aumento del apoyo al HDP en el sureste y las ciudades del oeste de Turquía provinieron en gran parte de kurdos que antes habían votado por el AKP: casi uno de cada diez votantes del HDP había apoyado al AKP en las elecciones anteriores y casi tres cuartas partes de los que viraron al HDP eran kurdos. El aumento fue especialmente notable en áreas que habían recibido un gran número de migrantes kurdos desplazados por la fuerza durante la década de 1990, como Estambul, Esmirna, Mersin, Adana y Gaziantep. En Estambul, el partido obtuvo buenos resultados en los distritos obreros de Bağcılar, Esenler y Sultangazi, en los que es alta la proporción de población kurda, pero también en algunos distritos ricos como Beşiktaş, Kadıköy y Beyoğlu, lo que sugiere que en ellos un número significativo de personas de etnia turca habían votado por el HDP.

FIGURA 2: Declive en el apoyo al AKP en las provincias de mayoría kurda, 2011-2015.



Fuente: secim.haberler.com

Tras la pérdida de apoyo kurdo al AKP (figura 2) había una serie de factores. La imagen del partido como fuerza liberalizadora se había visto empañada por su giro autoritario después de Gezi, pero las decisiones en política exterior de Erdoğan también dañaron en gran medida la valoración del AKP por los kurdos. Cuando las protestas en Siria se convirtieron en una guerra civil abierta a partir de 2011, el líder turco exigió el desalojo de Assad del poder, esperando tener una influencia mucho mayor en la escena regional cuando tomara el control en Damasco una nueva administración. El régimen sirio resultó inesperadamente resistente; empeorando las cosas para Ankara, la organización hermana del PKK en Siria, el Partido de la Unión Democrática [*Partiya Yekîtiya Demokrat, PYD*], aprovechó la oportunidad para establecer una región kurda autónoma cerca de la frontera turca, conocida como Rojava, y la equipó con su propia fuerza militar, las YPG [*Yekîneyên Parastina Gel, Unidades de Protección del Pueblo*]. El PYD intentó implementar el modelo de Öcalan para la autonomía democrática en condiciones extremadamente adversas, y se encontró en la primera línea de la guerra contra el ISIS, que llegó a un punto crítico en el otoño de 2014 durante el asedio de Kobani, a pocos kilómetros de la frontera turca. Erdoğan y otros dirigentes del AKP presentaron aquella batalla como un enfrentamiento entre dos organizaciones terroristas y se negaron a permitir que se enviara ayuda a los combatientes kurdos en Kobani, lo cual provocó protestas generalizadas en Turquía, que fueron violentamente reprimidas por las fuerzas de seguridad, provocando la muerte de cuarenta y seis personas. Al final, las fuerzas estadounidenses aliadas de Turquía decidieron apoyar a las YPG con ataques aéreos, creyendo que era la única fuerza local capaz de derrotar a ISIS. Esto enfureció al AKP, que insistió en que no había diferencia alguna entre el gobierno de Rojava y el PKK «terrorista». Pero las YPG triunfaron en el asedio a Kobani y siguieron expandiendo el territorio bajo su control.

Los acontecimientos en Siria contribuyeron así a socavar el diálogo entre los representantes del gobierno turco y el PKK iniciado durante el alto el fuego vigente entre 2013 y

2015. Durante ese periodo hubo reuniones periódicas entre funcionarios gubernamentales, una delegación del HDP y el propio Abdullah Öcalan, desde su isla-prisión, junto con otros miembros del PKK, lo que dio como resultado una hoja de ruta de diez puntos para futuras negociaciones, que se hizo pública en febrero de 2015. Pero después de Kobani faltaba la confianza necesaria para que las conversaciones siguieran adelante, y las cosas no hicieron más que empeorar durante la campaña electoral de junio de 2015. El AKP convirtió al HDP en su adversario principal y trató de negarle la representación parlamentaria manteniendo su voto por debajo del umbral del 10 por 100. Esto le habría asegurado una gran mayoría en el parlamento, permitiéndole imponer la presidencia ejecutiva que Erdoğan pretendía. El deseo del partido gobernante de centralizar el poder en sus manos empujó a muchos votantes a optar por el HDP por razones tácticas, como única fuerza que podría evitar que el AKP erosionara aún más las instituciones democráticas de Turquía.

Reacción

Muchos esperaban que el éxito del HDP allanara el camino para una solución negociada del conflicto con el PKK; pero ya había signos claros de que Erdoğan no estaba dispuesto a conceder nada de lo más necesario para lograrla. En abril de 2015 declaró sin rodeos que el llamado Acuerdo Dolmabahçe, anunciado dos meses antes por el HDP y representantes del gobierno turco, no existía²⁰. El AKP todavía se oponía a las demandas kurdas de autonomía y al reconocimiento constitucional de su identidad en Turquía, y Erdoğan estaba enfurecido por el resultado de las elecciones, que habían dañado las perspectivas del AKP de consolidar su hegemonía, ya cuestionada en varios frentes desde que comenzaron las protestas de Gezi. El presidente turco se propuso construir una nueva alianza con el ultranacionalista MHP, basada en la represión del movimiento

²⁰ «President Erdoğan: What Dolmabahçe Agreement?», *Bianet English*, 25 de abril de 2015.

kurdo. El AKP también pretendió consolidar a fuerzas islámicas kurdas como Hüda-Par y grupos asociados al Partido Demócrata del Kurdistán (KDP) de Masud Barzani, un sólido aliado de Erdoğan y el AKP²¹.

Ese giro chovinista se intensificó con la reanudación de la guerra entre las fuerzas de seguridad turcas y el PKK después de que el alto el fuego se interrumpiera en el verano de 2015. El gobierno de Erdoğan ejerció violencia a gran escala para reprimir cualquier forma de disidencia kurda. La dirección en el exterior del PKK, con base en las montañas Qandil del norte de Iraq, se había mostrado escéptica con respecto a las negociaciones de Öcalan con el AKP y respondió energicamente a la ofensiva del gobierno²². En muchos sentidos, la renovación del conflicto marca un retorno a la violencia de principios de la década de 1990, con una diferencia notable: los kurdos urbanizados se han visto tan afectados como los que viven en el campo. En la primera mitad de 2016 el ejército turco atacó las fortalezas urbanas del PKK, reduciendo a escombros gran parte de la ciudad antigua de Diyarbakir e infligiendo una destrucción similar en Şırnak, Cizre y Nusaybin. Según el Alto Comisionado de las Naciones

²¹ La región del Kurdistán iraquí ha desarrollado fuertes lazos económicos con Turquía durante la última década; Barzani esperaba que el AKP pudiera apoyar finalmente el intento de su gobierno de separarse de Iraq, e instó a los kurdos en Turquía a respaldar a Erdoğan. Sin embargo, Ankara se opuso firmemente a su decisión de convocar un referéndum sobre la independencia en septiembre de 2017, calificándolo de «error histórico» y amenazándole con sanciones. El referéndum siguió adelante de todos modos y el 92 por 100 de los votantes respaldaron la independencia. Las fuerzas del KDP han cooperado con el ejército turco en operaciones contra el PKK desde la década de 1990. También hay un elemento ideológico en la rivalidad entre ambos movimientos, ya que el KDP es más conservador y tradicionalista, en contraste con la postura de izquierda del PKK. Las relaciones entre el PKK y el principal rival del KDP, la Unión Patriótica del Kurdistán (PUK), son más cordiales.

²² La figura dominante en la dirección en el exterior del PKK es Cemil Bayik, nacido en 1952, quien ayudó a fundar el movimiento en la década de 1970. El gobierno de Erdoğan se vio avergonzado recientemente cuando una operación fallida para matar o secuestrar a Bayik dio lugar a la captura de agentes de inteligencia turcos en el Kurdistán iraquí por parte del PKK.

Unidas para los Refugiados (ACNUR), las fuerzas turcas han asesinado a cientos de civiles kurdos y son culpables de ejecuciones sumarias, torturas y violaciones²³. Más de medio millón de kurdos han sido expulsados de sus hogares. Como respuesta, un oscuro grupo conocido como Halcones de la Libertad del Kurdistán [*Teyrêbazên Azadiya Kurdistan*, TAK] reivindicó ataques suicidas con bombas contra soldados, policías y civiles turcos en las ciudades occidentales, incrementando aún más la tensión²⁴.

El planteamiento de Erdoğan sobre la cuestión kurda en Turquía también se ha visto fuertemente influido por los acontecimientos en Siria, ya que el AKP teme que la consolidación del autogobierno kurdo en Rojava desplace permanentemente el equilibrio regional en favor de los kurdos. Las unidades armadas de las YPG han desempeñado un papel crucial en las operaciones contra el ISIS como parte de las Fuerzas Democráticas Sirias, que incluyen algunas milicias árabes y que reciben apoyo militar y protección de Estados Unidos, lo que complica aún más el plan de Turquía de contener los avances kurdos. Sin embargo, el PYD no ha podido hasta ahora obtener el reconocimiento político de Washington y está rodeado de enemigos²⁵. En agosto de 2016 las fuerzas turcas invadieron el norte de Siria, aparentemente para desplazar al ISIS de sus posiciones a lo largo de la frontera, pero también para evitar que las fuerzas kurdas logaran mayores avances territoriales. Los ataques aéreos contra las unidades de las YPG en Siria y alrededor del Monte Sinjar en Iraq mostraron que es probable que Turquía realice más

²³ Nick Cumming-Bruce, «UN Accuses Turkey of Killing Hundreds of Kurds», *The New York Times*, 10 de marzo de 2017.

²⁴ El PKK ha insistido en que no tiene ninguna conexión con ese grupo, mientras que sus opositores sostienen que no es más que un disfraz del PKK.

²⁵ El gobierno iraní también es hostil a la autonomía kurda en Siria; el PKK tiene una organización hermana en Irán, el Partido de la Vida Libre en Kurdistán [*Partiya Jiyana Azad a Kurdistanê*, PJAK], que también ha emprendido actividades armadas contra el Estado, aunque sin mucho éxito. Parte del régimen de Assad puede estar dispuesta a tolerar cierta autonomía a los kurdos, pero mucha menos de lo que ellos desean.

operaciones transfronterizas contra grupos que considera aliados del PKK.

Con el telón de fondo del conflicto renovado y la movilización hiperchovinista, con los funerales de soldados y policías turcos transmitidos por la televisión nacional, se celebraron de nuevo elecciones generales en noviembre de 2015 para tratar de salir del estancamiento político. El AKP se propuso consolidar su base de poder turco-nacionalista, ganando terreno a expensas del MHP para asegurarse de nuevo una mayoría parlamentaria. El voto al AKP aumentó casi el 9 por 100, cayendo justo por debajo del 50 por 100 en conjunto. El HDP perdió apoyo, pero aun así logró superar el umbral del 10 por 100 por un estrecho margen. El partido fue vilipendiado por portavoces del gobierno y diversos medios de comunicación, que lo presentaron como una amenaza para la democracia turca y sus oficinas fueron atacadas repetidamente por turbas nacionalistas. Tres semanas antes de las elecciones, dos terroristas suicidas mataron a ciento nueve personas en Ankara en un mitin por la paz convocado por el HDP y sus aliados. La policía atacó a los supervivientes con gases lacrimógenos. Se le atribuyó el ataque al ISIS, pero los líderes del HDP responsabilizaron también al Estado turco, acusando a las agencias gubernamentales de colusión con los terroristas. Un ministro del AKP afirmó que el propio HDP había organizado el atentado; el presentador de un canal de televisión progubernamental sugirió que «algunas» de las víctimas podían ser inocentes («agentes de policía, personal de limpieza, transeúntes o personas que iban tranquilamente a su trabajo»)²⁶.

Después de las elecciones, el AKP se propuso destruir la base institucional del HDP, reanudando las prácticas opresivas antes utilizadas por el Estado contra los partidos pro kurdos. En mayo de 2016 el parlamento votó para despojar de su inmunidad a los representantes del HDP. Selahattin Demirtaş y su copresidente Figen Yüksekdağ están actualmente en prisión, acusados de propaganda terrorista, junto

²⁶ «Turkish state TV stirs outrage after declaring “some” Ankara blast victims innocent», *Hürriyet Daily News*, 15 de octubre de 2015.

con algunos de los políticos más efectivos del partido (otros dos miembros del parlamento, Faysal Sariyıldız y Tuğba Hezer, huyeron de Turquía para evitar su encarcelamiento). En septiembre de 2016 se aprobó un decreto que permite al gobierno destituir a los alcaldes electos en el sureste y reemplazarlos por funcionarios designados. En el momento de escribir esto, ochenta y cinco alcaldes del partido hermano del HDP, el DBP, han sido encarcelados. Las acusaciones presentadas contra ellos van desde «realizar actividades de propaganda en favor de una organización terrorista» hasta la propia pertenencia al PKK; los fiscales han exigido largas penas de prisión para todos. Aproximadamente seis mil miembros del HDP permanecen detenidos. El gobierno de Erdoğan también ha arremetido contra iniciativas de la sociedad civil y medios pro kurdos. Más de mil cien académicos, que firmaron una petición en la que instaban a un enfoque pacífico de la cuestión kurda, sufrieron persecución y sanciones administrativas, habiendo sido despedidos hasta la fecha más de trescientos sesenta de ellos. Las autoridades turcas cerraron el diario Özgür Gündem, clausuraron emisoras de televisión auspiciadas por el HDP y acusaron a once mil profesores kurdos y de izquierda pertenecientes al Sindicato de Trabajadores de la Educación y la Ciencia (Eğitim-Sen) de ser cómplices del PKK, amenazándolos con el despido.

Este giro autoritario se intensificó drásticamente después del fallido intento de golpe de Estado del 15 de julio de 2016. El AKP aprovechó la oportunidad para lanzar más ataques contra sus oponentes, declarando el estado de emergencia durante un periodo inicial de tres meses, que desde entonces se ha ampliado varias veces. Con el apoyo del MHP, el partido de Erdoğan forzó una enmienda constitucional, que permitía una presidencia ejecutiva todopoderosa y la sometió a un referéndum en abril de 2017. En un clima de violencia e intimidación generalizada, con abundantes evidencias de fraude electoral, la reforma se aprobó por un estrecho margen: 51,4 frente al 48,6 por 100 (10 por 100 menos que la proporción combinada de votos para el AKP y el MHP en noviembre de 2015). Con esa victoria en el referéndum,

Erdoğan ha conseguido por fin el papel de hombre fuerte que tanto anhelaba y es probable que aumente la represión de su gobierno sobre sus opositores. Sin embargo, dado el pequeño margen de su victoria y la creencia generalizada de que se obtuvo mediante fraude electoral, una gran parte de la sociedad turca seguirá oponiéndose al sistema presidencial. También es dudoso que la estructura de poder autocrático que quiere imponer proporcione estabilidad o impulse el crecimiento económico²⁷.

El HDP pudo desafiar el discurso de seguridad nacional dominante en Turquía cuando el conflicto permanecía latente, pero con la renovación de los enfrentamientos y las consiguientes restricciones en el debate político, su mensaje por la paz no encuentra eco en gran parte de la ciudadanía turca. La pervivencia a largo plazo del partido está vinculada a una resolución pacífica de la cuestión kurda, y es difícil imaginar que pueda repetir sus éxitos electorales anteriores en un entorno caracterizado por la violencia y el creciente autoritarismo. A corto plazo, parece que la represión sobre el HDP continuará, dependiendo su papel futuro en la política turca de su capacidad para sobrevivir bajo esa presión. El partido ha construido una sólida red organizativa y representa movimientos y tradiciones políticas que tienen una larga y rica historia de resistencia; también ha tejido fuertes lazos con las fuerzas políticas de izquierda en Europa, lo que significa que puede movilizar la oposición internacional a la represión de Erdoğan. A pesar de la actual persecución, el impacto

²⁷ El proceso de adhesión de Turquía a la UE fue un factor que impulsó la mejora de los derechos kurdos durante la década de 2000, y el país todavía sigue aspirando a esa incorporación, mientras Ankara se ha distanciado cada vez más de la misma durante los últimos años. Los líderes y funcionarios europeos, por su parte, al firmar un acuerdo con Erdoğan para frenar el desplazamiento de refugiados desde Siria, se han mostrado reacios a criticar la represión del HDP, la violencia contra los civiles kurdos o la alarmante velocidad con que ha retrocedido la democracia turca desde 2015. Sin embargo, Erdoğan aumentó su retórica contraria a la UE durante la campaña del referéndum para movilizar el sentimiento ultranacionalista, acusando a países como Alemania y los Países Bajos de racismo e islamofobia, así como de apoyar al PKK.

del avance político del HDP probablemente resuene durante mucho tiempo, a diferencia de las organizaciones de izquierda turcas, que nunca se recuperaron del golpe de 1980. Ese éxito ha dado vida a una forma de política que pocas personas en Turquía creían que fuera posible y ha estimulado el deseo de un país pacífico, multicultural e igualitario: un recurso simbólico vital que inspirará a quienes sigan los pasos del HDP.

Estados de la India



Achin Vanaik

LAS DOS HEGEMONÍAS EN LA INDIA

ENTRE LOS HOMBRES FUERTES de la derecha que disfrutaban actualmente de un amplio apoyo electoral, el indio Narendra Modi tiene un puesto al menos tan destacado como el de Erdoğan en Turquía o el de Duterte en Filipinas. Como ellos, se jacta de ser un advenedizo plebeyo con una base de sicarios hampones, aunque gobierna un país de casi 1.300 millones de personas, que supone la sexta parte de la población mundial. Desde su victoria en 2014, el Partido Popular Indio (PPI) [Bharatiya Janata Party, BJP] disfruta de un dominio incontestado de la escena política nacional: mayoría absoluta en la Cámara Baja (Lok Sabha) y relativa en la Cámara Alta (Rajya Sabha) del Parlamento, respaldadas por el control de las principales cámaras estatales (regionales). Las últimas encuestas apuntan a otro mandato de cinco años como primer ministro a partir de las elecciones que se celebrarán en la primavera de 2019¹. El rival más cercano al PPI, el antes todopoderoso

¹ «Mega Times Group poll: 71.9 per cent of Indians say they will vote for Narendra Modi as PM again in 2019», *The Times of India*, 26 de mayo de 2018. La encuesta ABP-CSDS predice doscientos setenta y cuatro escaños para la coalición Alianza Democrática Nacional de Modi, frente a los tres-

Partido del Congreso (Congreso Nacional Indio, CNI), se ha visto reducido a menos de una décima parte de los escaños en el Lok Sabha y gobierna solo un puñado de estados. De hecho, la escala de la hegemonía actual del PPI puede compararse con la del CNI en las primeras décadas después de la independencia, bajo el mando de Jawaharlal Nehru y de su hija, Indira Gandhi. También entonces un solo partido con un dirigente carismático presidía la escena nacional y prevalecía a escala de los estados.

¿Qué tipo de ruptura representan esos nuevos poderes hegemónicos con respecto a las formas más respetuosas de gobierno burgués que existían antes? La mejor manera de captar la novedad del nuevo régimen indio puede ser comparar su modo de funcionamiento con el del CNI. Electoralmente, el patrón es claro: una era de gobierno por parte de un solo partido por parte del CNI desde la independencia en 1947 hasta finales de la década de 1960, seguida por su declive constante y el recurso creciente a los gobiernos de coalición; un largo interregno, con la trayectoria ascendente del PPI y sus aliados que comenzó a fines de la década de 1980, tras el breve rebrote experimentado por el CNI en 1984 tras el asesinato de Indira Gandhi; y la restauración de una mayoría detentada, de nuevo, por un solo partido —esta vez el PPI bajo la dirección de Modi— en 2014, treinta años después. Entre las dos épocas se verificó un cambio político-económico importante desde el desarrollismo estatista de las décadas de posguerra a un neoliberalismo globalizado afianzado durante la década de 1990, que se reflejó en los programas de ambos partidos, y que fue acompañado por un avance espectacular, aunque desigual, de diferentes facciones de casta y de clase. Aquí, como en otros lugares, la principal tendencia política, tomando prestada una frase de Stuart Hall, ha sido «el gran espectáculo de la derecha en movimiento». El PPI no es un partido ordinario: su nervadura está constituida por una fuerza de cuadros nacionalistas hindúes de línea dura

cientos treinta y seis obtenidos en 2014, de los que doscientos ochenta y dos correspondían al PPI: *Indiatvnew.com*, 11 de junio de 2018.

uniformados al estilo de la década de 1930, la RSS [Rastriya Swayamsevak Sangh, Organización Nacional Patriótica], que también controla una amplia gama de organizaciones de la sociedad civil, conocidas colectivamente como Sangh Parivar [Familia de Organizaciones]². Sin embargo, esto hace aún más sorprendente su ascenso como segunda fuerza hegemónica de toda la India. ¿Qué parecidos y diferencias existen entre ambas dinámicas, en términos de ideologías nacionales, formas de partido, figuras destacadas, alianzas de clase y pautas de gobierno? Este ensayo pretende analizar las semejanzas y contrastes existentes entre ellas y el paso de la primera a la segunda. Porque si, en un sentido negativo, el declive del CNI permitió la consolidación de las fuerzas *hindutva*, en aspectos clave también les abrió el camino.

1. La hegemonía del partido del congreso

Asegurar un bloque burgués hegemónico requiere estabilidad en tres niveles: control sobre los de abajo, mediante cualquier combinación cambiante de palos y zanahorias; arbitraje acertado entre las fracciones de la clase dominante, lo que en la India, todavía un 70 por 100 rural, también significa un manejo eficaz de las tensiones creadas por la burguesía agraria; y un grado suficiente de apoyo de la clase media profesional y pequeñoburguesa. Como señaló Gramsci, no hay hegemonía sin el esfuerzo de forjar una voluntad nacional-popular. Una ideología hegemónica exitosa enmascara los intereses contradictorios al tiempo que ofrece un sentido «unificado» de pertenencia a la mayoría. Ahí es donde entra en juego el nacionalismo, pidiendo la subordinación a una causa «superior» o beneficios prometedores para los «auténticos nacionales», y reconciliando así intereses que de

² La RSS fue fundada en 1925 con el fin de promover la ideología de la hinduidad [*hindutva*], consistente en «fortalecer» el predominio de la mayoría hindú. El primer partido electoral creado por la RSS fue el Bharatiya Jana Sangh (1951-1977), que se disolvió en el partido Janata que agrupaba a toda la oposición en 1977 y, luego, se reconstituyó como PPI en 1980.

otro modo estarían en conflicto. En el contexto indio, pelear en el terreno del nacionalismo ha supuesto asegurar un apoyo masivo para una visión particular del contenido cultural y político de la «India». Tanto la RSS como el Partido del Congreso surgieron durante el periodo de entreguerras como proyectos políticos de masas y ambos se enfrentaron al problema de forjar una voluntad nacional-popular de auto-determinación contra el dominio colonial británico³. Aunque sus interpretaciones de lo que se suponía que significaba el nacionalismo indio tenían diferentes inflexiones, procedían de un punto de partida compartido.

La idea de «India»

El surgimiento de la conciencia nacional india a lo largo del siglo XIX se basó en una historiografía nacionalista romántico-orientalista elaborada por los hindúes de la casta superior, que glorificaban una India «hindú antigua» –es decir, pre-musulmana–, y denigraban los largos siglos de gobierno musulmán antes de la llegada de los ilustrados británicos. En el periodo previo a la independencia, ambas versiones del nacionalismo indio marcaron el comienzo de la división religiosa. Pero los nacionalistas «comunales» veían la era mogol como una edad oscura impuesta por extranjeros y la «unidad de los hindúes» como el principio fundamental sobre el que se debía construir una India fuerte. Una variante «más suave», adoptada por los líderes del Congreso, pretendía un pacto hindú-musulmán mediado por la religión, basado en la «unidad en la diversidad». Aunque Nehru veía virtudes en el gobierno mogol de Akbar, para la mayoría de los intelectuales hindúes el factor clave era la tolerancia, la bondad y el carácter complaciente supuestamente únicos del hinduismo, que permitirían el desarrollo de una cultura india mixta, fundando a su vez un nacionalismo mixto. Dado que ese espíritu flexible

³ El Congreso Nacional Indio, fundado por un inglés en 1885 como foro y campo de entrenamiento para una élite política nativa, fue transformado por Gandhi y sus colegas después de 1919 en un instrumento político de masas para el gobierno del país y, más tarde, para la independencia.

era supuestamente antiguo, tenía que ser anterior a la llegada del islam y por eso otorgaba una vez más un estatus especial a un hinduismo inspirado en los Vedas. Esto ayudó a crear el mito de que, a pesar de los profundos atrincheramientos de casta y de las amplias diferencias en la práctica religiosa, el hinduismo constituía una única fe multifacética, el «mosaico» que de por sí atestiguaba su intrínseca tolerancia. Esta fue la base del nacionalismo indio «secular» propuesto por la dirección del Congreso, quien lo presentó como fundado en un respeto profundo e imparcial a todas las comunidades religiosas, como si los desequilibrios en términos numéricos y de poder no contarán⁴. Era, efectivamente, un «nacionalismo mayoritario con vestimenta liberal»⁵. Durante la lucha por la independencia, ambas versiones permitieron, por lo tanto, que los símbolos y mitos del hinduismo se desplegaran en pro de la movilización popular; el CNI dirigido por Gandhi no hizo tal uso empero de los símbolos musulmanes.

Si el CNI prevaleció con facilidad sobre el fracturado panorama político indio de la década de 1930 –obteniendo casi la mitad de los escaños en las elecciones provinciales con sufragio limitado de 1937, por ejemplo–, se debió en parte a que sus líderes habían conseguido aparecer como interlocutores clave frente a las autoridades británicas y se habían esforzado por amortiguar las movilizaciones de masas que amenazaban esa posición. El Partido Comunista Indio, por el contrario, estuvo prohibido hasta 1942 y sus militantes eran ejecutados o encarcelados. La Sangh, por su parte, se mantuvo apartado de la lucha por la independencia, prefiriendo cultivar su «pureza»; la RSS fue brevemente prohibida después de que un antiguo miembro asesinara a Gandhi en

⁴ En 1940 la población de la India británica y de los estados principescos [vasallos del Raj] comprendía en torno a 206 millones de hindúes de casta, 95 millones de musulmanes, 49 millones de castas registradas, 25 millones de indios tribales y 5 millones de sijes.

⁵ Véase G. Balachandran, «Religion and Nationalism in Modern India», en Kaushik Basu y Sanjay Subramanyam (eds.), *Unraveling the Nation: Sectarian Conflict and India's Secular Identity*, Nueva Delhi, 1996, pp. 108-111.

1948, pero fue legalizada de nuevo en 1949 por el ministro del Interior, Sardar Patel, más hostil a los comunistas que a la RSS «patriótica aunque equivocada». En cuanto al propio CNI, el liderazgo del movimiento nacional lo había dotado de un inmenso prestigio y credibilidad en la primera década después de la independencia, que también supuso su mayor adhesivo ideológico. Durante aquella época prevaleció el Consenso propugnado por Nehru, una mezcla de objetivos desarrollistas, ideales vagos y temas nacionalistas, como la modernización, el «temple científico», la industrialización, el socialismo (en el sentido del capitalismo del bienestar), la democracia y el no alineamiento, combinado con la unidad nacional india y el «secularismo» blando hindú descrito anteriormente. Este último tenía poca resonancia real en el país; servía más bien para engañar al CNI de Nehru haciéndole creer que su nacionalismo oficial tenía profundas raíces históricas y, por lo tanto, también una fuerte dinámica hegemónica. Pero no era así; una vez conseguida la independencia, la porosidad ideológica del CNI se hizo más evidente. Si ejerció una hegemonía sostenida durante las siguientes décadas, se debió menos a su ideología que a factores más materiales: el desarrollismo, el sistema electoral mayoritario, las ventajas de la ocupación de cargos y la neutralización de cualquier amenaza comunista.

Entre esos factores, la promesa desarrollista de Nehru era la que gozaba de mayor atractivo público. Entre 1950 y 1980 la India logró una tasa media de crecimiento anual del 3,5 por 100, más tarde burlescamente calificada como la «tasa de crecimiento hindú», pero que constituía un avance económico real comparado con la era colonial. En las dos primeras décadas de independencia, la industrialización dirigida por el Estado y la protección arancelaria nutrió a una creciente burguesía industrial. La reforma agraria, aunque limitada a la abolición del sistema latifundista *zamindari*, creó una clase capitalista agraria en ciernes numéricamente importante. La base electoral del CNI entre los *dalits*, las tribus y los musulmanes pobres veía, o creía ver, cierta mejora en sus vidas. Esto se vio acompañado por la institucionalización de los organismos representativos locales,

con la elección de cargos a varios niveles y la subsiguiente división lingüística de los estados en 1956, todos los cuales tuvieron cierto grado de apoyo público y ayudaron a evitar el descontento masivo y a ganar tiempo. Pero el resultado desigual del desarrollo fue también una de las principales razones de la erosión de la hegemonía del CNI. En 1967 estaba claro que la promesa de Nehru de producir una versión socialdemócrata del progreso capitalista sostenido había fracasado. La ausencia de una redistribución más seria de la tierra aseguró el mantenimiento de la miseria masiva en el campo. El creciente descontento entre las nuevas capas del capital agrario y una mayor conciencia de su capacidad movilizadora a escala regional, lo llevó a cortar sus vínculos anteriores con el CNI para establecer sus propios partidos territoriales. El desarrollismo estatista seguía, no obstante, disfrutando de una hegemonía generalizada, respaldada tanto por la Sangh como por el Partido Comunista.

Al mismo tiempo, el sistema electoral mayoritario establecido por la Constitución india, siguiendo el modelo de Westminster, continuó dando al CNI grandes mayorías parlamentarias, aun cuando su cuota del voto popular comenzó a decrecer.⁶ Burlándose del principio de representación equitativa, ese sistema le da al partido ganador un mayor control sobre el gobierno y sus recursos, que luego puede usar para comprar más popularidad en una forma de hegemonía artificialmente mejorada que le ha servido igualmente bien al PPI: en 2014 el partido obtuvo el 51 por 100 de los escaños con el 31 por 100 de los votos. A pesar de su reputación como un texto sobresaliente, liberal y democrático, la Constitución también estableció el derecho de familia –matrimonio, divorcio, adopción, herencia, propiedad familiar– bajo el control de las diversas autoridades religiosas, en lugar de establecer un código civil uniforme. Esto se debió en parte al cortejo de los *ulemas* musulmanes por parte del CNI por su voto de

⁶ En 1957, el CNI ganó el 75 por 100 de los escaños en el Lok Sabha con el 48 por 100 de los votos; en 1962, el 73 por 100 de los escaños con el 45 por 100 de los votos; en 1967, el 54 por 100 de los escaños con el 41 % de los votos y en 1971, el 73 por 100 de los escaños con el 43 por 100 de los votos

bloqueo, pero también al nacionalismo hindú «suave» de tantos representantes del CNI en la Asamblea Constituyente de 1946-1950. (Paradójicamente, esto ha permitido a la Sangh posicionarse como una fuerza más progresista que el CNI, como ferviente defensor de un código civil, mientras que castiga a los demás partidos e intelectuales seculares por tratar de «apaciguar» a los musulmanes «atrasados»).

En la medida en que la construcción de la hegemonía requiere la fricción de un «otro peligroso», ¿sirvió el Partido Comunista indio a ese propósito? Ciertamente, durante la era de Nehru, el PCI entonces indiviso era el principal competidor doméstico, solo por detrás del CNI en las tres primeras elecciones generales⁷. Su prestigio entre las masas trabajadoras era alto; lideró grandes luchas industriales en Bombay y poderosos movimientos campesinos en Bengala Occidental, Bihar y Telangana, donde encabezó un levantamiento importante en 1946 contra el Nizam de Hyderabad y su entorno de terratenientes antes de que Nehru enviara al ejército indio a pacificar la provincia finalmente, al precio de un terrible pogromo⁸. En 1957 el PCI se convirtió en el primer partido de la oposición en obtener el control de una asamblea estatal, la de Kerala, donde promovió reformas en materia de tierras, trabajo y educación. Nehru respondió disolviendo el gobierno estatal del PCI en 1959, en un claro abuso de su poder legislativo. Sin embargo, Moscú también ejerció presión sobre el PCI para atenuar su oposición al CNI, en defensa de los estrechos intereses

⁷ En 1952 el PCI fue la segunda fuerza política en el Lok Sabha con dieciséis escaños; en 1957 obtuvo veintisiete y en 1962, veintinueve.

⁸ En 1946 el PCI movilizó un ejército popular y una milicia que abarcaba aproximadamente tres mil aldeas, con una población de alrededor de 3 millones de personas, y se apoderó de medio millón de hectáreas para distribuirlas entre los campesinos sin tierra. Cuando Nueva Delhi intervino, el PCI estaba dividido sobre si mantener el levantamiento armado o ponerle fin, ya que compartía la opinión de que Hyderabad debía formar parte de la Unión India. Cuando una parte del PCI decidió mantener la lucha campesina, el gobierno del CNI se volvió contra ella y ayudó a aplastarla, devolviendo la tierra a sus antiguos dueños, mientras que el propio Nizam recibió el cargo ceremonial de Protector Jefe (*Raj Pramukh*) del nuevo estado de Hyderabad. El PCI renunció a la lucha armada en 1951, pero tuvo éxito en las siguientes elecciones.

diplomáticos de la URSS, una de las razones por las que Nehru cultivó asiduamente la amistad de la Unión Soviética. La URSS apoyó la política exterior no alineada de Nehru y también ayudó a India a establecer importantes industrias pesadas en el sector público. En 1962 la dirección del PCI se volcó en el apoyo a Nehru en su tratamiento agresivo del conflicto fronterizo con China que llevó a la guerra sino-india. Pero esto causó una división importante en el Partido en 1964, con la escisión del Partido Comunista indio (marxista), o PCI-m, que se distanció del CNI desde posiciones de izquierda, al tiempo que cultivaba relaciones más amistosas con China. El PCI tradicional, más pequeño, permaneció tan cerca del CNI que acabó apoyando el estado de excepción proclamado por Indira Gandhi en 1975.

Liderazgo e intelectualidad

La hegemonía del CNI durante las décadas 1950 y 1960 también contaba con el apoyo de los intelectuales y los medios. La radio estaba en manos del gobierno, pero también los medios impresos de propiedad privada apoyaban abrumadoramente el proyecto de construcción nacional impulsado por Nehru en aquel periodo. La personalidad de Nehru como patricio educado desempeñó sin duda un gran papel: de una familia hindú enormemente adinerada, educado en Harrow, con un título de Cambridge en ciencias naturales, formación jurídica en el Inner Temple y educación política a través de la Sociedad Fabiana, era un autor de gran éxito de volúmenes poéticos sobre cultura e historia de la India. Pero también influían sus viajes internacionales. Para la opinión pública nacional, el estatus global de India como nación se identificó con la credibilidad personal de Nehru como estadista mundial, principal defensor del no alineamiento y su propagandista más elocuente. Todo esto amplió su atractivo entre la incipiente intelectualidad india, asegurando su lealtad y garantizando, por supuesto, su primacía dentro del partido⁹. El repetido uso

⁹ Es posible que el carácter fuertemente religioso de la sociedad india también favorezca el arraigo de los populismos altamente personalizados. Esto parecería evidente a partir de la popularidad de la que han disfrutado otros líderes después de Nehru, hasta llegar a

por Nehru del Parlamento como plataforma nacional, que se tomaba muy en serio, ayudó a crear un aura de respeto hacia el proceso legislativo y el debate parlamentario como base de un *ethos* democrático más amplio.

Probablemente, la propia incoherencia de la ideología del CNI significó una mayor dependencia del papel de Nehru como líder carismático. A diferencia del PPI y de los instrumentos políticos anteriores de la Sangh, el CNI nunca fue un partido basado en cuadros: Ambedkar lo describió memorablemente como un partido «abierto a todos los necios y bribones, amigos y enemigos, comunales y laicos, reformistas y ortodoxos, y capitalistas y anticapitalistas»¹⁰. Organizativamente, el CNI era dirigido desde la cúpula por Sardar Patel, el hombre fuerte del partido, que seleccionaba y financiaba a los candidatos, recaudaba fondos y tomaba medidas enérgicas contra la disidencia. Patel representaba la corriente dominante dentro de la dirección del CNI: de casta superior y clase alta, ideológicamente pro hindú (aunque en una variante más suave que la *hindutva*) y económicamente elitista. Fue la temprana muerte de Patel en 1950 lo que le dio a Nehru una mayor libertad dentro del partido, no necesariamente porque sus escalones intermedios y superiores compartieran los aspectos fabianos de su «idea de la India». Más allá de ello, lo que mantenía unido al CNI como una fuerza política poderosa, a pesar del creciente faccionalismo, eran sus vínculos con las elites rurales, el apoyo financiero de grandes y medianos industriales y una estructura organizativa que podía actuar como red de mecenazgo y clientelismo, proporcionando los beneficios materiales del cargo a los líderes de diferentes niveles, que a su vez acelerarían la maquinaria de movilización de votantes en el momento de las elecciones. También

Modi. Pero la duración más larga de las hegemonías debe trascender esa confianza en un líder carismático. Incluso si Nehru hubiera vivido más tiempo –murió en 1964, a los 74 años–, es dudoso que su atractivo personal hubiera podido detener la caída en popularidad del CNI, dadas las limitaciones ideológicas y organizativas del partido.

¹⁰ Ramachandra Guha, *India after Gandhi*, Londres, 2007, p. 137.

era el único organismo que podía llevar a cabo las tareas de conciliación y arbitraje de la hegemonía, estableciendo compromisos que las castas y las clases inferiores aceptarían. Pero el precio pagado por la dependencia primero de Nehru y, luego, de sus descendientes para proporcionar un rostro a esa máquina, iba a ser muy alto, consolidándose la podredumbre dinástica: Indira (autoritaria), Sanjay (violento), Rajiv (corrupto), Sonia (solapada), Rahul (vacilante). El derecho de la familia Nehru-Gandhi a gobernar se convirtió en un peso muerto para el partido.

Un aparato estatal hinduizado

Como en la fórmula clásica de Gramsci, en el funcionamiento de la hegemonía del CNI el consentimiento fue respaldado por la coacción. Esto fue evidente, tanto en el papel de las fuerzas armadas en la construcción de un Estado-nación indio unitario «fuerte», en el momento de la independencia, como en la represión sangrienta de las rebeliones minoritarias, étnicas, religiosas y de clase, que le siguieron. El acuerdo de partición elaborado entre V. P. Menon, Mountbatten, Nehru, Patel y Jinnah, fue llevado a cabo sin más preparativos y sin consulta popular previa: las provincias recibieron un ultimátum y sus asambleas legislativas tuvieron que elegir entre unirse a la India gobernada por el CNI o a Pakistán, dominado por la Liga Musulmana, o a lo sumo, como en los casos de Bengala y Punjab, dividirse entre los dos. Al menos un millón de personas murieron en el pánico resultante, sobre todo en el Punjab, y entre 12 y 18 millones huyeron de sus hogares. En la Cachemira de mayoría musulmana, obsesión de Nehru, las fuerzas indias fueron transportadas por aire a Srinagar y tomaron posesión de la mayor parte de la provincia, negando el gobierno de Nehru el prometido plebiscito para determinar la voluntad popular. Nehru y Patel también suprimieron un informe de las masacres de 1948 en Hyderabad, donde entre 27.000 y 40.000 musulmanes fueron asesinados cuando las tropas indias enviadas para asegurar el principado se unieron a bandas armadas y la policía local hindú desatando un

auténtico pogromo¹¹. En Bengala, el CNI y G. D. Birla, el millonario mecenas de Gandhi, respaldaron la campaña de la Sangh/Hindu Mahasabha por la Partición contra un movimiento conjunto hindú-musulmán que pretendía un Estado unido e independiente. Si esas medidas eran en gran parte racionales, dado el objetivo del CNI de una «India fuerte» caracterizada por el predominio hindú, la política exterior de Nehru fue más errática. Los objetivos solidarios de la no alineación se abandonaron cuando Nueva Delhi provocó la guerra fronteriza con China en 1962, que dio lugar a una derrota humillante. El *amour propre* nacionalista y militarista del CNI fue restaurado por la guerra contra Pakistán en 1965, cuando la India intensificó las hostilidades en respuesta a la infiltración pakistaní a través de la línea de alto el fuego en Cachemira.

Antes de la partición, los musulmanes constituían el 32 por 100 del ejército indio. Después, si bien la República india heredó la gran mayoría del personal y el material militar del Raj, los musulmanes disminuyeron hasta un 2 por 100. El CNI no hizo nada durante todos sus años de gobierno para alterar esas proporciones. El ejército indio siempre ha considerado a Pakistán como su principal enemigo; su composición hindú ha ayudado a promover una combinación de ese sentimiento con el antimusulmán, en ambas direcciones. El entonces socialista George Fernandes, más tarde ministro de defensa en la coalición del PPI, resumía así su posición en 1985: «El musulmán no es bien venido en las Fuerzas Armadas, porque siempre es sospechoso [...] lo queramos admitir o no, la mayoría de los indios consideran a los musulmanes una quinta columna favorable a Pakistán»¹². Es razonable suponer que una propor-

¹¹ El Informe del Comité Sunderlal de 1949 no se hizo público hasta 2013, después de una petición de un estudiante de Cambridge, Sunil Purushotham. Véase Abhirup Dam, «27,000 Massacred, Bloody Price of “Liberation”»: Hyderabad 1948», 17 de septiembre de 2015: www.thequint.com.

¹² Pranay Gupte, *Vengeance! India After the Assassination of Indira Gandhi*, Nueva York, 1985; pp. 195-196. Los asesinos de Indira Gandhi eran sijes.

ción significativa de los oficiales y soldados simpatizan desde hace tiempo con el programa *hindutva*. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, durante la campaña Ram Janmabhoomi [«el lugar del nacimiento de Rama»], en la que grupos hindúes de derechas pretendían construir un templo donde antes se situaba la antigua mezquita Babri Masjid en Ayodhya, Uttar Pradesh, afirmando que era allí donde había nacido el dios, los jefes del ejército indio dejaron bien claro que no se responsabilizarían de proteger la mezquita porque los *jawans* del ejército eran abrumadoramente hindúes y sus gritos de batalla eran invocaciones al Señor Ram (el ejército indio no mostró tales escrúpulos cuando se trató de asaltar militarmente el Templo Dorado de los *sij*s en 1984 o el santuario musulmán de Charar-e-Sharif en Cachemira en 1995¹³).

Una mentalidad similar prevalecía en otros departamentos coercitivos del Estado. Las agencias centrales de inteligencia creadas por el CNI –la Oficina de Inteligencia en 1947, la Junta Central de Investigación en 1963, el Ala de Investigación y Análisis en 1968– nunca han tenido un marco legal independiente o Carta de Deberes que las preserve de la manipulación política; la Oficina de Inteligencia, por ejemplo, ha llevado a cabo análisis y estimaciones electorales para el partido gobernante. En 2008 se creó otro organismo, la Agencia Nacional de Investigación, bajo un gobierno dirigido por el CNI, para hacer frente al «terrorismo»; hasta la fecha, sus objetivos han incluido a periodistas y adolescentes que arrojan piedras en Cachemira, así como a militantes naxalitas.

La comunalización hindú de la policía ha sido particularmente aterradora. Constitucionalmente, los gobiernos estatales han tenido la responsabilidad de mantener la ley y el orden, a menos que pidieran ayuda al gobierno central. Pero la policía estatal estaba poco entrenada, mal disciplinada y poco equipada en comparación con el Servicio de Policía Indio, bajo la jurisdicción del gobierno central. Técnicamente se suponía que este organismo debía tomar decisiones al respecto de la aplicación

¹³ Véase Omar Khalidi, *Khaki and Ethnic Violence in India*, Nueva Delhi, 2003, pp. 34-35.

de las leyes independientemente de los partidos gobernantes, durante las manifestaciones, huelgas, elecciones, disturbios, etcétera, pero los gobiernos ejercían sobre los oficiales recalci-trantes el poder de los nombramientos y transferencias¹⁴. Las actitudes comunistas han sido la regla general. Varias investigaciones oficiales, incluidas las emprendidas por la Comisión Nacional de Policía, han revelado la parcialidad de esta al actuar como una «fuerza hindú», con discriminación perceptible contra los musulmanes en el uso de la violencia, detenciones preventivas, decisiones de toque de queda y mal trato a los detenidos¹⁵. En los disturbios comunales, los hindúes ven a la policía como amigos y protectores; no así los musulmanes. Con demasiada frecuencia, la policía colabora activamente con los alborotadores¹⁶. Como consecuencia, los musulmanes que sufren los disturbios suelen preferir la intervención del ejército, sin confiar en la policía partidista y los paramilitares.

2. La hegemonía del PPI

¿Cuáles son las semejanzas y diferencias entre el modo de gobierno de Nehru y el del PPI actual? Ya se han señalado algunas continuidades. Al igual que con el CNI en su apogeo, el dominio parlamentario de Modi se basa en el sistema de elección mayoritario en los estados densamente poblados de la llanura indogangética [Bihar, Madhya Pradesh, Rajasthan y Uttar Pradesh] del norte de la India, en la que –a diferencia del sur, donde existían fuertes movimientos antibrahmínicos–, los valores, actitudes y prácticas brahminizados y de

¹⁴ Según un antiguo subinspector general de la Policía, «ningún disturbio puede prolongarse más allá de 24 horas a menos que el Estado lo quiera»: K. S. Subramanian, *Political Violence and the Police in India*, Nueva Delhi, 2007, p. 80.

¹⁵ Las propias comisiones de investigación, creadas en su mayoría bajo el gobierno del CNI, pueden convertirse en un sustituto de la ausencia de investigación directa, detección y castigo de los culpables uniformados: Upendra Baxi, *Inhuman Wrongs and Human Rights: Unconventional Essays*, Nueva Delhi, 1994.

¹⁶ K. S. Subramanian, *Political Violence and the Police in India*, cit., pp. 49-50.

la casta superior han tenido una influencia cultural-ideológica más amplia y profunda¹⁷. Esta concentración del apoyo al PPI en los estados populosos y ricos en escaños del norte y el oeste de la India explica por qué podría asegurarse una mayoría parlamentaria absoluta con solo el 31 por 100 de los votos: en 2014 el PPI obtuvo ciento treinta y uno de los ciento cuarenta y nueve escaños correspondientes a Uttar Pradesh, Madhya Pradesh y Bihar¹⁸. Al mismo tiempo, es razonable inferir que tanto los antiguos votantes del CNI como de los partidos regionales se pasaron al PPI, al convertir a la concepción *hindutva* en una cosmovisión atractiva, especialmente entre los jóvenes y una categoría de votantes con aspiraciones caracterizados como «no ricos, no de clase media, ni por debajo de la línea de pobreza»¹⁹. Consolarse con el porcentaje relativamente bajo de los votos del PPI no sirve de mucho, especialmente porque ha aumentado espectacularmente desde 2014, asegurándose el gobierno de un solo partido en dieciséis de los veintinueve estados y gobernando en otros cuatro mediante alguna coalición (el CNI, en su periodo de apogeo, controlaba dieciocho estados).

Ideológicamente, el llamamiento de la Sangh a «fortalecer la India» representa un nacionalismo más tosco, más beligerante y exclusivista que el del CNI. El contraste con lo que China ha logrado a escala nacional, así como su creciente

¹⁷ Esas regiones fueron también la cuna de la RSS, que tenía una red bien establecida de delegaciones, cuadros y afiliados ya en 1947.

¹⁸ En comparación, el CNI obtuvo ciento noventa y siete escaños en 1989 con el 40 por 100 de los votos, y doscientos cuarenta y cuatro escaños en 1991 con el 36 por 100 de los votos. Su electorado nacionalmente disperso no podía compensar sus resultados mucho más débiles en los grandes estados.

¹⁹ Véase Ravinder Kaur, «The “Emerging” Middle Class», *Economic and Political Weekly*, 28 de junio de 2014. Kaur describe esas capas como aspirantes a la clase media, respetuosas de los líderes religiosos, consumidoras de religiosidad bien empaquetada y sabiduría filosófica-religiosa, que aprecian el atractivo de hombre fuerte de Modi y les irrita el parloteo «secular», que en su opinión ignora sus preocupaciones mientras pretende aplacar a los musulmanes. La participación de los votantes jóvenes fue más alta que la media y el PPI obtuvo la mayor proporción de votos entre las personas de 18-22 años.

estatus global, no podía sino alimentar la sensación de inferioridad relativa. A los ojos de la nueva capa de partidarios de la elite, que apoya al PPI, el CNI no había logrado construir una nación que –en virtud de su tamaño, población, recursos y una historia pasada de logros superiores a los de Occidente en términos civilizacionales–, no merecía menos. La nación india ya no debe ser debilitada por «culpables» de dentro o de fuera. Como ideología hegemónica, la forma más dura de nacionalismo hindú del PPI/Sangh está mejor equipada para pedir la subordinación a una «causa superior» y lograr así una reconciliación eficaz de intereses contrapuestos.

Partido y líder

Los contrastes más obvios con el CNI radican en el carácter organizativo del PPI y la figura de su líder nacional. Una diferencia notable con casi todos los demás partidos, incluidos el CNI y la izquierda, es que el PPI nunca ha sufrido una gran escisión, lo que prueba su disciplina y cohesión ideológica. El partido mantiene una jerarquía simplificada, en la que cada nivel toma decisiones sobre el nivel siguiente y obedece al que tiene por encima. La cúspide estatal está encabezada por Amit Shah y su camarilla; por debajo de ellos están los jefes de distrito, luego los de bloque y así sucesivamente, hasta las unidades que comprenden doce comités de pabellón. Esos comités proporcionan información sobre la composición local de castas, para ayudar a preparar los mensajes más adecuados y la movilización el día de las elecciones. El PPI también asedia a los candidatos «con probabilidades de ganar» de partidos locales que no se oponen en principio a la ideología Sangh, tentándoles mediante el cebo del dinero, las promesas de reelección y su espectacular capacidad de movilización de votantes²⁰. Pero el mayor activo del PPI sigue siendo su gran base de cuadros, que incluye soldados de infantería dispuestos a emplear la violencia si se les sugiere. El ascenso de la extrema derecha es un fenómeno mundial, pero en ninguna

²⁰ Para un informe más detallado, véase Prashant Jha, *How the PPI Wins: Inside India's Greatest Election Machine*, Nueva Delhi, 2017.

otra parte existe una fuerza como la Sangh, con una existencia ininterrumpida durante más de noventa años y una implantación amplia y profunda en la sociedad civil inigualable en cualquier otro país. El PPI y las Sangh, la familia más amplia a la que pertenece, representan una fuerza de extrema derecha con características neofascistas innegables. Además del PPI y la RSS, el VHP (Vishva Hindu Parisad, Consejo Hindú Mundial) es el otro gran organismo panhindú. Es el «señor supremo» de las actividades culturales-religiosas, con vínculos mutuamente beneficiosos con los líderes de numerosas sectas hindúes. La fuerza y el dinero del VHP ayudan a esas sectas a crecer, mejorando así el aura de sus líderes, que convocan cuando hace falta a sus devotos para apoyar campañas, programas y candidatos electorales de la Sangh²¹.

La RSS tiene alrededor de tres docenas de organizaciones subordinadas, que van desde asociaciones de exmilitares, científicos, contables, etcétera, a una de las mayores federaciones sindicales, una organización campesina, una organización de mujeres y la mayor asociación estudiantil. Tiene la mayor red de escuelas privadas del país, el Vidya Bharati, y cerca de ochocientas ONG que trabajan prestando ayuda en las áreas de asistencia en caso de catástrofes, la salud y el desarrollo²². La RSS cuenta ahora con más de cincuenta y ocho mil sucursales locales (*shakas*) que organizan reuniones diarias, semanales y mensuales de sus miembros, diferenciados por edad, profesión y niveles de motivación²³. Todo esto se mantiene ligado por cuadros experimentados de la RSS y el VHP, empleados a tiempo completo y tiempo parcial, que deben dar cuenta regularmente a sus superiores. Décadas de rutinarias actividades

²¹ El resultado es una mayor «sindicalización» del hinduismo. Véase Thomas Blom Hansen, «The Vernacularisation of Hindutva», *Contributions to Indian Sociology*, vol. 30, núm. 2, 1996.

²² Badri Narayan, «The Makeover of the RSS», *The Hindu*, 22 de diciembre de 2016. El Bajrang Dal [escuadrón de protección] de la RSS está formado por jóvenes lumpen/desempleados que atacan objetivos marcados, evitando a otros afiliados de Sangh la responsabilidad por la violencia.

²³ Vikas Pathak, «RSS reports sharp rise in shakas in 2018», *The Hindu*, 10 de marzo de 2018.

de bienestar y movilización como éstas explican cómo se ha expandido la concepción *hindutva* fuera del corazón hindi en partes del nordeste, el sur y lo que en otro tiempo fueron fortalezas de la izquierda como Tripura, Bengala Occidental y Kerala. Ocupar el gobierno central y en tantos estados significa que la Sangh atrae ahora a muchos más partidarios mediante una práctica directa de mecenazgo, al tiempo que conserva un núcleo expandido de fieles ideológicos.

Aunque la casta sigue siendo importante en la configuración de las preferencias de los votantes, la personalización de la política también es un hecho. Las encuestas de opinión muestran repetidamente que Modi es significativamente más popular que el PPI o la RSS, por no hablar de otros líderes del partido. Como líder político, Modi difícilmente podría ofrecer un contraste más marcado con la dinastía que ha gobernado el CNI. Nacido en 1950, proviene de un entorno modesto de un pequeño pueblo de Gujarat –su padre dirigía un puesto de té en la estación de ferrocarril local– y una comunidad clasificada entre las «Otras Castas Atrasadas». Comenzó a asistir a sesiones de la RSS cuando aún era un niño. A los dieciocho años abandonó el hogar de su familia y a su nueva novia, Jashodaben –el matrimonio había sido concertado cuando ambos eran niños–, aparentemente con la intención de entrar a un *ashram* [monasterio], pero fue rechazado por su falta de educación superior. Instalado en Ahmedabad, se abrió paso entre las filas de la RSS gujaratí como militante a tiempo completo, pasando a la clandestinidad durante el estado de Emergencia. En 1985 fue asignado a la organización electoral del PPI, convirtiéndose en secretario nacional del partido en 1995 y ayudando a asegurar su victoria electoral en 1999. Sin embargo, en lugar de servir en el gobierno nacional dirigido por Vajpayee y Advani, Modi superó al primer ministro del PPI en Gujarat para asumir el cargo él mismo.

La rudeza personal de Modi se hizo patente en la forma en que trataba a su esposa abandonada, a la que su gobierno le negó el pasaporte. Paradójicamente, esta misma ausencia de lazos familiares cercanos le ha dado el aura pública de un

patriota entregado, sin ninguna razón para ser personalmente corrupto²⁴. Modi siempre ha seguido un régimen de salud y yoga que le da una energía física notable para dedicarse a la política durante todo el día y gran parte de la noche. Es un hábil orador público en hindi y gujarati, pero no le gustan los interlocutores críticos o sofisticados y evita el Parlamento, donde nunca se ha sometido a sesiones abiertas de preguntas y respuestas. En comparación con Nehru o Indira Gandhi, Modi tiene una mente rígida e inflexible para la que las prescripciones de la *hindutva* son la verdad absoluta. Mantiene a distancia a los medios de comunicación: concede a sus periodistas favoritos algunas raras entrevistas en periódicos o en televisión. Modi es el único primer ministro indio que, en cuatro años, nunca ha mantenido una conferencia de prensa pública. Sin embargo, nunca antes un líder indio llenó vallas publicitarias, paradas de autobús y periódicos –en todas partes–, con su propia imagen, encabezando proclamaciones gubernamentales de todo tipo, e incluso rebajándose a obtener créditos gráficos estando presente en las inauguraciones y presentaciones de los más nimios planes gubernamentales iniciados por este o aquel ministerio, incluidos programas creados bajo los gobiernos anteriores. O bien la obsesión de Modi por sí mismo no conoce límites, o piensa que una construcción *goebbelsiana* de populismo personalizado es la receta para la longevidad política. Tampoco ningún primer ministro ha sido tan peripatético. En agosto de 2018 había visitado cincuenta y siete países en seis continentes. Esto tiene menos que ver, aparentemente, con consideraciones geopolíticas y económicas apremiantes que con el impulso de una personalidad insegura para proyectarse a sí mismo como un líder mundial.

La Oficina del Primer Ministro es muy reservada actualmente y el poder está estrechamente centralizado, aunque Modi no disfruta de la preeminencia solitaria de Nehru. En

²⁴ En la India existe una regla no escrita según la cual ni los medios de comunicación dominantes ni los líderes de los partidos de la oposición profundizarán o harán públicas la vida sexual y las debilidades personales de sus oponentes. Esa dimensión tendrá que esperar a un futuro biógrafo de Modi.

asuntos internos, los dos que cuentan son Modi y Amit Shah, actual presidente del PPI y la segunda persona más poderosa del país²⁵. En política exterior Modi confía en Ajit Doval, un antiguo jefe de la Oficina de Inteligencia con un historial de embustes y trampas en el nordeste, Myanmar y Cachemira. El único rostro sofisticado en el nivel superior del gobierno es Arun Jaitley, que lleva la cartera de finanzas y tiene una amplia red de contactos en el mundo de los medios y el sector empresarial; antiguo magistrado del Tribunal Supremo y ministro de Derecho y Justicia con Vajpayee, Jaitley también ejerce una gran influencia en el poder judicial y en un ámbito jurídico más amplio; pero no tiene una base política propia y, por lo tanto, es controlable. El vínculo entre Shah y Modi se basa en su división de responsabilidades y en que cada uno de ellos sabe demasiado sobre el otro como para arriesgarse a socavarlo. Esta personalización del poder por parte de Modi no es algo que el RSS apruebe: la organización lo es todo. Pero reconociendo que el poder del Estado es crucial para su proyecto de *hindutva*, que ha permitido al PPI ganar más terreno en la relación entre los dos, la RSS ha tenido que permanecer callada. Sin embargo, si la popularidad personal de Modi flaquea –problemas económicos, pérdidas electorales–, los cuchillos saldrán de sus vainas.

Medios e intelectuales

El gobierno de Modi no goza del mismo apoyo sin fisuras de los medios que el CNI ostentaba en su momento de apogeo. Sin embargo, se ha beneficiado de la espectacular expansión de los periódicos vernáculos y los canales de televisión en lengua no inglesa desde mediados de la década de 1980. En el norte, centro y oeste de la India, los medios impresos y electrónicos

²⁵ El mofletado Amit Shah, gujarati, catorce años más joven que Modi, fue un joven recluta de la RSS en Ahmedabad y ha estado a su lado desde la década de 1980, desempeñando doce carteras en el gobierno del estado de Gujarat, cuando Modi era primer ministro allí. Acusado de diversos negocios sucios, incluido el asesinato, Shah ha sido un estratega electoral clave para Modi y afirma haber llevado el número de miembros del PPI a más de un millón, por encima del Partido Comunista Chino.

dominantes se escribieron en hindi y, en virtud de la casta superior de sus propietarios, están ampliamente alineados con la «política hindú». Los periódicos y los canales de televisión en inglés se inclinaban tradicionalmente más hacia el CNI y, como los «brahmanes» del mundo de los medios, tenían una influencia mucho mayor de lo que su circulación y las cifras de audiencia harían pensar. Esto ha cambiado gracias a dos modificaciones clave en las relaciones de poder. Actualmente los periodistas trabajan en su mayoría con contratos de corta duración, como en otros lugares, y son más vulnerables a los caprichos políticos y las preocupaciones monetarias de los propietarios y directores, que a su vez se han subordinado más plenamente a la autoridad política. La publicidad de los organismos controlados por el gobierno central y por los gobiernos regionales constituye una importante fuente de ingresos para ellos. El gobierno del PPI está menos preocupado que el CNI por presentar una cara liberal y parece aún más decidido a microcontrolar y advertir discretamente a los periódicos y canales sobre las críticas «excesivas», retirando el apoyo financiero a los que desobedecen. Tanto el Consejo de Prensa de la India, que se supone que desempeña un papel de vigilante independiente, como el organismo responsable de la acreditación de periodistas, están ahora saturados de personas nombradas por el PPI. La *murdochización* de gran parte de los medios impresos y electrónicos es un hecho²⁶. En Estados Unidos, donde históricamente el crecimiento de las corporaciones era más independiente del poder y la generosidad del gobierno federal, los medios controlados por las corporaciones han sido mucho más críticos con Trump que sus colegas indios con Modi.

²⁶ Mukesh Ambani, el hombre más rico de la India y dueño de la mayor corporación, Reliance Industries Limited, también es el principal magnate de los medios después de adquirir el grupo de televisión Network 18, parte del grupo de periódicos Eenadu en el Sur y de poner en marcha la red móvil 4G, Jio. Para un estudio detallado, vease Paranjoy Guha Thakurta, «Future of Alternative Media», en Ashish Kothari y K. J. Joy (eds.), *Alternative Futures: India Unshackled*, Authors Upfront, Nueva Delhi, 2017. Guha Thakurta fue director del *Economic and Political Weekly*.

El PPI/RSS entró en las redes sociales mucho antes que el CNI: el PPI creó un sitio web en 1995, el CNI en 2003. Modi tenía cuentas en Facebook y en Twitter en 2009, y ahora tiene cuentas personalizadas como primer ministro, con más de cincuenta millones de seguidores en Twitter, la cifra más alta de cualquier líder político mundial; el presidente del CNI, Rahul, tiene seis millones²⁷. El RSS ayudó al PPI a establecer una gran célula de redes sociales con sus propias sucursales para el troleo organizado. Según un antiguo seguidor desilusionado, está magníficamente organizada, con técnicos pagados que reciben listas de personas para atacar y que funcionan a toda marcha durante las elecciones. Aparentemente, no existen límites financieros legales para la propaganda partidista en las redes sociales²⁸. No deja de resultar sorprendente que, comparada con la prensa escrita, la televisión y la radio —donde Modi tiene su propio programa mensual de entrevistas en los canales estatales— la contrapropaganda dirigida al PPI se pueda hacer a muy bajo coste en las redes sociales.

Curiosamente, durante los últimos quince años el PPI/Sangh ha adquirido lo que el CNI siempre tuvo, esto es, un grupo sustancial de comentaristas, expertos en políticas públicas e ideólogos muy elocuentes en lengua inglesa. ¿Cómo y por qué sucedió esto? Se basó en parte en el «sentido común» hindú existente sobre la relación hindú-musulmana, en condiciones en que un límite de identidad «borroso», que había persistido durante siglos de coexistencia básicamente funcional de trabajo e intercambio, se vio endurecido por la partición. Dadas las circunstancias apropiadas, los prejuicios pasados y presentes podrían traducirse más fácilmente en el nacionalismo beligerante del *rashtra* o nación hindú, lo que habría sido mucho más difícil de creer, por no hablar de

²⁷ Times News Network, «Amit Shah most followed Indian politician after PM on Twitter», *The Times of India*, 7 de marzo de 2018. En septiembre de 2016 más de 367 millones de indios tenían conexión a Internet. Véase Aarati Krishnan, «How many Indians have Internet?», *The Hindu*, 26 de marzo de 2017.

²⁸ Swati Chaturvedi, *I am a Troll: Inside the secret world of the PPI's digital army*, Nueva Delhi, 2016.

intentar materializar si el país no hubiera sido dividido, con la mitad de su población musulmana trasladada a Pakistán. El hecho clave es que esa capa de la *intelligentsia* ha aceptado la versión de la Sangh de lo que se requiere para «fortalecer la India». Al mismo tiempo, varios intelectuales liberales destacados que acogieron con cautela el ascenso de Modi en 2014, creyendo que las demandas del gobierno moderarían el comportamiento del PPI, ahora se han convertido en opositores, consternados por la indiferencia de Modi hacia su «visión de la India». Un clima de miedo más general, al que se suman niveles altos de abuso público y hostigamiento legal de disidentes y ONG liberales, ha promovido una mayor autocensura y conformismo político, aunque a disgusto.

Hegemonizar la cultura y la enseñanza pública siempre ha sido objetivo prioritario de la Sangh. En los gobiernos de coalición de 1977-1980 y 1998-2004, sus líderes se esforzaron arduamente por el control de los ministerios de Información y Radiodifusión y de Desarrollo de Recursos Humanos. Desde que gobierna en solitario, el PPI ha acelerado y ampliado el proceso poniendo a su gente a la cabeza de universidades nacionales y estatales, centros de investigación, institutos técnicos, comités de textos escolares, academias culturales, archivos, juntas de censura, etcétera. El CNI ya intentó, por supuesto, bloquear el nombramiento de marxistas de mentalidad independiente para esos cuerpos durante las décadas de 1950 y 1960, pero entonces solía hacerse a escondidas, confiando en la afinidad ideológica ampliamente compartida y sin recurrir a una intervención política activa. Hoy día la manipulación abierta –o el incumplimiento flagrante de las reglas existentes– para situar al personal docente ideológicamente leal en las universidades nacionales, ha alcanzado nuevos niveles. La Universidad Jawaharlal Nehru –cuyas facultades de Ciencias Sociales y Humanidades se convirtieron en el principal campo de entrenamiento para intelectuales liberales e izquierdistas– ha sufrido serios reveses producidos por el asalto aprobado por el gobierno central a sus normas de reclutamiento, investigación y enseñanza, a pesar de la valiente resistencia de muchos profesores y estudiantes. El PPI también tiene como objetivo

reemplazar (empleando si es preciso el soborno) a la Comisión de Becas Universitarias, encargada de la supervisión nacional de más de ochocientas universidades y cuarenta mil facultades. Una nueva Comisión de Educación Superior, controlada por el gobierno central, se concentrará en establecer estándares académicos «uniformes», que es como se denomina la agenda de la *hindutva*. El incumplimiento conllevará penalizaciones, y los nuevos cursos requerirán autorización previa. Entretanto, los recortes de fondos llevarán a las instituciones públicas a la privatización²⁹. La manipulación por el CNI de la educación superior fue, en comparación, más ocasional y delimitada.

Continúa coerción

Tanto el CNI como el PPI han tratado de aplastar la insurgencia maoísta. Manmohan Singh, el último primer ministro del CNI, dijo que era la amenaza más grave para la seguridad interna, muy por encima de las propuestas derivadas de la *hindutva*. De manera similar, en Cachemira y el nordeste, el PPI ha mantenido el programa de represión heredado del CNI, dirigido a mantener el control político y la unidad territorial sin importar el coste humano. El PPI ha añadido además un componente ideológico adicional de odio hacia los musulmanes y ha intensificado las amenazas del CNI de «darle una lección a Pakistán». De ahí la deliberada publicidad del gobierno de Modi sobre las incursiones periódicas y los disparos transfronterizos en los que ambas partes han participado desde hace tiempo. Es una estratagema deliberada para despertar la ira de la opinión pública en el país y presentar a las fuerzas de la *hindutva* como las protectoras más resueltas del orgullo y el honor nacional. Naturalmente, los que más sufren son los habitantes musulmanes del Valle de Cachemira, donde las fuerzas de seguridad indias concentran sus ataques contra los jóvenes. El CNI de Nehru ya había promulgado leyes cuasi coloniales que otorgaban inmunidad al personal armado en esas regiones, sin importar cuán cruel o despiadadamente se comportaran con la

²⁹ Véase el número especial de *Frontline*, «Higher Education in Peril», agosto de 2018.

gente de allí. Pero durante los últimos años el ejército indio en Cachemira ha intensificado el uso indiscriminado a gran escala de pistolas de perdigones, disparando a la cara a los manifestantes y transeúntes por igual, con miles de personas parciales o totalmente ciegas y desfiguradas. Los militares también han abierto fuego real contra ciudadanos que protestaban y arrojaban piedras, estos últimos rutinariamente designados como aliados de «terroristas» y, por lo tanto, justificadamente atacados de una manera despiadada e inhumana. El alto mando del Ejército se ha envalentonado al expresar sus prejuicios políticos. El actual Jefe de Estado Mayor del Ejército, el General Rawat, ha proclamado que una organización predominantemente musulmana en Assam, el Frente Democrático Unido de toda la India (AIUDF), ha crecido más rápidamente que el PPI en virtud de la «inmigración planificada» desde Bangladesh. El General V. K. Singh, actual Ministro de Defensa y antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército, se unió al PPI pocos años después de retirarse del Ejército y se puso el uniforme completo de la RSS cuando lo invitaron a una de sus sesiones³⁰.

Los disturbios comunales han sido una característica recurrente en la India bajo gobiernos estatales de todos los colores, salvo los de la izquierda. La abrumadora mayoría de las víctimas han sido musulmanes, aunque hasta el momento ninguno ha superado la escala de las masacres de 1948 en Hyderabad. El pogromo de 2002 en Gujarat, sin embargo, estableció dos nuevos precedentes. Por primera vez hubo ataques generalizados contra los musulmanes en las aldeas, y un gran número de *dalits*, tribales y mujeres tomaron parte en ellos. Este patrón se ha repetido posteriormente. No son brotes aleatorios de violencia, sino asaltos decididos

³⁰ Véase «Assam Up in Arms as Army Chief Wades into Political Territory», *The Wire*, 28 de febrero de 2018; «Olive green former Army Chief Gen. V. K. Singh dons RSS Uniform», *The National Herald*, 2 de marzo de 2018. Durante el primer gobierno dirigido por el PPI y presidido por Vajpayee, exmilitares, incluidos generales retirados, fueron sistemáticamente reclutados para el partido, algo que nunca antes había sucedido a tal escala. En ámbitos privados, el cuerpo de oficiales ahora expresa sin restricciones sus prejuicios antimusulmanes.

políticamente por la Sangh en su momento y propósito. Desde el punto de vista psicológico, la participación de sectores de la población subordinados y marginales como las mujeres, los *dalits* y los tribales ha demostrado ser una forma degradada de «empoderamiento», que sirve para resaltar las identidades hindúes y musulmanas al enmascarar las diferencias de casta y género mediante la práctica colectiva de la violencia. Los disturbios episódicos a esa escala requieren un desencadenante y cierto grado de preparación previa. Durante los últimos cuatro años se han complementado con ataques rutinarios a escala local contra musulmanes individuales por parte de grupos de «hindúes indignados» en nombre de la protección de las vacas, o la sospecha de ser inmigrantes ilegales, u otras razones inventadas, incluyendo simplemente ser musulmán³¹. Los culpables en su mayoría escapan sin ser siquiera acusados, mientras que los líderes principales involucrados en disturbios a gran escala han visto suspendida su condena³². El resultado es una sensación más amplia de inseguridad entre los musulmanes debido a la banalización

³¹ Según el sitio web *Indiaspend*, entre 2010 y 2017 hubo sesenta y tres incidentes violentos relacionados con las vacas que provocaron veintiocho muertes. Los años 2014-2017 copaban el 97 por 100 de estos incidentes y el 86 por 100 de los muertos eran musulmanes.

³² Para dar algunos ejemplos: un subinspector general de la Policía en Gujarat, D. G. Vanzara, acusado en 2007 por organizar falsas «muertes en enfrentamientos» —cuando la policía dispara a quemarropa, supuestamente en defensa propia— fue liberado bajo fianza en 2015 y sus cargos fueron desestimados en 2017. Se retiraron las acusaciones contra Amit Shah por su participación en esos mismos asesinatos cuando el PPI ganó las elecciones de 2014. Las acusaciones contra la predicadora femenina de la Sangh, Sadhvi Pragya Thakur, relacionadas con la explosión de una bomba en 2006 en la ciudad de Malegaon, de mayoría musulmana, fueron retiradas por la Agencia Nacional de Investigación en 2016, mientras que su supuesto cómplice, el teniente coronel S. K. Purohit, fue puesto en libertad bajo fianza en 2017. En abril de 2018, la Agencia Nacional de Investigación retiró la acusación contra los cinco sospechosos de un atentado cometido en 2007 en una famosa mezquita de Hyderabad, que causó la muerte de nueve musulmanes e hirió a otros cincuenta y ocho durante las oraciones del viernes. Rohini Sailan, una fiscal especial en este caso (que luego se retiró) declaró públicamente que había sido presionada para «ir despacio» en la investigación del caso.

de la violencia cotidiana. El éxito propagandístico no radica tanto en que los hindúes odien a los musulmanes –la mayoría probablemente sea indiferente a su difícil situación–, sino en calificar la condición musulmana actual como «apaciguamiento de las minorías», lo cual desvía la atención de los problemas de la mayoría hindú.

Instituciones

Si el «sentido común» con el que ven el mundo las Fuerzas Armadas y la Policía de la India ha sido durante mucho tiempo una variante dura del nacionalismo hindú, ¿qué se puede decir de las demás instituciones nacionales? El funcionariado indio fue entrenado desde el principio para obedecer a sus amos políticos. Ideológicamente, para la Sangh, cuanto más comprometidos estén los altos cargos burocráticos con la concepción de la *hindutva*, mejor: ahora hay una propuesta oficial para permitir el ingreso lateral a los principales puestos administrativos de personas externas seleccionadas por el gobierno. Que los tres principales cargos constitucionales –primer ministro, presidente, vicepresidente, con todos sus poderes asociados– estén ahora ocupados por antiguos cuadros de la RSS ciertamente ayuda. Más allá de esto, el gobierno de Modi pretende hacerse también con los dos organismos que hasta ahora han sido más independientes del ejecutivo: la Comisión Electoral –funcionarios que viajan por el país en época electoral, estado por estado, organizando y supervisando los procesos de votación– y el poder judicial. Para el primero, el PPI planea introducir «bonos» electorales que los grandes donantes pueden comprar para la financiación política. Los nombres y las sumas involucradas se mantendrían en secreto, conocidos únicamente por los bancos estatales que crearon los bonos –y, por lo tanto, por el gobierno– y supondrían así una gran plataforma para el poder del dinero en las elecciones.

La reputación de India como la «mayor democracia del mundo» es altamente discutible: sus estructuras macroelectorales han perdurado pero están sustancialmente vacías y, en cualquier caso, producen distorsiones brutales de la voluntad

popular con el sistema mayoritario; en los niveles intermedio e inferior hay tanta violencia que la etiqueta de «derechos democráticos» apenas se justifica. Sin embargo, a pesar de los casos de expolio y manipulación de cabinas de votación electrónica desde su reciente incorporación, un aspecto crucial del funcionamiento democrático es que realmente no ha habido motivos para discutir los resultados finales en elecciones generales y estatales, aunque los márgenes de victoria puedan ser cuestionables. Tanto el PPI como el CNI, con todos los recursos a su disposición desde los puestos ocupados y con la confianza en volver al poder, han sufrido derrotas imprevistas en las elecciones, algo que hay que reconocer a la Comisión Electoral; todavía está por ver, no obstante, cuánto tiempo se mantendrá en su forma actual.

Obviamente, el PPI no tiene ninguna intención de deshacerse del sistema electoral. Que el partido esté invirtiendo tanto esfuerzo en la construcción de su formidable maquinaria de movilización de votos, que Modi pase mucho más tiempo que cualquier otro primer ministro anterior en campaña, y que tanta energía se destine a la exploración de datos para respaldar los mensajes a través de los medios y las campañas personalizadas, cara a cara, deberían ser prueba suficiente. El PPI quiere la legitimidad proporcionada por las elecciones, y es poco probable que Modi imponga un periodo de «emergencia» semejante al de Indira Gandhi. El objetivo no es erradicar esa dimensión clave de un sistema liberal-democrático, sino seguir explotando el ideal legitimador del «gobierno de la mayoría» como base para construir un *rashtra* [nacionalismo] hindú que priorice los «intereses hindúes». Desde ese punto de vista, las minorías, los musulmanes en particular, deben aceptar el hecho de que viven en una «India hindú» –cada vez más fuerte en ese sentido como nación cultural y política– o afrontar las consecuencias.

Durante los últimos cincuenta años, el Tribunal Supremo indio se ha postrado con demasiada frecuencia ante los dictados y las presiones del gobierno. A diferencia del sistema estadounidense, que otorga a los altos tribunales estatales

una mayor independencia para cuestionar las sentencias del Tribunal Supremo –permitiendo actualmente un grado significativo de resistencia contra las directivas de Trump–, el Tribunal Supremo indio es uno de los más poderosos del mundo y simplemente desautoriza a los tribunales estatales, para lo bueno y para lo malo. En consecuencia, el gobierno no tiene que preocuparse demasiado por los tribunales inferiores; la cúspide del sistema es el objetivo clave. Absolutamente postrado durante el estado de emergencia del CNI en la década de 1970, el Tribunal Supremo se endureció un tanto en la siguiente, pero desde los años noventa se ha adaptado a las perspectivas del régimen en el gobierno de la nación, especialmente con respecto a asuntos comunales como la demolición de Babri Masjid en 1992. Después de su destrucción, la devolución del área a los propietarios legítimos de la mezquita, por la Junta Sunni Wakf, primero se retrasó y luego se derogó cuando un alto tribunal de Allahabad dictaminó que se debía dividir entre tres demandantes, dos de ellos hindúes. Ese fallo se ha recurrido ahora ante el Tribunal Supremo para su decisión final; un antiguo presidente del Tribunal Supremo, J. S. Khehar, ha sugerido de hecho que mediaría en un acuerdo extrajudicial entre los representantes de la mezquita y los asaltantes.

El Tribunal Supremo ha demostrado ser más duro en la defensa de sus propios privilegios. Hasta el momento ha rechazado los intentos de los gobiernos del CNI y el PPI de otorgar poder de veto al Ejecutivo sobre el nombramiento de jueces de alto rango, cuya selección queda reservada al Colegio del Tribunal Supremo. En 2017 el gobierno de Modi negoció el derecho a vetar un nombramiento por razones de «seguridad nacional», sobre la base de una objeción por escrito. Logró que el Tribunal Supremo y todos los tribunales superiores compilaran bases de datos sobre los jueces y ahora supuestamente «ayuda» a concertar nombramientos, aunque esto se ha estancado durante más de un año porque el gobierno aún no ha aprobado el Memorándum de Procedimiento, que detalla los procedimientos administrativos para los nombramientos. Entretanto, el actual presidente del Tribunal

Supremo, Dipak Misra, ha sido acusado de adquirir tierras con una falsa declaración jurada cuando era abogado y de no haberse abstenido en un caso en el Tribunal Supremo en el que anteriormente había participado, fallando en favor de dos jueces del Tribunal Supremo que estaban siendo investigados por posible cohecho³³. En enero de 2018 los siguientes cuatro jueces de alto rango dieron una conferencia de prensa criticando a Misra por no atender sus quejas, particularmente con respecto a la asignación de casos delicados a jueces de menor rango, sin tener en cuenta la antigüedad o la experiencia y violando normas y procedimientos pasados, de lo que se deducía que Misra se estaba acomodando a los deseos de Shah y Modi; su historial como juez y abogado ciertamente lo haría vulnerable a tales presiones. Este Tribunal Supremo, pues, es la frágil salvaguardia de los derechos y la fuente de cualquier resistencia legal a la concepción y práctica de la *hindutva*. Contra el gobierno de Modi ha reconocido por primera vez explícitamente la privacidad como un derecho fundamental. Sigue siendo el único intérprete de la «estructura básica» de la Constitución, un obstáculo para los esfuerzos de la Sangh por derogar el Artículo 370, otorgar «autonomía» a Cachemira o dotar al hinduismo de un estatus especial, independientemente de si se quita o no la palabra «secular» del Preámbulo. Para tales cambios, el PPI requiere una mayoría de dos tercios en ambas cámaras del Parlamento, algo que todavía no parece que tenga a su alcance.

En resumen: hay algunas similitudes sorprendentes entre las dos hegemonías. Ambas han obtenido su apoyo de los poderosos estados del núcleo hindi, amplificadas por el sistema electoral mayoritario. Ambos han dominado en su momento el paisaje político nacional, sin que se lo disputara ningún partido rival significativo, a diferencia del sistema

³³ En marzo de 2018 los parlamentarios del CNI hicieron circular una moción de destitución pidiendo una investigación sobre la «mala conducta» de Misra; pero fue descartada por el jefe de la Rajya Sabha, a pesar de las abundantes pruebas de irregularidades, y el CNI acabó retirando la moción. Véase el informe de la demanda de Aditya A. K. en el sitio web de *Bar & Bench*, 29 de marzo de 2018.

bipartidista en Estados Unidos, por ejemplo. Ambos han contado con líderes carismáticos, que reclamaban un derecho especial a liderar la India: Nehru, por su papel en el movimiento independentista y por su estatus social; Modi, por su devoción aparentemente patriótica a la causa de fortalecer a la India. Para ambos, los principales enemigos han sido China y Pakistán. Ambos han utilizado una fuerza aplastante para imponer el control nacional sobre regiones fronterizas rebeldes. En ocasiones, ambos permitieron que los pogromos contra musulmanes quedaran impunes. Los dos poderes hegemónicos han explotado los servicios de inteligencia y se han servido del poder judicial para sus propios fines políticos. Ambos han tenido lazos estrechos con el gran capital. Ambos han sido festejados en Occidente. Sin embargo, también hay fuertes contrastes entre ellos, divergencias tanto en el estilo como en la época. Desde el punto de vista del liderazgo, la dinastía Nehru-Gandhi, aristocrática, anglófona y emparentada con la elite, estaba a años luz de distancia de la piedad plebeya de Modi, quien se encuentra más a gusto hablando hindi o gujarati. Para los mecanismos de mediación y la participación electoral, el CNI se basaba en las relaciones tradicionales de deferencia y dependencia, especialmente en el campo; el PPI, en la movilización de cuadros, las redes sociales y una base social asentada en las clases social y educativamente atrasadas, que aspiran a la mejora de su situación. El uso de la ideología religiosa por el CNI estaba latente; el del PPI es agresivo y abierto. Otras diferencias se refieren al cambio de contexto global: el enemigo interno principal para el CNI era el comunismo; para el PPI, es el islam. La política exterior de Nehru se basó en el no alineamiento (matizado); la de Modi, en una estrecha alianza con Estados Unidos contra China.

3. Dinámica del interregno

¿Qué características del largo interregno que sucedió al periodo de apogeo del CNI alimentaron el ascenso del PPI? Hay dos sobresalientes: en primer lugar, el fracaso del

desarrollismo del CNI para elevar el nivel de vida de las masas –la evidencia condenatoria de los resultados conseguidos por este en cuanto a alfabetización y atención médica primaria en las aldeas, así como en lo que se refiere al suministro de agua, saneamiento, electrificación, carreteras– y el desplazamiento paulatino hacia políticas cada vez más neoliberales como solución, producía tensiones sociales para las que el CNI no podría ofrecer una fórmula hegemónica persuasiva. Dicho con otras palabras, el CNI introdujo la agitación pero se mostró incapaz de manejar el torbellino que resultó entre las diferentes fracciones del capital, una de las tareas clave de un poder hegemónico capitalista. La década de 1980 resultó crítica³⁴. Indira Gandhi, de vuelta al puesto de primera ministra después del colapso del gobierno del partido Janata (1977-1979) que siguió al periodo de Emergencia, y aún más su hijo Rajiv, después de su asesinato en 1984, pasaron del dirigismo a la desregulación (para el capital nacional e internacional) y la represión (para los trabajadores). En varias etapas sucesivas, el CNI eliminó las restricciones que pesaban sobre el capital, impulsó la «desregulación» en el sector público para permitir la penetración del capital privado, introdujo concesiones fiscales para las empresas y los grupos de mayores ingresos, liberalizó la importación de maquinaria y bienes de consumo, recortó los subsidios para los planes de distribución pública y promulgó leyes para reprimir las huelgas, las ralentizaciones y las huelgas de celo³⁵. Políticamente, el CNI se desplazó hacia una asociación más estrecha con los sectores más modernos de la gran empresa orientados a la exportación y capaces de competir con más éxito en el entorno desregulado que estaba creando.

³⁴ Tácticamente, fue el periodo de emergencia de Indira Gandhi (1975-1977) el que le dio a la Jan Sangh, precursor del PPI, su plataforma de lanzamiento a la política nacional, cuando se unió a la coalición de grupos de oposición bajo la dirección de Morarji Desai.

³⁵ Atul Kohli, «Politics of Economic Growth in India, 1980-2005: Part I», *Economic and Political Weekly*, 8 de abril de 2006.

Un vacío posestatista

Socialmente, no obstante, la inversión intensiva en capital significó una menor absorción de empleo y crecientes desigualdades, lo que condujo a mayores frustraciones de los trabajadores. El capital agrario, especialmente en el sur y el oeste, se sentía abandonado por el CNI, mientras que los negocios que se habían beneficiado más de la industrialización por sustitución de importaciones se inquietaban por la afluencia de bienes extranjeros baratos. Esos múltiples descontentos se manifestaron en el vacío ideológico que siguió a la muerte del consenso desarrollista de Nehru. Los resultados políticos fueron, por lo tanto, desiguales. Inicialmente, los principales beneficiarios del declive electoral del CNI fueron las fuerzas regionales, respaldadas por enormes grupos de presión agrícolas, cuyos dirigentes provenían en gran parte, aunque no exclusivamente, de las castas superiores no brahmanes y de los niveles más altos de las «castas retrasadas», contando con el apoyo de un estrato mucho mayor de campesinos medios procedentes de los rangos bajos de esas castas, que aspiraban a mejorar su situación. El capital agrario, existente y ascendente, trató de usar su capacidad para movilizar el apoyo masivo de los votantes para potenciar a los gobiernos provinciales y aumentar su poder relativo frente al capital industrial y urbano. Este fue el periodo efímero de «Bharat» –el nombre sánscrito original del subcontinente– frente a la «India» (el nombre aplicado originalmente al valle del Indo)³⁶.

En aquel momento muchos vieron el declive del CNI como el comienzo de un «segundo resurgimiento democrático», una especie de mayoría de edad presidida por la tercera generación después de la independencia. La asertividad recién descubierta de las castas inferiores y «otras castas atrasadas», junto con la aparición de los partidos *dalit* regionales, era claramente un avance democrático en un país que había sido gobernado

³⁶ En *The Painful Transition* (1990) tomé prestado el término de Stuart Hall «democracia autoritaria» para describir la dinámica de la política india durante la década de 1980 y el riesgo de que el equilibrio entre ambos componentes fuera a peor.

desde la independencia por una familia brahmán de Uttar Pradesh. La inmensa diversidad de la India se expresaría ahora en la «regionalización» de la política, incluso a escala nacional, haciendo que el gobierno central tuviera que responder mejor a las necesidades públicas de todo el país, incluso si el precio a pagar por ello fuera una carrera inevitable de gobiernos de coalición efímeros. Lo que desde ese punto de vista optimista no se podía ver era, primero, que la política de la afirmación de identidad de casta podía promover variantes más duras del nacionalismo hindú; y segundo, hasta qué punto las tensiones y los descontentos socioeconómicos estaban creando un terreno político fértil para el PPI/Sangh. Así, a finales de la década de 1980, la presión electoral había aumentado sobre el CNI, a medida que subían en las encuestas todos los partidos de oposición: el Janata Dal de V. P. Singh, el PCI-M (desde su base en Bengala Occidental), el PPI y otros³⁷. Fue en ese momento cuando el PPI lanzó su espectacular campaña Ram Janmabhoomi [El lugar del nacimiento de Rama].

La respuesta del CNI a este repunte de la militancia nacionalista-hindú solo sirvió para despejar el camino al PPI. Indira Gandhi, a su regreso en 1980 del desierto posterior al estado de emergencia, había alentado a los seguidores de la RSS y de la Sangh a apoyarla, ampliando así su base electoral, en un momento en que se oponía a la militancia *sij* separatista y la Jana Sangh se estaba remodelando como PPI. Su hijo Rajiv intentó obtener un apoyo masivo jugando las dos cartas religiosas gemelas de apaciguar a las fuerzas comunales hindúes y musulmanas. Primero sostuvo la Ley Personal Musulmana, promulgando leyes para revocar el veredicto del Tribunal Supremo, que obligaba a los maridos a proporcionar manutención a las esposas de las que se habían divorciado. Luego, para contrarrestar las acusaciones de «apaciguamiento

³⁷ V. P. Singh fue un exministro del CNI expulsado por Rajiv Gandhi por poner al descubierto las relaciones sumamente corruptas entre los líderes del CNI y los fabricantes internacionales de armas (el escándalo Bofors). Dirigió una coalición de partidos de oposición más pequeños, el Frente Nacional, que gobernó con el apoyo externo y condicional de la izquierda y el PPI de 1989 a 1991.

musulmán», ordenó la apertura de las puertas cerradas de la mezquita de Babri en Ayodhya, permitiendo el culto hindú a las figuras de Rama que se habían introducido allí ilegalmente en 1949. Esto proporcionó un enorme empuje a la consolidación del Movimiento Ayodhya. El CNI mantuvo la misma línea después del asesinato de Rajiv en 1991: por temor a ofender al «sentimiento hindú», el primer ministro del CNI, Narasimha Rao, no hizo nada para detener la campaña que iba a desafiar impunemente la Constitución al demoler la Mezquita Babri en Ayodhya en 1992, demostrando la soberanía de facto de las fuerzas de la *hindutva* en su desafío a la ley. Al mismo tiempo, el ministro de Finanzas del CNI, Manmohan Singh, aceleró el giro al neoliberalismo invocando la presión del FMI. La desregulación del mercado, la liberalización externa, la reforma financiera, una mayor movilidad del capital y un régimen laboral más severo se fueron encadenando sin interrupción. La incapacidad del CNI para manejar las tensiones que esto creó ofreció nuevas oportunidades para que otro poder hegemónico potencial se expandiera y ejerciera mayor influencia nacional.

Nuevo panhinduismo

El segundo factor clave durante el periodo de interregno fue la capacidad del PPI de reconfigurarse para el gobierno burgués, o si se prefiere, la habilidad de la Sangh para reconfigurar el PPI, sabiendo que éste solo podía aspirar a una mayor influencia nacional si apartaba, o al menos moderaba en gran medida, su coraza ideológica nacionalista hindú de línea dura, que inevitablemente alejaba a los bloques electorales numéricamente considerables de los indios *dalit* y de las castas bajas. Pero en lugar de eso, el PPI logró ajustar su fórmula de clase manteniendo intacto su mensaje ideológico; de hecho, intensificándolo, con una serie de procesiones, campañas y peregrinaciones político-religiosas, movilizando los carros dorados, los reyes guerreros y la excitante banda sonora del Ramayana, en sus innumerables versiones de cine y televisión, con el efecto previsto. La creciente asertividad de las «castas retrasadas» y los *dalits* obstaculizó temporalmente a la Sangh, pero las lecciones se aprendieron rápidamente. Aunque al

principio se opuso a la discriminación positiva –las reservas para las «castas retrasadas» en la enseñanza y en los puestos para el gobierno central–, acabó aceptándola. Mientras tanto, los espectáculos Hindutva generalmente se celebraban con la aprobación, y a menudo la participación masiva, de sectores de las «castas retrasadas». Aunque todavía apoyaban sus propios vehículos políticos –a menudo partidos regionales–, muchos respondían a la invitación a buscar excitación emocional y movilidad cultural a través de la identificación con una comunidad hindú cada vez más amplia, transformada a su vez en el bloque más monolítico que la historiadora Romila Thapar ha descrito como «hinduismo sindicado»³⁸.

El éxito de la campaña del PPI fue evidente en tan solo dos años. En 1996 los partidos regionales rechazaron la perspectiva de formar una coalición con el PPI, que, aunque era el mayor partido del Lok Sabha, solo pudo gobernar durante trece días. En 1998 esos partidos habían abandonado sus pretensiones de secularismo, que tampoco eran tan profundas, y se unieron al PPI para configurar esa alianza. La continua *hinduización* de las «castas retrasadas» permitió al PPI penetrar en las bases sociales y electorales de los partidos regionales, particularmente en la mitad norte del país. Al mismo tiempo expandió su apoyo entre el 15-20 por 100 mejor situado de la población. El capital corporativo buscaba un partido nacional alternativo para proteger y promover sus intereses, dadas las vicisitudes del CNI. Si el neoliberalismo refleja una tendencia global en la formulación de políticas económicas, solo puede estabilizarse en un país determinado mediante un cambio correspondiente en la política y la ideología que, para ser sostenible, debe poder expresar las especificidades nacionales. La obtención de beneficios es primordial: el capital indio siempre busca la estabilidad política interna. En poco tiempo, el PPI abandonó su viejo bagaje ideológico de nacionalismo económico, con solo débiles murmullos de desacuerdo por parte de una pequeña sección de la Sangh.

³⁸ Véase «Syndicated Hinduism» en Romila Thapar, *The Historian and Her Craft: Collected Essays and Lectures*, vol. 4, Nueva Delhi, 2017.

Los dos primeros gobiernos de coalición liderados por el PPI en 1998-1999 y 1999-2004, bajo la dirección de Vajpayee, reforzaron el alcance hegemónico de la Sangh. Vajpayee y Advani, su número dos, colocaron a sus burócratas favoritos en los puestos clave y comenzaron el proceso de sometimiento del sistema educativo a los criterios del PPI. Las madrasas musulmanas fueron señaladas como potenciales caldos de cultivo para los terroristas pro pakistaníes, justificando un control oficial más estrecho, mientras que las milicias de la Sangh llevaron a cabo ataques dispersos contra madrasas, *dargahsas* y mezquitas. Los recursos del gobierno central se desviaron a las sucursales y ONG afines a la *hindu-tva*. Sorprendentemente, ninguno de los socios de coalición del PPI se opuso a las pruebas nucleares de mayo de 1998, cuando Vajpayee declaró a la India como potencia atómica. Salvo la izquierda, todos los demás partidos, incluido el CNI, respaldaron la bomba en nombre de una India más fuerte. La segunda prueba vino con el pogromo de Gujarat en 2002: lo que marcó este hecho como un punto de inflexión ideológico fue que ninguno de los aliados del PPI, a pesar de todas sus críticas malhumoradas, estaba dispuesto a derribar al gobierno. El mensaje para los partidarios hindúes de esos partidos regionales era respaldar la sugerencia del PPI de que los musulmanes podían haber «merecido» su destino –por lo tanto, no habría represalias gubernamentales contra las turbas hindúes atacantes– y que había, por consiguiente, un mérito implícito en la afirmación de la Sangh de que el «apagamiento musulmán» había ido demasiado lejos.

Si el PPI cayó en 2004, no se debió a ninguna desilusión con su ideología, aunque algunos quedaron desconcertados por lo sucedido en Gujarat, sino a su historial económico: los logros de la «India brillante» fueron a parar principalmente a la clase media urbana. Más importante, sin embargo, fue el hecho de que el CNI pudiera establecer una alianza con partidos regionales descontentos³⁹. Las coaliciones lideradas por

³⁹ De hecho, el voto del PPI solo disminuyó del 24 al 22 por 100 entre 1999 y 2004, mientras que sus escaños cayeron de ciento ochenta y

el CNI bajo el mandato de Manmohan Singh se mantuvieron durante dos legislaturas, hasta 2014, fomentando ilusiones sobre la incompatibilidad básica entre la heterogeneidad india y la homogeneidad de la *hindutva*. Pero una de las principales razones por las que el CNI volvió a ganar en 2009 –su voto aumentó un modesto 2 por 100, obteniendo sesenta y un escaños adicionales– fue su presentación de la «Ley de Garantía Nacional de Empleo Rural» de mayores dimensiones del mundo. Esto se debió a la presión combinada de las organizaciones de la sociedad civil, que redactaron la ley, y los partidos de izquierda, que la apoyaron desde fuera del gobierno. Por modesto que sea su impacto sobre el terreno, esa ley proporcionó ingresos (especialmente para las mujeres rurales), elevó los salarios medios en el campo y, junto con la construcción de carreteras y otros proyectos de infraestructuras, produjo algunas mejoras. Después de 2009, no obstante, el impulso que animaba la ley disminuyó. La alta inflación y la corrupción del CNI ayudaron a desacreditar a la coalición gobernante y proporcionaron municiones para las campañas de las redes sociales del PPI/RSS dirigidas a los cien millones de votantes primerizos en las elecciones de 2014. En septiembre de 2013, después de muchas maniobras en la trastienda con la RSS, Modi fue proclamado candidato a primer ministro por el PPI, apartando a Vajpayee y Advani. Su abrumadora victoria en mayo de 2014 parece haber dado al traste con la idea de que en la India se estaba desarrollando un sistema bipartidista estable.

4. ¿Y ahora, qué?

Con las próximas elecciones a apenas nueve meses de distancia, el PPI/Sangh tiene claros sus planes a corto y largo plazo: durante los próximos cinco años espera consolidar su hegemonía, para ser –como alguna vez lo fue el CNI– el único actor nacional alrededor del cual puede unirse la clase dominante. Por

dos a ciento treinta y ocho. Los votos recogidos por el CNI en realidad disminuyeron del 28 al 27 por 100, mientras que el número de sus escaños aumentó de ciento catorce a ciento cuarenta y cinco, gracias a las distorsiones del sistema electoral mayoritario.

su parte, la oposición no puede pensar más allá de las próximas elecciones. Como siempre, la principal debilidad para un partido en el poder en la India es el estado de la economía. Los problemas son estructurales y son muy anteriores a Modi. A pesar del crecimiento promedio anual de alrededor del 7 por 100, la pobreza masiva persiste y la tasa de absorción del empleo es miserablemente baja, mientras que las desigualdades de ingresos y riqueza se acumulan. La pobreza absoluta ronda el 30 por 100, pero cuando se tienen en cuenta las evaluaciones de costes de necesidades básicas como la educación, la atención sanitaria, la vivienda y la seguridad social, otro 40 por 100 cae en la categoría de «pobres vulnerables», para quienes el impacto de una mala cosecha, una alta inflación o una enfermedad familiar pueden causar estragos. El patrón ha empeorado, burlándose del eslogan de Modi de que vienen *acche din* [buenos días]. Tal vez por primera vez desde la independencia, el empleo total cayó entre 2013-14 y 2015-2016⁴⁰. En noviembre de 2016, el buque insignia de la política de desmonetización de Modi –los billetes de 500 y 1.000 rupias (7 y 14 dólares) se cancelaron de la noche a la mañana y tuvieron que depositarse en bancos, en un intento de tomar medidas enérgicas contra la economía sumergida– tuvo éxito por un tiempo aumentando su prestigio como luchador, inspirado por criterios de clase, en pro de los pobres no corruptos. Pero también se debió en parte a una continua desaceleración económica durante siete trimestres consecutivos transcurridos entre enero de 2016 y septiembre de 2017, que elevó los costes para los agricultores mientras sus ingresos se estancaban, al igual que los salarios rurales. El sector empresarial o el capital internacional tampoco han obtenido las concesiones que deseaban de Modi, como las privatizaciones aceleradas de

⁴⁰ El empleo total cayó 31 0,4 por 100, de 480,4 millones a 467,6 millones, entre 2013-2014 y 2015-2016. Véanse Vinoj Abraham, «Stagnant Employment Growth», *Economic and Political Weekly*, 23 de septiembre de 2017; Radhicka Kapoor, «A job crisis, in figures», *The Indian Express*, 13 de diciembre de 2017. La cifra de «elasticidad de empleo-producto», con un promedio del 0,4 entre 1983 y 1993/1994, cayó a 0,01 en la última década. Malini Goyal, «What needs to be done –and is being done– to employ more Indians, and to make them employable», *The Economic Times*, 21 de mayo de 2017.

las empresas del sector público, incluidos los bancos. Ha habido pocos incentivos para animar los espíritus animales de la economía india o elevar la inversión al nivel del 34 por 100 del PIB que esta disfrutó en 2011, desde su actual rango del 27 al 29 por 100.

Queda por ver si el PPI puede gestionar las tensiones de casta que ha venido alimentando. Las medidas de protección de las vacas y el vigilantismo han perjudicado a las industrias del ganado y del cuero, donde se emplean a los pobres y los *dalits*. En las redes sociales aparecen noticias de los numerosos incidentes de hostigamiento a los *dalits* por las castas superiores. En abril de 2018 estalló la irritación masiva de estos cuando decenas de miles de ellos salieron a las calles del norte y oeste de la India, respondiendo inicialmente a una llamada de un grupo *dalit* relativamente desconocido que creció espectacularmente en las redes sociales. El desencadenante fue el fallo del Tribunal Supremo de marzo de 2018 sobre la Ley de Prevención de Atrocidades, que se supone que debe proteger a los *dalit* y a los tribales de ataques indiscriminados. Para «impedir su uso indebido», el Tribunal estableció normas que hacen más difícil acusar y detener a los sospechosos. Las protestas se intensificaron después de que nueve manifestantes fueran asesinados en estados gobernados por el PPI, lo que finalmente forzó al PPI a presentar un proyecto de ley para anular el fallo. Hasta ahora la Sangh ha tenido un éxito considerable en cuanto a dividir a los *dalits*, que tienen sus propios resentimientos de casta inferior, y ha tratado asiduamente de ganárselos, al menos apropiándose de Ambedkar como un importante icono indio. Es un recordatorio de que un frente de batalla clave contra la Sangh sigue siendo la cuestión de la casta. En el estado crucial de Uttar Pradesh, el nuevo primer ministro, Yogi Adityanath, ha venido designando a miembros de su propia casta, los *thakurs* (una casta superior no brahmán) para ocupar altos cargos en la policía y la administración, y la comunidad *thakur* está usando agresivamente su fuerza contra otras castas, tanto superiores como inferiores.

¿Podrá el CNI formar una coalición electoral capaz de sacar ventaja de esos descontentos? Es más fácil decirlo que hacerlo; en el mejor de los casos, será por motivos oportunistas de hundirse por separado o nadar juntos. Sin embargo, en marzo de 2018 los dos principales partidos de oposición en Uttar Pradesh –el Partido Socialista, respaldado por la mayor de las «castas retrasadas», los *yadavs*, y el Partido de los Oprimidos, respaldado por la casta mayoritaria de los *dalits*, los *jatavs*– se unieron para disputar dos escaños en la asamblea estatal y ganaron ambos, para gran sorpresa del PPI, que los había considerado inexpugnables⁴¹. Las elecciones de mayo de 2018 en el estado sureño de Karnataka proporcionaron otro indicador. Allí el CNI logró formar una coalición de gobierno (con la ayuda del Tribunal Supremo) a pesar de que el PPI había obtenido una mayoría relativa. De hecho, el PPI alcanzó su mayor porcentaje de votos jamás visto en Karnataka, testimonio de lo ampliamente aceptable que se ha vuelto su ideología y de las incursiones que ha venido haciendo en el sur de la India. Pero en lo que respecta al tema de la hegemonía, el modelo de la *hindutva* nunca fue puesto en cuestión en Karnataka ni en ningún otro lugar, en estos cuatro años de gobierno de Modi.

Aunque Modi todavía va por delante en las encuestas, el PPI puede no obtener una segunda mayoría por sí solo, y aunque muy probablemente siga siendo el partido más votado, quizá necesite socios regionales para formar una coalición. El lema para las elecciones del PPI/Sangh ya está claro: «Proteger a la nación» contra aquellos que la debilitarían. El dedo apenas oculto apunta, primero, a los musulmanes del valle de Cachemira, acusados de complicidad con los «terroristas» paquistaníes y propios; y segundo, a los migrantes musulmanes bangladesíes que se dirigen a Assam y otros estados del nordeste del país, de los que se dice que están quitando empleos, tierras y ayudas al bienestar a los «verdaderos» ciudadanos de la India. Cachemira ahora está bajo

⁴¹ SP: Samajwadi Party (Partido Socialista); BSP: Bahujan Samaj Party (Partido de los Oprimidos).

un gobierno de excepción dirigido desde Nueva Delhi y la represión se intensificará de aquí a las elecciones. En Assam, el CNI negoció en 1985 un Acuerdo por el que los ciudadanos no indios serían apátridas, si no deportados. El Registro Nacional de Ciudadanos ha producido una lista preliminar que excluye a más de 4 millones de la población total de Assam de 33 millones. La realidad es que gran número de indios nunca han tenido certificados de nacimiento, pasaportes o documentos de ciudadanía formalizados. El objetivo a más largo plazo del PPI se reveló en su Proyecto de Enmienda a la Ley de Ciudadanía, que, como la relativa a Assam, se incluirá en su campaña electoral. El proyecto de ley permitiría a los inmigrantes no musulmanes de Pakistán, Bangladesh y Afganistán convertirse a su debido tiempo en ciudadanos indios naturalizados, fortaleciendo la idea de una «India hindú». Como hemos visto, la hegemonía del PPI representa un endurecimiento cualitativo de la cultura política india. Una derrota decisiva de ese poderoso bloque de extrema derecha, tan profundamente arraigado en los poros de la sociedad civil india, requerirá un cambio importante en la relación de fuerzas sociopolítica.

Manali Desai

VIOLENCIA DE GÉNERO Y EL CUERPO POLÍTICO DE LA INDIA

LA PARADOJA DE LA VIOLACIÓN es que, aunque su historia se remonte en el tiempo y sea recurrente en todos los países, la mejor manera posible de captar su sentido es mediante un análisis de los entornos sociales, culturales y políticos específicos. Los escritos feministas sobre la ciudadanía y el Estado llevan mucho tiempo señalando la relevancia de los cuerpos de las mujeres en tanto reproductores de la nación; igualmente importante es reflexionar acerca de los usos del cuerpo sexuado en un contexto político. Una reflexión sobre la violencia de género como parte de un *continuum* de aserciones de poder encarnadas puede contarnos no solamente cómo la supremacía masculina se perpetúa a través de repertorios de comportamientos tolerados, sino también ayudar a entender cómo se afirman las formas de dominación de clase, de parentesco y étnica y qué ocurre cuando estas se perturban. La violación, ha señalado Joanna Bourke, es una forma de *performance* social: forzar ritualmente otro cuerpo sexuado¹. Esto es igualmente cierto en el caso de formas de vio-

¹ Joanna Bourke, *Rape. A History from 1860 to the Present*, Londres, 2007, p. 6.

lencia aparentemente despolitizadas pero no menos dolorosas, como la ya notoria violación colectiva de Jyoti Singh, una joven que regresaba de una noche de fiesta en Nueva Delhi en diciembre de 2012.

En un país donde la norma, en lo que se refiere a las agresiones sexuales, ha sido siempre la complacencia, el clamor que siguió a este incidente daba a entender que se había traspasado un límite tácito. Las protestas masivas a lo largo de toda India expresaban una ira pública realmente política frente a la apatía institucional y la impunidad propiciada por el sistema. La movilización de los grupos feministas y juveniles durante este episodio consiguió generar una potencia de cambio y, sobre todo, logró desafiar el estigma asociado con el gesto de denunciar una violación. A partir de 2012, las violaciones denunciadas aumentaron, aunque parece que esto haya alcanzado ya su tope. Una panoplia de leyes, redactadas tras consultar con abogadas feministas y grupos de mujeres, ha ampliado la definición de violación para incluir otras formas de violencia y agresión, como son el acoso y el derramamiento de ácido. Pero la mejor ley del mundo no puede resolver este problema sin una adecuada reforma institucional y cultural. En un país donde, se dice, muchas mujeres experimentan un «*continuum* de violencia [...] desde la cuna hasta la tumba», la evidencia del carácter sistémico de las agresiones «ampliamente toleradas por el Estado y la comunidad», sugiere que necesitamos comprender las condiciones institucionales que normalizan esta violencia². ¿Qué espacios ocupan los cuerpos de las mujeres dentro de los sistemas de dominación de casta, parentesco y estatal en India? ¿Cómo han transformado el neoliberalismo y el consumismo las viejas prácticas de la coerción sexual y las normas patriarcales? Teniendo en cuenta la naturaleza enormemente ideológica de las representaciones occidentales de la violencia sexual en el Sur global, ¿qué podríamos aprender si colocáramos a India en este marco comparativo?

² Rashida Manjoo, *Report of the Special Rapporteur on Violence against Women, Its Causes and Consequences*, Naciones Unidas, 2015.

Una larga historia

La reflexión sobre la violencia de género en India nos revela un patrón constante de impunidad y silencio, forjado en el seno de una economía política más amplia de jerarquía y desvalorización. La violación en grupo es una más entre las muchas formas de agresión que se cometen rutinariamente contra las mujeres en India, entre las que se incluyen la violencia doméstica y la relativa a la dote, el aborto selectivo por sexo, el hostigamiento y el acoso callejero (conocido eufemísticamente como «embromar a Eva») y la violación militar o bajo custodia. En gran medida, estos mecanismos públicos y privados de control operan con impunidad, apoyándose en nociones de honor y vergüenza para ocultar la verdadera extensión del daño. En demasiados casos, las víctimas de violación acaban por suicidarse. El nacimiento de la moderna República de India en 1947, mediante los procesos de la partición y de la independencia, estuvo acompañado también de violaciones colectivas generalizadas y del secuestro de mujeres, algo sobre lo que después se impuso el secreto. Ha sido necesario el trabajo minucioso de las historiadoras feministas para desenterrar y exponer hasta qué punto la violencia sexual estuvo implicada en la mismísima fundación de las dos naciones, India y Pakistán³. Ha sido principalmente a través de la historia oral y de la literatura, especialmente mediante los absorbentes relatos de Saadat Hasan Manto, como hemos logrado ver hasta qué punto el honor nacional de los dos Estados recién nacidos se ligaba a la profanación de los cuerpos de las mujeres y a la subsiguiente narración de su rescate de manos enemigas. Los mitos de la violación en India aún representan al lascivo varón musulmán contra los desventurados hindúes, que deben defender a sus mujeres expulsando al agresor.

A partir de 1947, y de manera creciente, la violencia sexual contra las mujeres de las minorías y de las castas inferiores se

³ Urvashi Butalia, *The Other Side of Silence. Voices from the Partition of India*, Durham (NC), 2000.

ha empleado para consolidar las alianzas hindúes de castas. En el pogromo de Gujarat, en 2002, conducido por la derecha nacionalista hindú en el poder, un gran número de mujeres musulmanas fueron violadas en grupo, así como lo fueron cientos de ellas en los pogromos de Bombay, azuzados por el nativista Shiv Sena entre 1992 y 1993⁴. En ninguno de estos casos se ha producido ninguna acusación por delitos sexuales. Paul Brass ha expuesto que la violencia en los conflictos comunales del sur de Asia es un tipo de *performance*, un repertorio de políticas, convertidas ya en algo rutinario, de las que todos los partidos son cómplices; y ha demostrado que estos actos los preparan, ensayan y perpetran agentes muy bien organizados, que constituyen una «máquina institucionalizada de revueltas»⁵. Aunque esta argumentación no tiene en cuenta el empleo creciente de las agresiones de género dentro de los conflictos comunales, está claro que las violaciones han formado parte de este repertorio de violencia en Gujarat y en Bombay, y que fueron diseñadas para aterrorizar y humillar a los musulmanes en un momento en el que la victoria electoral del Bharatiya Janata Party [Partido Popular Indio] pendía de un hilo. En este sentido, los cuerpos de las mujeres musulmanas fueron el terreno simbólico y material en el que se afirmaba una identidad hinduista nacionalista hegemónica y transversal a las castas.

La violación en grupo se ha empleado también como una táctica de control social, intermitente pero muy potente, en un paisaje político en transformación, donde las castas inferiores se han movilizadado contra la histórica discriminación de casta. La subordinación de los agricultores y jornaleros sin tierras, en su mayoría *dalit* (los antaño Intocables) se consiguió históricamente mediante formas de intimidación y control cotidianas. La década de 1980 se caracterizó por una

⁴ Human Rights Watch, *We Have no Orders to Save You. State Participation and Complicity in Communal Violence in Gujarat, 2002*; Human Rights Watch, *India. Communal Violence and the Denial of Justice*, 1996.

⁵ Paul Brass, *The Production of Hindu-Muslim Violence in Contemporary India*, Seattle, 2004.

intensa lucha armada entre las castas superiores y los *dalits*, entonces organizados en el movimiento radical naxalita; la violación en grupo era una forma habitual de castigar la resistencia *dalit*. Desde entonces, la estructura agraria en el norte y el oeste de India ha cambiado, en parte como resultado de la Revolución Verde, que contempló cómo el sistema terrateniente, que tradicionalmente había apuntalado el cultivo del trigo, era parcialmente reemplazado por una nueva elite agraria que emergía de las históricamente subordinadas (pero no intocables) «Otras Clases Retrasadas». En los informes recientes sobre violencia sexual, figura que los varones incluidos en las OCR son acusados de violar a las mujeres *dalit*. En marzo de 2014, por ejemplo, cuatro chicas *dalit* fueron secuestradas y violadas en grupo por varones *jat* en el estado de Haryana (los *jats* se consideran casta superior, pero han estado promoviendo su inclusión en la lista de las OCR para tener así acceso a las cuotas preferentes de educación y de empleo público)⁶. Este fue uno de los varios casos de violaciones en grupo denunciados en Haryana en 2014, cada uno de ellos revelando en alguna medida la connivencia entre grupos de casta, dirigentes rurales y la policía. En un caso anterior, en el estado de Maharashtra, una familia *dalit* de la aldea de Khairlanji fue sometida a una larga campaña de intimidación y acoso por parte de familias de las OCR que buscaban apoderarse de sus tierras. En septiembre de 2001, un amplio grupo de personas pertenecientes a las OCR, que incluía tanto hombres como mujeres, armadas con palos, hachas, cadenas y barras de hierro, atacaron la casa familiar. Los hombres fueron golpeados hasta la muerte, mientras que las mujeres fueron violadas en grupo y después asesinadas. Este es uno de los muchos ejemplos de esta violencia de género casi ritualizada que caracteriza a las apropiaciones de tierras y a las reacciones a la supuesta insolencia de las familias *dalit* cuando se les ocurre resistirse.

⁶ Aradhna Wal, «Reliving a nightmare», *The Hindu*, 17 de mayo de 2014.

De hecho, este *continuum* de violencia se reproduce, incluso aunque las mujeres ganen potencialmente nuevas libertades en el contexto del progresivo desarrollo de India. La violación en grupo de Delhi en 2012 y otras agresiones similares ocurridas desde entonces, son un índice de los niveles de violencia sexual existentes en las ciudades indias, donde las contradicciones desatadas de la masculinidad y de la polarización de clase producen una presión explosiva. Y, sin embargo, dichas pruebas pueden rápidamente convertirse en material para la fabricación de mitos políticos. «Las violaciones ocurren en India, no en Bharat», proclamó Mohan Bhagwat, líder del Rashtriya Swayamsevak Sangh [Asociación de Voluntarios Nacionales, AVN], el ala militante del PPI⁷. Bharat, el nombre hindi para el país, evoca una India aldeana e idealizada. Y, sin embargo, los datos, aunque no se pueda confiar en ellos, muestran un patrón nada ambiguo: la violencia contra las mujeres sigue siendo principalmente rural. En parte es un reflejo del hecho de que la tasa de urbanización en India ha sido más lenta que la de, por ejemplo, China o Brasil: el 68 por 100 de la población de India aún vive en las áreas rurales, comparado con el 49 por 100 de China y con sólo el 15 por 100 en Brasil. Los mitos sobre la peligrosidad de las ciudades que, en cierto sentido, representan la angustia por la occidentalización, posibilitan también la vigilancia sobre las mujeres y el recorte de sus libertades y ayudan a emplazar la carga de la responsabilidad en las propias mujeres. Los complementos materiales de la identidad moderna en la India neoliberal, los vaqueros y los teléfonos móviles, han sido mencionados como causas de los delitos contra las mujeres⁸. Estas opiniones suele proclamarlas con más frecuencia la derecha hindú, así como los ancianos de las castas patriarcales en los *panchayats* de las aldeas. Ambos enfrentan la autenticidad de la India rural contra una India

⁷ «Rapes occur in India, not Bharat: RSS Supremo Bhagat», *Times of India*, 4 de enero 2013.

⁸ Recientemente, un consejo de casta prohibió a las chicas menores de dieciocho años los teléfonos móviles, apelando a su empleo para establecer relaciones con chicos y para «invitar» a que se cometieran delitos contra ellas: *Times of India*, 19 de febrero de 2016.

urbana y corrupta, en pleno declive moral⁹. Pero, en realidad, los datos apuntan a que una gran parte de la violencia contra las mujeres indias tiene sus raíces en las dinámicas rurales de casta, especialmente en la secular lucha por la tierra y por el control de la población obrera de casta inferior. Una vez normalizadas, sin embargo, las representaciones culturales que emergen de una desigualdad tan cruel y coercitiva pueden reproducirse libremente y la circulación de imágenes y personas (las últimas dos décadas han contemplado una enorme migración interna, en su mayoría masculina, sin precedentes en India) hacen cada vez más difícil pensar en la violencia sexual en términos ligados a un territorio.

Las dinámicas de la preferencia por el hijo varón

Los cuatro atacantes de la violación en grupo de Delhi procedían de los estados del norte, de Bihar y Uttar Pradesh, o de Rajastán, en el oeste, que tienen las peores estadísticas de violación y agresión sexual entre los estados de India. Históricamente, la violencia de género ha estado mucho más presente en estas regiones, con sus estructuras de casta y de posesión de tierras rigurosamente desiguales, con su bajo porcentaje de participación de la mujer en la fuerza de trabajo y la consiguiente baja valoración de las chicas y de las mujeres. Estos estados, que forman parte del «triángulo de las Bermudas» de la baja proporción de mujeres frente a hombres y los altos niveles de disparidad de género, han ejemplificado las normas adversas de género en el norte productor de trigo, en comparación con el sur cultivador de arroz. La investigación a lo largo de las décadas ha revelado una enorme diferencia entre las «zonas patriarcales» del norte, caracterizadas por las rígidas jerarquías de casta, el reparto desigual de la tierra y una historia de complicidad entre el Estado y los terratenientes; y los estados del sur, donde las

⁹ International Human Rights Clinic, UC Berkeley, School of Law, *Access to Justice for Women. India's Response to Sexual Violence and Conflict in Upheaval*, octubre de 2015.

mujeres juegan un papel importante en el cultivo del arroz, lo cual implica que se otorga un valor más alto a su trabajo y que las normas de género son menos misóginas.

La comparación entre las estructuras de parentesco y las relaciones de género del norte y del sur se ha discutido mucho desde la década de 1980¹⁰. La preferencia por el hijo varón está en el corazón de los sistemas de parentesco en el norte, lo cual se ha explicado tradicionalmente por la economía política subyacente, que valora el trabajo de los hombres mientras que desvaloriza el trabajo productivo de las mujeres. La participación de la fuerza de trabajo femenina rural en India ha declinado desde la década de 1990, en parte debido a la mecanización y al crecimiento del sector manufacturero, que ha reemplazado el tipo de trabajo que solían ejecutar las mujeres¹¹. En este contexto, la accesibilidad de la tecnología de ultrasonidos en las clínicas de planificación familiar, que hace posible establecer el género de un feto a tiempo de optar por el aborto, ha tenido efectos funestos en la proporción entre sexos. Desde que, en 1990, se publicara el estudio pionero de Amartya Sen sobre las «mujeres desaparecidas» de India, hay pruebas de que el ratio entre sexos ha descendido a una velocidad aún mayor¹². En 2011, el ratio de sexos de India, en el momento del nacimiento, fue la segunda más baja entre los países asiáticos, con 944 mujeres por cada 1.000 varones, siendo en China la más baja, con 926¹³. Muchos estudios han

¹⁰ Acerca de esta brecha se ha especulado mucho a partir de la obra de Barbara Miller, *The Endangered Sex: Neglect of Female Children in Rural North India*, Oxford, 1981.

¹¹ N. V. Varghese, «Women and Work. An Examination of the Female Marginalization thesis in the Indian Context», *Indian Journal of Labour Economics*, vol. 34, núm. 3, 1991. Hay, por supuesto, variaciones en este esquema. En algunas zonas de Haryana, por ejemplo, las mujeres aún hacen trabajos asalariados, mientras que los varones cuidan de sus propias tierras, pero las mujeres reciben un sueldo inferior a los varones por su trabajo, lo que refuerza su posición subordinada, incluso aunque trabajen fuera del hogar.

¹² Amartya Sen, «More than 100 million women are missing», *The New York Review of Books*, 20 de diciembre de 1990.

¹³ *Census of India, Provisional Results «Gender Composition»*, 2011, censusindia.gov.in/2011-prov-results. En China, la participación de la

relacionado esta cuestión con las normas que aún prevalecen en el «cinturón clásico del patriarcado», que incluye el norte de África y Oriente Próximo, donde las relaciones de género se caracterizan, a grandes rasgos, por la descendencia y la herencia patrilínea, el control de la movilidad de las mujeres en la esfera pública y bajos niveles de participación de la mujer en la fuerza de trabajo. No obstante, en realidad, el ratio de sexo es más favorable (y los niveles de fertilidad mayores) en Oriente Próximo y el norte de África; y este enfoque tampoco explica por qué el ratio de sexo en la India ha estado declinando a lo largo del tiempo, o por qué, en distritos específicos, la situación parece empeorar. Estos casos parecen pedir una combinación de explicaciones estructurales y específicamente regionales. Los factores comunes que surgen de los estudios concretos sugieren que las cambiantes circunstancias socioeconómicas de las castas específicas, producidas por los desplazamientos en los patrones de la agricultura, de la posesión de la tierra y del valor del trabajo femenino, combinadas con unas exigencias cada vez mayores en lo que respecta a la dote, son las culpables principales de la selección de sexo¹⁴.

«La aversión hacia las chicas» está enraizada en los cálculos del mercado: ahora se espera que las jóvenes novias tengan un mayor nivel educativo que antes, lo que implica el gasto de las matrículas escolares; aún así, la demanda menguante del trabajo femenino, especialmente en los empleos públicos y administrativos, proporciona pocas oportunidades para recuperar esa inversión. Las exigencias sobre la dote también han aumentado, en paralelo a la subida del consumismo, transversal a las clases. Para los padres,

mujer en la fuerza de trabajo ha sido siempre mayor que en India, oscilando alrededor del 64 por 100. Esta anomalía entre una elevada participación y un bajo ratio por sexo puede explicarse parcialmente por la política del hijo único, que ha conducido a una aplicación mucho más estricta de la preferencia por el hijo varón.

¹⁴ UN Women, *Sex Ratios and Gender Biased Sex Selection. History, Debates and Future Directions*, Nueva Delhi, 2014.

una chica es una carga y una inversión ruinosa¹⁵. A partir de esta «preferencia por el hijo varón» se derivan las otras consecuencias de la jerarquía de género, desde el infanticidio femenino hasta la nutrición de peor calidad para las chicas, la peor cobertura sanitaria y la menor escolarización. De nuevo, algunos indicadores revelan una aguda distinción entre el norte y el sur, que puede ser el reflejo de diferencias históricas seculares. Por ejemplo, la tasa de alfabetización femenina en Kerala es del 92 por 100, comparada con el 51 por 100 de las mujeres de Bihar. Hay muchas más «mujeres perdidas» en el norte: según el censo de India de 2011, en Uttar Pradesh hay 858 mujeres por cada 1.000 varones, una cifra que ha empeorado a lo largo de las dos últimas décadas, mientras que Kerala tiene una ratio de sexo de 1.058 mujeres por cada 1.000 varones.

No obstante, el contraste, históricamente establecido, entre el norte y el sur, puede estar cambiando a medida que las desigualdades económicas emergentes no se conforman ya a los límites estatales; las áreas urbanas, en general, se han vuelto significativamente más ricas, mientras que en la India rural han emergido inmensas desigualdades, existiendo, por lo tanto, agudas disparidades intraestatales en los niveles de crecimiento y de desigualdad. Esto quiere decir que las jerarquías de género siguen ahora los patrones de la estratificación de clase y de casta, con el consumismo creciente y las aspiraciones personales azuzando la violencia relacionada con la dote y, posiblemente, reforzando la dominación de género dentro del hogar. Las investigadoras y activistas feministas en India han documentado la difusión de la preferencia por el hijo varón en comunidades, clases y castas a lo largo de todo el país, incluyendo el sur de India, por lo que puede decirse que la aversión a la chica ya no es meramente un «problema del norte»¹⁶. De hecho, los informes apuntan a que la selección en función del sexo comenzó en la India urbana (algunos de los peores ratios de sexo se dan en las ciudades), aunque

¹⁵ *Ibid.*, p. 26.

¹⁶ *Ibid.*, p. 30.

ahora la práctica se ha extendido a muchos distritos rurales, donde se suele estudiar con más detenimiento. Si esto es cierto, algunas de las anteriores explicaciones de las prácticas patriarcales, centradas en las distinciones entre el norte y el sur, y entre sus tipos de agricultura, necesitan modificarse a la luz de la circulación de las tecnologías y de las complejas transformaciones experimentadas por las economías locales por mor de la neoliberalización, que está dando lugar a nuevas jerarquías de casta y clase.

El excedente de varones generado mediante las prácticas de aversión a las jóvenes es una tendencia demográfica en India, como lo es en China. Se estima que ambos países tendrán un excedente de unos treinta millones de varones en un plazo de veinte años¹⁷. Algunas investigaciones han expuesto que los varones, en estas sociedades «de rama yerma», buscarán «satisfacción mediante el vicio y la violencia»; el aumento de las agresiones para atrapar recursos en un entorno competitivo se volverá la norma¹⁸. Toda una clase de varones potencialmente airados, frustrados, relativamente pobres, sin educación y sin pareja puede suponer una seria amenaza a la estabilidad de una sociedad, si este grupo construye una identidad de clase que se sienta enfrentada por el «conjunto de la sociedad», como lo expresaba un texto reciente¹⁹. La aparición de «naciones de solteros» se describe como una nueva amenaza para la seguridad: el World Factbook de la CIA recoge datos del ratio de sexo por país, con la premisa de que la desproporción «puede producir inquietud entre los jóvenes varones que son incapaces de encontrar pareja»²⁰. En la película futurista *Matrubhoomi. A Nation Without Women* [Manish Jha, 2003], los desastrosos efectos del infanticidio femenino se representan mediante aldeas pobladas exclusivamente por varones.

¹⁷ Andrea Den Boer y Valerie Hudson, «A surplus of men, a deficit of peace», *International Security*, vol. 26, núm. 4, 2002.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Kevin Lee, «China's problem of too many single men», *Forbes*, 13 de mayo de 2011.

²⁰ CIA *World Factbook* 2016.

Hay una veta de catastrofismo en muchas de las predicciones de «rama yerma». Pero el caso de Bangladesh, un país musulmán, nos muestra que la acción y el compromiso, actuando concertadamente, pueden cambiar lo que parecía ser una tendencia irreversible. Bangladesh solía compartir los patrones de parentesco con el cinturón patriarcal del norte de India, pero, a partir de la década de 1990, las estadísticas muestran un descenso regular de la discriminación de las chicas en salud y nutrición y, por consiguiente, la aparición de un descenso de la mortalidad en niñas menores de cinco años. De hecho, ahora hay muy pocas pruebas de que allí se practiquen abortos selectivos por sexo o que exista aversión a las hijas. Los expertos han apuntado que esta sorprendente pauta de comportamiento se debe al constante crecimiento económico verificado en ese país durante la década de 1990, algo que, junto con el descenso de la natalidad y el ascenso de la educación femenina, ha incrementado el valor que se otorga a las hijas²¹. Pero el factor clave parece ser el aumento de la participación femenina en la fuerza de trabajo, que en 2014 rondaba el 58 por 100, por encima de la media mundial que oscila en torno al 50 por 100, y que duplica el de India, que registra tan solo el 27 por 100²². La participación de las mujeres en el empleo público, los programas de microcréditos de las ONG y las industrias de trabajo intensivo de Bangladesh, orientadas a la exportación, ofrecen un marcado contraste con India, donde la participación de la mujer en el trabajo formal no ha conseguido incrementarse como predecían los economistas y donde no se han planteado estrategias claras que persigan revertir esa tendencia.

Uno de los aspectos más turbios de la violencia de género en India es el problema combinado de la falta de denuncias y la connivencia institucional que suprime el alcance de tales delitos. Como en otras partes, cuando los datos muestran un pico de violencia, habitualmente no está claro si esto ha sido

²¹ Naila Kabeer, Lopita Huq y Mahmud Simeen, «Diverging stories of “missing women” in South Asia. Is son preference weakening in Bangladesh?», *Feminist Economics*, vol. 20, núm. 4, 2014.

²² Véase «Labour force participation rate, female (% of female population aged 15+) (modeled ILO estimate)», en la *web* del Banco Mundial.

producto de un aumento de las denuncias o si ha habido un incremento real. Las estadísticas oficiales no son fiables, no solo por el déficit de denuncias sino también debido a las prácticas de registro poco fiables y, lo que es peor, a la complicidad institucional. Un buen indicador de la prevalencia de la dominación basada en el género es la violencia doméstica, que sigue siendo aún relativamente ignorada en los estudios al respecto. Investigaciones sobre las agresiones por parte de la familia y de la pareja sentimental en India, recogidos mediante investigaciones académicas independientes e informes de ONG, revelan que están generalizadas. Un informe de 2013 concluyó que el 27 por 100 de las mujeres, en una muestra representativa a escala nacional, había experimentado violencia a manos de su pareja²³. Otra encuesta entre mujeres jóvenes en un barrio deprimido de Bangalore revelaba que el 56 por 100 de las participantes en el estudio habían sufrido violencia doméstica²⁴. Las investigadoras feministas han mostrado que dos de los principales factores –la preferencia por el hijo varón y las exigencias de la dote– son los determinantes más importantes de la dominación de género en el seno del hogar y, consecuentemente, de la probabilidad de violencia. No es el tamaño de la dote lo que pone en peligro a las mujeres (eso podría proveerlas de algunos recursos financieros), sino la insatisfacción y las exigencias de la familia del marido. De hecho, en el contexto de Asia del sur hay una antigua y relativamente poco analizada inversión de dominación de género, en la que las suegras, antaño víctimas de dichas exacciones, adoptan ahora el papel clave para la perpetuación del abuso y la violencia alrededor de las exigencias de la dote. El estudio de Bangalore demostró, en cierto modo en contra de lo que se podría intuir, que la agresión estaba más extendida en los matrimonios «por amor»: mujeres que elegían

²³ Priya Nanda *et al.*, «Masculinity, intimate partner violence and son preference in India», *International Centre for Research on Women*, Nueva Delhi, 2014.

²⁴ Corinne Rocca *et al.*, «Challenging Assumptions about Women's Empowerment. Social and Economic Resources and Domestic Violence among Young Married Women in Urban South India», *International Journal of Epidemiology*, vol. 38, núm. 2, 2009.

casarse fuera de su casta y de su comunidad, a menudo violentando los deseos de sus padres, eran generalmente más vulnerables a la violencia doméstica, cometida no solamente por sus parejas, sino por miembros de su propia familia²⁵. Más del 56 por 100 de las mujeres que han hecho elecciones independientes sobre su matrimonio han sido golpeadas, pateadas o repudiadas por miembros de su familia. La violencia de género, en estos últimos tiempos, puede reflejar un movimiento de retroceso y resistencia contra el creciente deseo de las mujeres de elegir esposo y de resistir alguna de las antiguas formas de dominación comunitaria y parental que les ha sido impuesta.

Zonas de conflicto

Desde su independencia en 1947, el Estado indio se ha visto envuelto en un conflicto armado casi continuo con grupos insurgentes a lo largo de sus fronteras, desde Cachemira a los movimientos de autodeterminación en el noreste, pasando por los combativos maoístas rurales en los estados orientales. La proliferación de fuerzas de seguridad en esas áreas ha traído consigo un aumento de la inseguridad para las mujeres. La violencia sexual en todos estos casos es abundante, pero raras veces juzgada. Cachemira y Punjab, territorios ambos sometidos a la violencia de la partición de 1947 y, en las décadas de 1980 y 1990, a la represión por parte del Estado de los movimientos insurgentes, han visto cómo la agresión sexual se empleaba para «castigar» a las mujeres acusadas de albergar a terroristas. Las investigaciones de estos incidentes son obstaculizadas por la policía, que se niega a recoger pruebas, por médicos que se niegan a atender a las mujeres violadas y por un sistema judicial que, a menudo, retrasa los procesos durante cinco años o más, creando un periodo de espera peligroso y traumatizante para las víctimas y sus familias²⁶.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ International Human Rights Clinic, UC Berkeley, School of Law, *Access to Justice for Women. India's Response to Sexual Violence and Conflict in Upheaval*, cit., p. 31.

En 1989, una mujer acusada en Punjab de proteger a terroristas en su casa fue detenida y violada en su celda. Cuando denunció el hecho, los médicos se negaron a examinarla. El proceso penal duró casi ocho años y requirió ochenta vistas ante el tribunal, tiempo durante el cual ella estuvo obligada a vivir oculta, mientras la policía incendiaba su casa y acosaba a su familia²⁷. Cuando Cachemira fue declarada «área conflictiva» en 1990, el Decreto de Poderes Especiales para las Fuerzas Armadas (Jammu y Cachemira) otorgó a los oficiales militares una licencia sin precedentes para allanar, buscar y detener sin orden judicial, usando la fuerza «hasta llegar incluso al punto de la muerte». En 1991, las fuerzas armadas acordonaron dos aldeas en el noroeste de Cachemira y sacaron de allí a los hombres mientras que los soldados, apestando a alcohol según los relatos, violaban colectivamente a las mujeres. A pesar de «toda una aldea llena de testigos oculares», por no hablar de las ropas desgarradas, las botellas tiradas etcétera, la policía cerró el caso alegando «falta de pruebas».

El Decreto de las Fuerzas Armadas (Poderes Especiales) de 1958, en su momento diseñado para legitimar la represión de los «disturbios» de Nagaland, ha proporcionado desde entonces el marco legal para las operaciones contrainsurgentes en los Estados del noreste como Assam, Meghalaya, Tripura, Mizoram y Arunachal Pradesh. El Decreto también ofrece impunidad para las violaciones de mujeres por parte de las fuerzas armadas a lo largo de esa región. En julio de 2004 una joven, Thangjam Manorama, fue secuestrada, violada y asesinada por las fuerzas de seguridad indias, que alegaban que ella era miembro del clandestino Ejército de Liberación Popular. Este incidente fue lo que soliviantó la notable acción de protesta de varias mujeres de Manipur, que se plantaron desnudas ante la base del Ejército Indio en Manipur, con una pancarta que decía: «Ejército indio, ¡viólanos!». En comparación con Cachemira, donde las violaciones de los derechos humanos por parte del ejército indio son generalizadas, pero están relativamente bien documentadas,

²⁷ *Ibid.*, p. 21.

las operaciones militares en el noreste están protegidas por un espeso velo de silencio. La resultante cultura de la impunidad ha permitido que las agresiones sexuales proliferen, ahondando en el silencio que rodea a la violencia de género dentro de las comunidades tribales, generalmente clanes. En 2014, el cadáver de una joven perteneciente a una tribu de la zona oriental de las montañas de Garo, en Megalaya, se encontró decapitado, quemado y desnudo, habiendo sido violada presuntamente por su padrastro a lo largo de un año; no se inició procesamiento alguno. La región ha conocido igualmente un incremento de las violaciones en grupo, pero las tasas de condena siguen siendo descorazonadoramente bajas. Los mecanismos son similares: la vergüenza y las sanciones comunitarias para las familias de las mujeres violadas refuerzan la impunidad de la que disfrutaban los varones de la región. Los efectos combinados de una contrainsurgencia brutal, que hoy en día forma parte del tejido de la vida cotidiana, con la resistencia militante y las escasas oportunidades económicas, han creado un ambiente en el que la violencia sexual, el tráfico y el abuso sistemático son endémicos. La tasa de abandono de los estudios de secundaria en Megalaya es de un 59 por 100, puesto que los chicos son reclutados a la fuerza en la resistencia, mientras que las chicas son obligadas a la prostitución para dar servicio a las tropas. La violencia en la región ha creado un efecto amplificador, alimentando nociones perversas de justicia y moral: el año pasado, doce chicas adolescentes fueron secuestradas y torturadas por «activistas» debido a su implicación en el comercio sexual²⁸.

Los hilos rojos que enlazan estos diferentes episodios, ya sea en el contexto de las guerras entre castas, de la movilidad urbana o de la ocupación militar, son la impunidad de las fuerzas de seguridad indias y un sistema legal que infaliblemente ignora a las víctimas femeninas. La apropiación en gran medida de las burocracias locales y de las fuerzas policiales por parte de las castas medias y superiores, ha tenido

²⁸ Meera Vijayann, «A dangerous silence in the Northeast», *Open Democracy*, 10 de abril de 2015.

efectos punitivos sobre las mujeres de las comunidades marginadas, como las mujeres tribales o las mujeres *dalit*. Pero el problema tiene raíces más profundas. La acusación global que Pratiksha Baxi ha lanzado sobre el sistema legal indio ha revelado la profunda complicidad de las autoridades con los perpetradores de la violencia de género²⁹. Sus estudios etnográficos de los juicios por violación muestran cómo el lenguaje de los tribunales esconde la violencia real, debido a los guiones y las convenciones que se espera que adopten las víctimas y a la manera en la que la violencia se expurga del registro escrito. Los casos que consiguen atravesar el sistema legal son sometidos a una purga adicional, elevando los requisitos por los que determinados tipos de pruebas pueden admitirse y tenerse en cuenta ante el tribunal. Los informes médicos o los certificados falsos se admiten regularmente, las afirmaciones de los acusados pocas veces son cuestionadas con un mínimo de rigor y, con regularidad, la historia sexual pasada es admitida como un factor atenuante en el tribunal.

Masculinidad y aspiraciones

El excedente en aumento de jóvenes varones indios sin posibilidad de empleo se erige como un contraste paradójico de la glorificación cultural de la masculinidad, que afirma la celebración del nacimiento de un hijo varón, el culto a los deportes masculinos y la persistencia de los privilegios masculinos en la esfera pública. Los ideales indios de la masculinidad se han desplazado a medida que el ascetismo gandhiano del que originalmente se apropió el nacionalismo hindú era claramente rechazado por la nueva India. Los estudios sobre el cuerpo masculino «ideal» en la era de la lucha por la independencia apunta a que las emisiones sexuales y, por lo tanto, el sexo mismo, se veían como algo que consumía las energías del varón hindú, dejándolo impotente ante la invasión colonial³⁰.

²⁹ Pratiksha Baxi, *Public Secrets of Law. Rape Trials in India*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

³⁰ Joseph Alter, «Celibacy, sexuality, and the transformation of gender into nationalism in India», *Journal of Asian Studies*, vol. 53, núm. 1, 1994.

Sucumbir a los deseos debilitaba el propio cuerpo así como el cuerpo político; la lujuria era «sucia», «caótica» y peligrosa. En su asociación del cuerpo sexual con el poder y la gloria nacional, los idealistas hindúes no eran muy diferentes del resto de los líderes políticos de otras tierras, que definían la hombría como una condición previa de la potencia política y del liderazgo; aquí, sin embargo, al menos en la teoría, no era en las proezas sexuales, sino en la abstinencia donde residía la clave del poder.

A partir de la década de 1980, la predominancia del PPI y de sus ideologías cambiantes han encarnado las contradicciones del varón hindú ideal en una era de consumismo y hedonismo occidental. Mientras que la vieja guardia del PPI, principalmente aquellos afiliados en la militante AVN, aún defendía la tradición ascética, las masas parecen haber rechazado el supuesto ideal gandhiano de la autosuficiencia, el celibato y la retención de semen. Para la nueva clase media urbana india, el hedonismo, el *voyeurismo* y las habilidades sexuales se presentan eternamente blasonadas sobre las vallas publicitarias de tamaño desmesurado que adornan las ciudades y las autopistas, en las películas y, no en menor medida, en una vasta cantidad de pornografía. India es el quinto consumidor mundial de porno *on line*, lo que no constituye una sorpresa, dado el tamaño de su población, aunque hay que tener también en cuenta la conectividad relativamente pobre de la India rural si la comparamos, por ejemplo, con China³¹. Todo esto apunta a una descarga de energía libidinal tras décadas de mojigatería, salpimentada únicamente por las pocas ocasiones en las que se atisbaba algo de carne en las películas de Bollywood. Esta «libertad» sexual, sin embargo, no se caracteriza únicamente por agudas desigualdades de género, reforzadas por la dominación étnica y de casta, sino

³¹ Tampoco es algo exclusivo de los consumidores varones: Sunny Leone, una antigua estrella del porno y ahora escritora de novelas para adultos dirigidas a las mujeres, es el nombre más buscado en Google en India; su novela corta fue difundida por una editorial especializada en el género a través de los teléfonos móviles, por primera vez en el subcontinente.

que se ha producido también una reacción feroz, que es directamente amenazadora para las mujeres. El codiciado cuerpo masculino, curtido en el gimnasio, con gustos consumistas distintivamente occidentales (whisky, cigarrillos, coches rápidos) figura ostentosamente en las vallas publicitarias de la ciudad, animando a los hombres a participar de esa imagen, siquiera de manera vicaria. Para el excedente masculino de India, esas fantasías, inflamadas por el licor de garrafa, se amalgaman con la movilidad frustrada y con otras variantes del deseo de clase. Es de destacar que uno de los cuatro participantes en la violación en grupo de Delhi es un monitor de gimnasio, una ocupación con ínfulas, pero mal pagada, dentro del sector servicios, cada vez mayor en India, que se alimenta de la nueva obsesión por el cuerpo. Borrachos de alcohol barato, los cuatro hombres viajaban por la ciudad en uno de los pequeños autobuses irregulares que atiborran las calles. Su sádica orgía, durante la cual la joven mujer fue agredida con una barra de hierro oxidada, parecía encapsular la locura de la nueva indulgencia; la agresión, pulida históricamente, canalizada en una nueva capacidad de desatar la violencia en la ciudad anómica, despiadada. Cuando Jyoti Singh fue arrojada del autobús, parcialmente destripada y medio desnuda, los viandantes se resistieron a ayudarla, como si la naturaleza sexual del delito pudiera mancharlos.

The Lancet informa que una de cada cinco mujeres en todo el mundo experimenta alguna forma de violencia sexual, pero no podemos saber cuánto revela u oculta esta cifra³². Hay diferentes definiciones de violación según los países y ello afecta a cómo se manejan los datos. Por ejemplo, en India, la violación dentro del matrimonio no es un delito; la Sección 375 del Código Penal indio afirma explícitamente que «el acto sexual de un hombre con su propia mujer, siempre que la mujer no sea menor de quince años, no es violación». Como hemos visto, una paradoja de las estadísticas es que pueden servir como barómetros de la confianza y la resolución de la

³² Sarah Venis y Richard Horton, «Violence against women. A global burden», *The Lancet*, 6 de abril de 2002.

mujer, de manera que el incremento de denuncias de violación puede reflejar modificaciones en las normas de género. En Sudáfrica, por ejemplo, aunque se considera que la violencia sexual está en niveles de epidemia, perpetuada en partes iguales por la cultura juvenil gansteril y por la costumbre rural de cazar novias, el aumento estadístico en las violaciones denunciadas puede atribuirse parcialmente al régimen *posapartheid*, bajo el cual las mujeres negras se sintieron algo más seguras a la hora de denunciar delitos sexuales. La evidencia apunta a que las agresiones eran endémicas durante el periodo del *apartheid*, cuando el periódico más popular de Johannesburgo, *The Star*, informaba de veinte o treinta violaciones cada fin de semana en Soweto. La desconfianza hacia la policía durante esa época impedía que emergiera la amplitud real, por lo que la mayoría de las cifras de ese periodo son meras estimaciones. Sin embargo, las activistas feministas, tanto en India como en Sudáfrica, han argumentado que la violencia sexual aún se internaliza como normal por parte de sus víctimas y que, por lo tanto, no es probable que se denuncie; la investigación local respalda esta conclusión. Mientras que un informe de 1999 acerca de Johannesburgo, Cape Town y Durban establecía que el 71 por 100 de las mujeres habían experimentado «actividad sexual forzada», otro estudio realizado en el sur de Johannesburgo mostraba que el 59 por 100 de las mujeres pensaban que un hombre sexualmente violento era más poderoso y que el 27 por 100 de las jóvenes pensaban que el sexo forzado no era violencia sexual³³.

Las feministas sudafricanas han cuestionado hasta qué punto los varones de clase obrera, en particular, han sido aún más despojados de sus derechos con la redefinición de los roles de géneros y de las ideologías patriarcales que han sobrevenido junto con el fin del *apartheid*. Allí, las masculinidades emergentes han sido claramente moldeadas por las

³³ Sandra Bollen et al., *Violence against Women in Metropolitan South Africa. A Study on Impact and Service Delivery*, monográfico núm. 41, Institute for Security Studies, Pretoria, 1999; Romi Sigsworth, «Anyone can be a rapist: An overview of sexual violence in Africa», *Centre for the Study of Violence and Reconciliation*, 2009.

nuevas formas de violencia callejera y gansteril, siguiendo las coerciones cotidianas del *apartheid* y superpuestas a la celebración de la resistencia y radicalización de los jóvenes varones después de la rebelión de Soweto. Como ocurre con las guerras entre castas y con la violencia étnico religiosa en India, la investigación sudafricana destaca la manifestación «en tiempos de paz» de las dinámicas de la violación en grupo en momentos de transición social y lucha política. El entorno brutal del racismo y la experiencia de la violencia entre los jóvenes varones de Soweto se asociaron con un estilo de masculinidad encarnado en el *tsotsi*, una figura que a la vez es antisistema y desprecia el trabajo manual, y que impone su poder mediante el control sexual. Durante la década de 1980, el secuestro y retención de mujeres en Soweto fue una práctica habitual. En los asentamientos urbanos contemporáneos, el «*streamlining*» [violación en serie por parte de un grupo de varones de la pareja o ex pareja de uno de ellos] es una forma de violación que aparentemente se orienta a transmitir un mensaje a las mujeres «estiradas» o pretenciosas o, incluso, una manera de romper con una antigua novia. Si la violación es siempre performativa, en estos ejemplos su función simbólica se dirige a infundir sentido no solamente a la víctima, sino a los amigos y los enemigos. Pero dichos rituales de masculinidad no se restringen a los varones de clase obrera o a los miembros de las bandas callejeras; son frecuentes entre los varones blancos de clase media en las fraternidades de las universidades estadounidenses. Las recientes protestas en Brasil contra las violaciones en grupo urbanas apuntan a una dimensión similar.

Políticas de representación

La cobertura mediática occidental de la violación en grupo de Delhi (los comentaristas se apresuraron a condenar los sufrimientos de la mujer en este «vasto y misógino país»³⁴)

³⁴ Claire Cohen, «Delhi Gang-Rape Film. The haunting faces of India's hidden women were revealed at last», *Daily Telegraph*, 5 de marzo de 2015.

atrajeron una reacción defensiva por parte de la avergonzada clase media india; las reacciones globales ante la atrocidad amenazaban con mancillar la imagen, cuidadosamente cultivada por India, de un país BRIC en alza. Sin duda, la política de la representación de este relato fue enormemente selectiva acerca de qué naciones se colocaban bajo los focos, con la mayoría de la cobertura eligiendo ignorar la omnipresencia global de la violación³⁵. La denuncia que hace Leslee Udwin de la tolerancia cultural a la violación en el subcontinente, expuesta en su película *India's Daughter* (2015), fue también desdeñada por algunas feministas indias como un intento por parte de las «mujeres blancas de rescatar a las mujeres morenas»: criticaron la mentalidad colonial que caracteriza a los hombres morenos como depredadores y a las mujeres morenas como víctimas. Sin embargo, esta mirada puede revertirse: sólo tenemos que fijarnos en las actividades depredadoras del antiguo director del FMI, Dominique Strauss-Kahn. Chandra Talpade Mohanty ha apuntado una crítica más incisiva de la perspectiva del «salvador occidental», mostrando que construye un sujeto femenino tercermundista unitario que es, por encima de todo, una víctima del patriarcado; esto, a su vez, sirve para construir un sujeto feminista occidental que está liberado, libre de limitaciones, que es agente de su propio destino. En lugar de ello, Mohanty ha propuesto una comprensión materialista de la subordinación y de la violencia de género en el contexto de la economía política global y de la división de género del trabajo³⁶.

Hay pruebas de una resistencia feminista mucho más generalizada en India, a menudo alejada de los movimientos urbanos y de clase media, que se manifestó tras la violación en grupo de Delhi. Las protestas desnudas en el exterior de los cuarteles del regimiento 17 de los Assam Rifles, tras el asesinato de Thangjam Manorama, forman parte de un

³⁵ World Health Organization, *Global and Regional Estimates of Sexual Violence against Women*, Ginebra, 2013.

³⁶ Chandra Talpade Mohanty, «Under western eyes. Feminist scholarship and colonial discourses», *Boundary 2*, vol. 12, núm. 1, 1984.

movimiento de mujeres más amplio. Las mujeres rurales *dalit*, en Uttar Pradesh y Bihar, organizan un semanario en su lengua local, *Khabar Lahariya*, que da publicidad a las violaciones y a la violencia doméstica en su área. Como apunta la perspectiva de Mohanty, la violencia de género está íntimamente ligada a las transformaciones culturales y estructurales de India a lo largo de las últimas dos décadas, con sus amenazas percibidas a las formas establecidas de la dominación masculina y la intensificación de las rivalidades y frustraciones. La cuestión ahora ya no es si la violencia de género es peor en esta parte o tal otra del mundo, sino si podemos aprehender adecuadamente las formas en las que la economía política global de la violencia sexual se manifiesta en lugares particulares de maneras particulares.

Ya sea en la transición desde el desarrollismo nehruviano a la economía neoliberal, o del *apartheid* al régimen (igualmente neoliberal) del ANC, la dominación masculina se perpetúa en formas nuevas. Los cuerpos de las mujeres son aún el terreno donde se pueden librar las batallas por el poder, ya se les castigue mediante el estigma de la violencia, o se les reclame como botín arrebatado al enemigo. Esto es, en parte, lo que Veena Das denomina «el contrato sexualizado»³⁷. La violencia de estas transiciones y de las desigualdades materiales que implican, se relaciona estrechamente con la violencia de la agresión sexual. Discutiendo la relativa estasis del orden sexual en *La dominación masculina*, Bourdieu plantea la cuestión de qué mecanismos históricos eran responsables de la aparente deshistorización de la división sexual, y apunta a la «labor de eternización» asumida por instituciones como la familia, la religión organizada, los medios de comunicación y el Estado. Devolver la relación entre los sexos «a la acción histórica» implicaría, como objetivo inmediato, «neutralizar los mecanismos de la neutralización de la historia», que eternizaba los cuerpos sexuados y el orden social y político en el que están situados. Esto implicaría emprender una lucha

³⁷ Veena Das, «Violence, gender and subjectivity», *Annual Review of Anthropology*, vol. 37, 2008.

por una reforma integral mediante la acción colectiva, que contrastaría tanto con la resignación que promueven las nociones esencialistas de la diferencia, como con la resistencia limitada a actos discursivos individuales³⁸. Si queremos desafiar la persistencia de la violencia de género, este es quizá el mejor camino que podemos tomar.

³⁸ Pierre Bourdieu, *La domination masculine*, París, 1998 [ed. cast.: *La dominación masculina*, Barcelona, 2000].

